

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 28 julio - 4 agosto 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm.

A. M. D. G.

LA TIERRA NO TIEMBLA SIN QUE LO SEPAN LOS JESUITAS



El Padre Janssens, General de la Compañía de Jesús, reunido con sus asistentes: padres Martegani, por Italia; Von Gestel, por Alemania; Azcona, por las naciones de lengua española; Gorostazu, por Francia; Beolland, por Irlanda e Inglaterra; McCormick, por Estados Unidos; Preseren, por los países eslavos y Troni, por América del Sur. A la izquierda del General, el padre secretario Naughton.

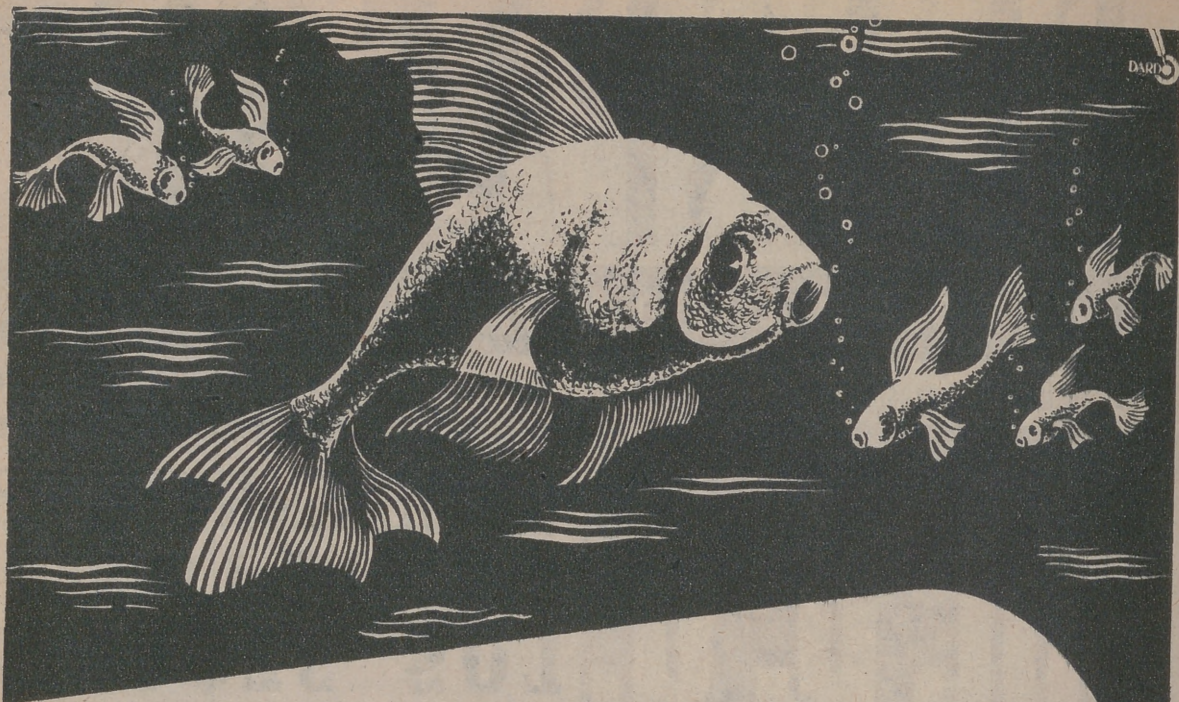
1556

1956

UN GENERAL,
UN ESTADO MAYOR
Y 33.000
SOLDADOS

CLARA LUCE, UNA MUJER CON TEMPLE DE ACERO (página 25) ● Perfil y supervivencia de Ignacio de Loyola, por José María Romaña, S. J. (pág. 8) ● Egipto tiene un Ejército modernamente equipado (pág. 22) ● Ha salido «El Imparcial» (página 25) ● Entrevista con el nuevo gobernador de Tánge Abdel-lah Guennun (pág. 28) ● Festivales de España popular el arte (pág. 32) ● «Beaverbrook», por Tom Driberg (pág. 33) ● El torero Gregorio Sánchez (pág. 49) ● Un estudio sobre el desarrollo económico de España, por A. Sánchez Bella (pág. 50)

LA ESTATUA BAJA DEL CABALLO,
novela por
Francisco Alemán Sainz (pág. 38)



Sensación de frescura

Esa grata ilusión de frescura que despierta la simple visión del agua en el verano, es una realidad biológica cuando se bebe "Sal de Fruta" ENO, delicioso refresco efervescente que regula la temperatura del cuerpo y renueva las energías.

"Sal de Fruta" ENO es un producto consagrado por la experiencia de cerca de un siglo de consumo en todo el mundo. Posee en forma conveniente y concentrada muchas de las propiedades de la fruta fresca y madura. A esta beneficiosa acción debe su poder suavemente laxante y regulador de la fisiología general.

INDICACIONES DE LA "SAL DE FRUTA" ENO

MALESTAR GENERAL
 DESARREGLOS DIGESTIVOS
 INSUFICIENCIA HEPATICA
 ESTREÑIMIENTO
 ARTRITISMO
 INAPETENCIA
 INSOMNIO-JAQUECAS
 DESGANA-IMPUREZAS

"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

REFRESCA Y PURIFICA LA SANGRE



LABORATORIO
 FEDERICO BONET, S. A.
 INFANTAS, 31 - MADRID



PARA TODOS, LOYOLA

EL cielo gris llega hasta las montañas. En el valle toda la gama de los verdes. Hay un río, un pequeño río. Es un escenario de quietud, de Naturaleza sola... Pero, ¿a dónde lleva este camino? ¿Por qué no hay calma en este paisaje hecho para el silencio?

Avanza grande, potente, un autocar. De un letrero sólo queda en la retina una palabra: «Bordeaux». Otro autocar: «Logroño». Hay unas canciones que se pierden. Un «Mercedes» último modelo adelanta con facilidad a un pequeño «cuatro-cuatro». Ahora pasa una moto. Luego un grupo de bicicletas. Y otra moto. Y más autocares, y más coches, y más bicicletas... Una docena de muchachos, las piernas morenas y fuertes al aire, la mochila a la espalda, caminan carretera adelante sin dar muestras de fatiga. Marchan en fila a ambos lados del camino para dejar paso libre a los vehículos que llegan sin cesar.

¿Qué buscan en el tranquilo valle tantas gentes? Nada hay en el ambiente que haga adivinar próxima la gran ciudad. El horizonte sigue siendo verde y gris, cerrado por la montaña y el cielo. No se advierten, no, más allá de los árboles las chimeneas de las fábricas ni los duros perfiles del cemento... Todo es aquí vegetal y limpio; huele a tierra, a hierba húmeda.

¿Qué pueden buscar aquí, en pleno campo, gentes venidas de tan lejos? En una vuelta del camino aparece al fondo, entre los árboles, Loyola.

CUATRO CAMPANAS NUEVAS

Hoy como ayer, como todos los días del año, ante el solar de Ig-

DESDE Loyola a Roma y desde Roma a todas partes y a cualquier rincón del mundo. Siempre en el tiempo y siempre más allá de la peripecia del día. Cuatrocientos años largos peleando ordenadamente conforme a la más depurada estrategia audaz en la táctica, sin que la imprudencia haya descompuesto jamás su andadura y sus cuadros. Así fué y es la Compañía de aquel soldado de Dios a la española, que murió el 31 de julio de 1556. La razón ungida por la gracia, la libertad dentro del imperio de la autoridad, un impetu castrense accionado por la virtud teológica de la caridad, sentir con la Iglesia y vivir a las órdenes del Papa, hacer bien y sencillamente lo que en cada momento hay que hacer: éste es el gran secreto, el único secreto de esta Institución y de sus hombres. La obra católica y españolísima de Ignacio de Loyola es historia y actualidad. A esta apasionante historia y a esta universal actualidad dedica hoy EL ESPAÑOL sus páginas.

nació de Loyola hay un constante ir y venir, una mezcla limpia y espontánea de bullicio y recogimiento, de emoción devota y de alegría de excursión campestre... En la explanada, ante la Basílica, han aparcado docenas de autocares con matrículas de todas partes. El motor ha hecho aseguibles los más largos peregrinajes. Aunque como hace siglos subsista el peregrino de bordón que anda el camino paso a paso. Como ese grupo familiar—un hombre, una mujer y un muchacho—que ahora su-



Escudo de la Casa de Loyola

ben la escalinata con la mochila a la espalda y en la planta de los pies muchos kilómetros.

Un norteamericano de Missouri, que a lo mejor en su país tiene una granja o un pozo de petróleo, después de buscar para su «Leica» el ángulo más fotogénico de la Basílica, quiere captar ahora el rítmico trezado de unas niñas que, como si jugaran, ensayan una danza que ya se bailaba en esta misma tierra hace cientos de años.

Desde un atavés se pide que dejen el paso libre en la avenida



que conduce a la Basílica. Es la Comisión Oficial del Ayuntamiento de Irún que llega en peregrinaje. En cabeza de la comitiva, al lado de los pomposos maceros, marchan los «chistularis» tocando el himno de San Ignacio.

Ahora suenan las campanas. Es un tañido nuevo en estos ámbitos. Loyola acaba de estrenar las nuevas campanas regaladas por las Diputaciones vasconavarras.

Arriba, debajo de la cruz de la gran cúpula, unos obreros trabajan sobre un andamio. Son también jesuitas, Hermanos jesuitas con mono que arreglan la gran bola que remata el edificio. Desde allí, desde lo alto, debe divisarse bien el panorama. El panorama verde y quieto del valle. Y el panorama móvil y multicolor de las gentes que llegan.

Unos peregrinos entran en la Basílica. Otros se acercan a la santa casa, la que fué casa solariega de los Loyola. Son tantos los visitantes, que hay que esperar turno. Mientras, contemplan el grupo en bronce que, junto a la puerta, representa el momento en que traen herido a Iñigo, el capitán de Loyola, a su casa solariega.

LLEGA A LOYOLA UN CAPITAN MALHERIDO

Estamos en 1521. Traen en una litera a un capitán malherido. Tiene el rostro macerado por el sufrimiento, pero ahora hay en sus labios una sonrisa. En este momento no siente ningún dolor en su pierna destrozada. Contempla el cielo gris y las montañas. Y el valle, siempre verde. Aquellos parajes son los de su infancia feliz y aquella torre señorial es la casa de sus padres donde nació y empezó a marchar en el camino de la vida. El viaje por tra-

Peregrinos de todo el mundo acuden a Loyola con motivo del centenario

chas y veredas ha sido largo y penoso. Desde Pamplona a Loyola han sido leguas y leguas de lento caminar mientras el dolor apretaba. El caballero Iñigo de Loyola, el joven capitán del Emperador, no ha aceptado cuartel; ha querido combatir defendiendo el castillo de Pamplona. «Era fuerte, valiente y arriesgado a difíciles empresas.» Pero la bala de un cañón francés, hiriéndole en una pierna, ha dado con su cuerpo en tierra. Y al faltar su ánimo, su espíritu inquebrantable, la resistencia ha cesado. Los enemigos, conmovidos por su valor, le han permitido trasladarse a su país natal para ponerse en cura. Y ahora Iñigo llega junto a los suyos deseoso de sanar, esperando de reanudar su vida cortesana y guerrera. El no puede saber, no intuye todavía el camino nuevo que el Señor le prepara. En esa misma casa cuyos umbrales cruza va a volver a nacer para una vida nueva. El caballero de las cortes de amor, el caballero de los campos de guerra va a convertirse, por la gracia de Dios, en caballero de Cristo».

PEREGRINOS DE TODA ESPAÑA

El «Caballero de Cristo», Ignacio de Loyola, es en el bronce un caballero armado de la cabeza a los pies, con una larga lanza... Y la mirada al cielo. Debajo el agua de la fuente. Los peregrinos beben de esa agua santa de entrar en la santa casa. Son peregrinos que llegan de todas partes. A lo largo del año, y en este mes de julio con mucha mayor intensidad, han venido de los

más apartados lugares de España centenares de peregrinaciones. Desde el peregrinante individual, que sólo con su fe llega hasta el santuario, hasta las peregrinaciones multitudinarias, como la de los Sindicatos de Guipúzcoa integrada por 10.000 personas, o los 3.000 peregrinos de Vitoria, que danzan su típico baile de San Miguel, o los 2.000 capuchinos de Cantabria y Aragón, o los 2.000 jóvenes guipuzcoanos, o los 1.600 congregantes de Navarra que llegaron precedidos de los «danzaris» de Estella, o los 900 peregrinos de Vergara que llegaron en medio de una lluvia torrencial, con sus «chistularis» y «espata-danzaris»... Y los 90 trabajadores del «Metro» de Madrid que vinieron desde Azeitia a pie rezando el rosario por el camino viejo, solitario en la mañana. Y los montañeros de Guipúzcoa que vinieron caminando desde San Sebastián bajo la lluvia. Tan calados llegaron a Loyola que los novicios y estudiantes tuvieron que cederles sus trajes de deporte para que pudieran asistir a misa con ropa seca. Y como ellos, los pelotaris de Educación y Descanso. Y los armadores de pesca, y los maestros, y los militares, y los médicos, y los empleados de Banca, y los arquitectos, y las telefonistas, y los farmacéuticos, y los secretarios de Ayuntamiento y los practicantes, y los veterinarios, y los químicos... Y los estudiantes. Como esos alumnos de Deusto que vinieron en moto desde Barcelona y dejaron en el santuario como recuerdo de su peregrinación dos banderines de su Facultad. Y como la peregrinación coruñesa, que dejó un pequeño botafumeiro de plata. Y los collares de todas partes, como los alegres muchachos del Colegio de Zar-

ragoza, que con su alegre banda de cornetas llenaron la avenida de vibrantes resonancias.

Y los niños de las catequesis, como aquéllos de un pueblecito de Navarra. Su joven párroco les dice misa sólo para ellos en la capilla de las reliquias. Y al final reúne a sus pequeños junto al altar y comienza a rezar con unción la oración del Año Ignaciano: «Que la conmemoración de tu muerte derrame sobre nuestra vida desorientada luz de eternidad...» El sacerdote se detiene; no puede continuar su oración... Está llorando.

Aquella casa, aquella santa casa hoy tiene todo el mundo. Pero este primer recanto es reducido, íntimo... Van entrando mezclados el marinero de Orio y aquel viejecito que ha llegado de no se sabe qué alejado caserío, que se ha quedado atónito ante el esplendor de la Basílica y que ha sentido emoción entrañable al visitar la casa humilde del hermano Gárate, un hombre de campo como él, que ya está en los altares. El no entiende lo que hablan aquel francés de Pau, ni aquel inglés de Liverpool, ni aquel alemán de Francfort, pero sabe que tienen su misma fe. El y ellos y muchos más han entrado con espíritu recogido en la santa casa. Recorren paso a paso las capillas y escuchan las explicaciones del hermano guía. En lo que en tiempos de Ignacio fué bodega, en la planta baja, está la capilla de la Inmaculada, de cuya presencia maternal fué recreado el Santo y recibió el don de perfectísima castidad. Las habitaciones que en su época sirvieron para aposento de la servidumbre de la casa está ahora la capilla de la cueva de Manresa. Allí, encuadrado en relieve, está representado Ignacio en la famosa cueva escribiendo los «Ejercicios» bajo la inspiración de la Virgen. Más arriba, en el piso segundo, están los recuerdos del duque de Gandía. San Francisco de Borja. La escena de su conversión, que se representa en las viguerías, impresiona enormemente a los visitantes. Y lo mismo les sucede ante las reliquias de tantos santos, entre ellas la casulla de San Francisco de Borja con la que en aquella misma casa dijo su primera misa en el antiguo oratorio donde Ignacio rezaría tantas veces durante su convalecencia.

Pero el lugar más venerado por las generaciones es el santo recinto donde Iguacio, milagrosamente curado, encontró su definitivo camino hacia Dios. Allí, donde está ahora el altar, estuvo el lecho donde Ignacio sufrió los dolores del cuerpo y donde recibió luego el supremo consuelo de la visita del Niño Dios y de la Virgen Madre.

IGNACIO ENTRA EN LA VIDA DEL ESPIRITU

Allí, en aquel lecho, con su pierna rota por la metralla, está el capitán Iñigo. Pone su pobre pierna herida en manos de médicos y cirujanos que cortan carne y hueso. «En esta carnicería nunca habló palabra ni mostró otra señal de dolor que apretar mucho los puños.» Todo fué inútil y la pierna le quedó corta y contrahecha. Mal percanche para un caballero que ha de

venir calzas ceñidas. Pero si la pierna no vuelve al estado natural, al menos recobra la salud perdida. Va a cumplir los treinta años. Ha terminado una etapa de su vida. Quedará atrás, ya para siempre, su antiguo mundo cortesano y guerrero. Ahora va a entrar en la vida del espíritu, en el mundo de la eternidad.

Desde el lecho, en las horas largas de la convalecencia encuadrado en la ventana de su estancia, contempla siempre el mismo fragmento del paisaje familiar. Las montañas, las nubes que atraviesan el cielo, un pájaro que pasa... Y le llegan los ruidos del campo: el relincho de un caballo, el canto de los grillos... Y el rumor de la lluvia. En la soledad, en la forzada quietud, Ignacio siente que su imaginación va y viene en una confusa marea sentimental.

«Y porque era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de caballerías, sintiéndose bueno pidió que le diesen algunos de ellos para pasar el tiempo; mas en aquella casa no se halló ninguno de los que él solía leer, y así le dieron un «Vita Christi» y un libro de la vida de los santos en romance.» A veces, dejando de leer, se paraba a pensar en las cosas que había leído; otras veces, en las cosas del mundo que antes solía pensar. Y entonces Ignacio aprendió a mirarse por dentro como en un espejo, a comparar pensamientos con pensamientos... Empieza a tomar cuerpo el método ignaciano, que alcanzará perfecta concreción en los «Ejercicios»: el análisis interior, la autocrítica, la explicación racional de los fenómenos espirituales...

Y así se fué madurando el espíritu de Ignacio y «comenzó a pensar más de veras en su vida pasada y en cuánta necesidad tenía de hacer penitencia de ella. Y aquí se le ofrecían los deseos de imitar a los santos...» Ya se siente otro hombre. Quiere hacer algo por Cristo, algo penoso y heroico que dé salida a su dinamismo espiritual, el mismo de que impregnará para siempre a su Compañía. Y saldrá por los caminos del mundo, caballero andante de Cristo y de Nuestra Señora.

EL MILLONARIO ECUATORIANO, EL PROTESTANTE INGLÉS Y LOS CISMATICOS GRIEGOS

En la representación escultórica de Coullaut Valera, Ignacio aparta sus ojos del libro que sostiene en su mano izquierda, levanta la cabeza, alza en éxtasis la mirada y entreabre la boca como respondiendo a la llamada de Dios: «Señor, ¿qué queréis de mí?» En este recinto tan lleno de resonancias espirituales se hace más íntima e intensa la devoción de los visitantes. No hace mucho, un joven ecuatoriano que, con su lujoso «carro», había recorrido media Europa para divertirse, terminó llorando en la capilla de la Conversión de San Ignacio.

En el mes de julio llegó a Loyola un grupo de cuarenta ortodoxos—cismáticos—rusos, después de recorrer—caso que se ha dado

Esta es la llegada. La permanencia definitiva habrá que pensarla durante los dos años de noviciado

por primera vez en la Historia—diversos santuarios católicos: Montserrat, Zaragoza, Fátima, Lourdes... Un joven anglicano inglés visitó hace poco Loyola, y fué tan profunda la impresión recibida que, al marcharse, estrechando fuertemente la mano del hermano que le había explicado la santa casa, le suplicó oraciones para que la próxima vez que volviese a Loyola fuese ya católico. Y un sacerdote francés que vino hace poco al frente de una expedición de Bayona, recibió hace poco en su parroquia a un protestante joven que pedía la admisión en la Iglesia católica movido, según dijo, por una reciente visita a la santa casa de Loyola.

Es frecuente oír en el Santuario cantos religiosos y pláticas en todos los idiomas. En un mismo día, el 8 de julio exactamente, mientras en la capilla de las Conversiones se decían pláticas en inglés para un grupo de universitarios norteamericanos de las Universidades de Fordham, Detroit, Rochester y Montana, se decían en la Basílica, en valenciano, para 86 mallorquines, y en el mismo lugar, por la tarde, en portugués, para 20 brasileños. Y en la misma fecha hubo misas especiales para 45 franceses y diez belgas, sin contar las pláticas en vascuence para las peregrinaciones del país.

El 18 de julio llegaron a Loyola 400 alumnos de 17 colegios de jesuitas franceses, que levantaron sus tiendas de campaña en un rincón del valle. Llegaban, a pie, en la última etapa de su viaje, en diversos grupos, cada uno de ellos precedido por una gran cruz de madera. Fué emocionante lá salve cantada por los Pequeños Cantores de Chaillot, llegados en días anteriores. Sonaba y se extendía por el valle el salmo: «Allez vers le Seigneur, parmi les chants d'alegresse.» Y los Pequeños Cantores, vestidos de alba y con la pequeña cruz de madera al pecho, avanzaron por la avenida hasta la estatua de San Ignacio cantando el «Gran Hallel». Y al final de cada versículo los 400 colegiales franceses repetían a cuatro voces: «porque su amor permanece para siempre». Y por la tarde, en la gran escalinata, cada uno de los colegios franceses fué pre-





El aspirante y su «ángel», iniciador de los primeros pasos



Conocer a la Compañía y ser conocido por la Compañía

sentando con cantos, diálogos y danzas a su respectiva región francesa. Y, por su parte, algunos estudiantes de Loyola saludaron a los franceses a su manera: con la guitarra y cantos españoles.

Han visitado Loyola últimamente personalidades ilustres, como el representante oficial de la India en la O. N. U. Es católico y posee el primer título indio pontificio. Le acompañaba su esposa. Besó de rodillas el suelo del oratorio y, dando muestras de singular respeto, entró descalzo en la capilla de la Conversión. Y personalidades del mundo intelectual, como el barón Von der Heydte, profesor de una Universidad alemana, o el rector de la Universidad de Georgetown.

Al lado de las personalidades llegan también grupos pintorescos, como los cuarenta y tantos «boy-scouts» belgas o estos muchachos que ahora mismo veo ante la Basílica. Vienen de Tours en bicicleta, haciendo el viaje en

seis etapas. A su frente va un sacerdote joven. Lleva en la cabeza un casquete de motorista y su moto no es precisamente último modelo... Aunque vienen expediciones de diversas partes del mundo, predominan, como es natural, dada la proximidad, las peregrinaciones de franceses. Ellos hacen el mismo viaje que hizo San Ignacio cuando regresó de las aulas de París a su valle natal.

IGNACIO VUELVE A SU TIERRA NATAL

Su cuerpo trabajado por el rigor de los estudios y las penitencias, necesitaba de una recuperación. Pero había un motivo más íntimo que el de reponer su salud quebrantada. El primer ejemplo fué de humildad. Aunque le salieron al camino los criados de su casa y los sacerdotes, rechazó enérgicamente su compañía. El no quería llegar en triunfo, no admitía el mundano recibimiento. Y así, solo y por caminos extraviados, llegó un viernes cerca de la cinco de la tarde al pequeño hospital de la Magdalena de Azepeitia. Allí vivió entre los pobres y como un pobre más. «El no había venido a buscar la casa de Loyola ni a vivir en palacios, sino a sembrar la palabra de Dios y enseñar a los hombres cuán terrible cosa es el pecado mortal.» Y aquel hombre al que todos sabían caballero, aquel hombre dormía en el suelo y vestía de estameña y calzaba alpargatas. Pero su voz traspasada de emoción con razones para la inteligencia y con llamamientos para el corazón, llegaba profundamente a todos. Primero enseñó la doctrina a los niños; luego «comenzó a hablar con muchos que le fueron a visitar de las cosas de Dios». Para escuchar su voz venían gentes de muchas leguas a la redonda. No cabían ya en la iglesia e Ignacio les hablaba en pleno campo subido en un árbol. Y «aunque tenía la voz delgada, dicen que se le oía a trescientos pasos de distancia, lo cual atribuían a prodigio». En los tres meses que duró su permanencia en el lugar sus predicaciones dieron notorio fruto. Combatió el juego—un día se vió el río lleno de los naipes que tiraban los jugadores—y la deshonestidad. En pequeña escala halla en su tierra natal el mismo cuadro de costumbres que ha encontrado en todas partes. En la pleamar del Renacimiento el mundo cristiano se pa-



También la escoba forma al hombre

ganiza y eso favorece la ofensiva contra Roma de la herejía de Lutero. Pero a la Reforma se va a oponer la Contrarreforma y contra Lutero se va a lanzar con las mejores armas de la acción el hombre de España y el «hombre de Dios».

UNA ESTATUA DE SAN IGNACIO EN LA CUMBRE DEL MONTE IZARRAITZ

Los descendientes, de aquellas gentes de Azepeitia que escucharon hace cuatrocientos años conmovidos y absortos la palabra ardiente y precisa de Ignacio han acudido ahora a la cumbre del monte Izarraitz. Desde la altura que domina el valle una estatua gigantesca de Ignacio dominará desde ahora el valle natal, como si otra vez su presencia física pusiera en los corazones la certeza de la fe, el ansia de la virtud. Los azepeitianos todos, hombres, mujeres y niños, han vivido estas jornadas del Centenario con cordial efusión, con entrega entusiasta. Dos mil azepeitianos comulgaron una mañana en la Basílica de su Santo. Ellos sentían como cosa suya estos lugares. Han gozado últimamente de una cosa nueva, realizada con motivo del Centenario. Es la exposición de diora-



La «Ratio Studiorum» regula los estudios de Letras, Ciencias, Filosofía, Teología...



Llegó la hora de inflar el balón



«Entre los pucheros anda Dios». Una de las cinco pruebas del noviciado

mas que, con buen gusto y eficacia expresiva, recoge los momentos más característicos de la vida de San Ignacio. Ellos saben bien esta vida, pero aquí la tienen plásticamente representada. Sobre cada escena un cartel resume brevemente el tema en español, en francés, en inglés y en vascuence. Para que a todos los visitantes llegue esta directa y popular representación de la vida de San Ignacio desde su infancia en estas tierras hasta su muerte ejemplar. *Quien vino al mundo para marchar y combatir quiere morir humildemente, con entera sencillez, sin patetismo ni coherencia. Quiere morir sólo como Javier. No avisa a los suyos, que acuden, de manera casual, en los últimos momentos. Quieren darle algún remedio: «Ya no es hora de esto.» Y pronuncia su última palabra: «Jesús.» Ha muerto Ignacio y empieza a vivir en la vida de los siglos, en todos los tiempos y entre todos los hombres. Era en Roma, el 31 de julio de 1556. Hace ahora cuatrocientos años.*

LA CONMEMORACION DEL CENTENARIO

Cuatrocientos años después de aquel día Loyola vive una desusada agitación. El Año Ignaciano tiene en estos días culminación al acercarse la fecha centenaria. Llegan constantemente grupos de jesuitas de todas las partes del mundo. Me acabo de cruzar con cuatro jesuitas indios—uno de ellos con una gran barba—que llevan aquí algún tiempo. Se encargarán durante estos días de enseñar la santa casa a los visitantes de habla inglesa. Me dicen que uno de ellos sabe tocar muy bien la guitarra hawaiana.

Los mejores oradores sagrados pertenecientes a las diversas Ordenes religiosas desarrollan actualmente en la Basílica diversos temas sobre la personalidad y la obra de San Ignacio.

El día 31 de julio, el día en que se cumplen los cuatrocientos años de la muerte de San Ignacio, los actos tendrán singular relieve. A primera hora se celebrarán en la Basílica las primeras misas de los nuevos sacerdotes de la Compañía de Jesús y a mediodía una

gran misa pontifical que celebrará el cardenal Giuseppe Siri, arzobispo de Génova, Legado de Su Santidad para las fiestas del centenario ignaciano en Loyola. A esta misa asistirá todo el pueblo de España en sus más altas representaciones, autoridades civiles y militares. Un coro de mil voces cantará en la misa.

Coincidiendo con esta conmemoración, también se iniciará en Loyola, para continuarse en Bilbao, el Congreso de la Federación Española de Antiguos Alumnos de la Compañía de Jesús. Pero esta reunión tendrá superior alcance porque la Federación Interamericana se reunirá con los allegados alumnos de Europa y acudirán también antiguos alumnos de otros continentes. En las reuniones se tratarán temas de gran interés general, tales como el ideal católico de la enseñanza, la Iglesia, la familia y el Estado, la situación de la enseñanza católica en los diversos continentes, la misión educadora de la Compañía de Jesús, etc.

PARA TODOS, LOYOLA

Se ha cerrado la santa casa durante estas horas centrales del día. Bajo los árboles del parque que flanquean la avenida, cerca de la imagen de Ignacio, unos sacerdotes de pueblo que han venido con sus madres y otros familiares desde muy lejos comen sin embarazo sentados sobre la hierba. A su lado una familia francesa saca de su maleta los fiambres que se han traído para el viaje. Hay otros grupos diversos derramados por el lugar, que tiene ahora un aire sano de romería. Alguien canta una canción alegre. Desde el altavoz recomiendan:



De excursión. Al menos un día por semana los estudiantes marchan al campo

—Los peregrinos de Scpuerta saldrán dentro de breves momentos.

—Al niño José Mari Oyarzun le espera su mamá a la puerta de la Basílica.

—Los maestros de Estella y su merindad dirijan a sus autocares.

—Doña Ana Arca, de Valencia... La esperan en su autocar.

Sale un autocar. Son franceses, de Toulouse. En una «vespa» llegan dos curas con boina. De un gran coche gris se ha bajado un matrimonio de bastante edad. Son extranjeros. Se acerca un autocar lleno de niñas. Son de un colegio de Vitoria. Vienen cantando el himno de San Ignacio. Pasan unos muchachos en bicicleta. Una mujer viene caminando. Le acompaña un chico de unos dieciséis años que lleva una mochila a la espalda. Debe ser su hijo y posiblemente se llamará Ignacio. Ella calza alpargatas y lleva los pies vendados. Deben venir cansados. Pero se les ve contentos. Han llegado a Loyola.

Florentino SORIA
(Enviado especial)

PERFIL Y SUPERVIVENCIA DE IGNACIO DE LOYOLA



UNA muerte imperial, entre hierro y banderas, en un mediodía muy siglo XVI y muy navarro, fué la que escogió para sí, el 20 de marzo de 1521, el capitán Iñigo de Loyola, al lanzarse, espada en mano, a la cabeza del puñado de sobrevivientes para recibir a los franceses de Francisco I que, al mando de Gastón de Foix, pariente de aquella posible dama de sus pensamientos, Germana de Foix, irrumpían por la brecha abierta con seis horas de artillería en el castillo de Pamplona.

Dios le tenía reservada una muerte escueta, sin arengas ni frases entre comillas, como un servicio más, con sólo dos testigos de traje oscuro, el español Cristóbal de Madrid y el francés Andrés de Frusis. Cinco y treinta de la mañana, 31 de julio de 1556. No estaba dirigiendo una loca y heroica defensa porque sí, con ritmo y púrpura de encasillabos; pero desde el silencio cuadrado de aquella Casa Generalicia oprimida por el verano romano, estaba dirigiendo algo más fragoroso y trascendental que una batalla por la muerte; la batalla por la vida, por la vida, librada invisiblemente por los mil primeros jesuitas lanzados a toda la alambrada de meridianos y paralelos desde el Brasil hasta el Japón.

La muerte de un cristiano es paso no de vida a muerte, sino de vida a vida. Pero hay ciertas muertes que, incluso de tejas abajo, son paso de vida a vida. La vida de un hombre, para el mundo, es su obra, su acción visible o invisible. La acción y la obra de Ignacio continúan por los siglos y los continentes en círculos cada vez más amplios. Pocas paternidades tan patriarcalmente fecundas. Pocos hombres han puesto su mano con más peso en el timón de la existencia humana sobre la tierra y han decidido tanto en el destino de millones de hombres como el vasco de Loyola. Una de las naturalezas más fabulosas que ha producido España; una de las sobrenaturalezas más perfectas que ha logrado la Iglesia. Y su obra—la Compañía, con toda su repercusión en la conciencia, la ciencia y la civilización; los Ejercicios, terapéutica psíquica, despertar al apostolado y cauce de la Redención para millones; las Constituciones, creadoras de un estilo compartido hoy por muchas instituciones de acción y de perfección—es, sin ponderaciones ni ojos en blanco, uno de los rasgos más acusados y perfectos que ha podido grabar un hombre en la cara de la historia humana y sobrenatural. Detrás de él está el dedo de Dios.

Esta supervivencia vitalísima de Ignacio de Loyola es fruto, sin duda, de la riqueza de su personalidad y de la certeza de su visión. Una personalidad riquísima y compacta, que abarca en su geografía increíble desde el soldado hasta el padre, desde el estratega hasta el poeta, desde el político hasta el místico, desde el hombre de mundo hasta el asceta, desde el genio hasta el santo.

Un breve documental anecdótico puede valer por un psicograma. Ignacio es el hombre que aguanta, sin más anestésico que cerrar los puños, la sierra de un hueso de la rodilla a cargo de un médico con cuello de gorguera rembrantiana y sombrero de plumas y que le estiren la pierna, durante semanas, en un aparato de ortopedia prehistórica, para poder llevar una bota exacta y vive años enteros sin un quejido, con el hígado lleno de cálculos y que, al hermano que, cosiéndole una venda le ha ensartado la oreja, le dice apaciblemente: «Mirad lo que hacéis.» Y es también el hombre que en Manresa, ante el llanto de una niña por su gallina ahogada en el pozo de Sobro-roca, se arredilla emocionado, pide a Dios el milagro, hace subir las aguas del pozo con su oración y devuelve a la chiquilla deslumbrada su juguete vivo. El que tiene en sí fuego para acometer a un grupo que no le cede la acera y ponerlo en fuga. Y el que, domada su naturaleza pero no deformada, afirma que con sólo un cuarto de hora de oración se calmaría de la destrucción de la Compañía, y tiene flexibilidad de alma para bailar-

le una danza vasca a un enfermo que se lo pide para alegrarse (por cierto, que al final le dijo: «Mirad que no me pidáis esto otra vez porque no lo haré») y el que, en sus años de General, da un salto para abrazar a un mocetón flamenco, tentado en su vocación y reconfortarlo con este gesto inesperado.

El que exige la obediencia como la virtud cristiana que pide urgentemente la enfermedad de la época y que, sin embargo, desliga de toda disciplina doméstica a un novicio tudesco hasta que se le calmen los nervios irritados por tanta hora y sitio fijo. El que se mete en la boca la mano con que ha atendido a un enfermo para vencer así la obsesión de haberse contagiado y el que escucha embelesado al padre Frusio que, en su cuarto de enfermo, le toca el clavicordio y canta aires franceses, o se queda las horas muertas viendo correr el agua, y llora quedamente bajo las estrellas de Dios o ante una flor o una hoja, que le hablan de Dios; el hombre que se preocupa de los huérfanos y de las cortesanas de Roma, sin reparar en acompañarlas por la ciudad hasta la casa que ha fundado para su recogimiento. El que hace que, en las consultas de gobierno, se ponga junto al reloj de arena una naranja, como contraseña de que hay que tratar de determinado asunto suspendido, en vez de hacerlo constar en frío papel. El que, cuando tiene huéspedes ilustres a su mesa, hace que sirvan dos o tres y que escancien el humilde vino «con tanta elegancia como en las más nobles casas». El que acomete las obras de Dios a través de persecuciones y enfermedades con ánimo renovado, tanto que sus hijos, en sus accesos de enfermedad, piden a Dios para él alguna contradicción, porque eso le yergue y tonifica. El hombre que planea con todo el mapa en la mano y todo el mundo de Dios y del demonio ante los ojos. Pero la más brillante de sus virtudes, la que explica más, en lo humano, la perennidad de su obra, es su prudencia genial; la que hacía ya al Virrey de Navarra encargarle las más difíciles embajadas y que le gana un puñado de votos para Papa, a pesar de estar alejado de toda la tácita campaña previa, a la muerte de Paulo III; esa prudencia con la que deja organizadas cien Casas de la Compañía por todo el mundo en dieciséis años de gobierno y que le hace planear, veinte años antes de Lepanto, en un informe para el virrey de Sicilia, una campaña marina contra el turco, con un perfecto diseño de los elementos militares, políticos, diplomáticos y económicos.

En suma, todo ese perfil que él exige en las Constituciones, parte IX, de los futuros Generales de su Orden: «muy unido con Dios Nuestro Señor... Caridad..., amable, libre de todas pasiones..., dotado de grande entendimiento y juicio...»

Pero todo esto no basta para explicar la supervivencia sobrehumana de Ignacio. Sólo Dios no muere. Su unión con Dios, su identificación con Cristo, el Cristo buscado en la Primera Semana de los Ejercicios, encontrado en la segunda, acompañado en la tercera, esperado en la cuarta; esa unión inyectada en su obra y en sus hijos, como una vida imbatible a pesar de las persecuciones y del desgaste natural, es lo que explica su vida perenne que llega hasta nosotros en anchas olas profundas hoy, a cuatro siglos de su muerte serena.

José María DE ROMANA, S. J.



CON
HIELO
Y
SELTZ
ES
DELICIOSO



Pío XII con el General de la Compañía, el Padre belga Juan B. Janssens y el padre Pedro Abellán, español, rector de la Universidad Gregoriana

—Lo siento, hijo, pero...
 Y coge un maletín.
 —¿Va de viaje?
 —Sí.
 —¿Por puro placer?
 —No.
 —¿A dónde va?
 —A Sevilla.
 —¿Por mucho tiempo?
 —No lo sé.
 —¿Sabe a qué va?
 —Sí.
 —¿Sabe lo que allí le espera?
 —No.
 —¿Lleva normas concretas y determinadas de antemano para el desempeño de su misión?
 —No.
 —¿Podrá usted hacer lo que, a su juicio personal, le parezca mejor?

—Para eso voy.
 —¡Es lástima! Atraído precisamente por la eficaz y brillante labor que usted estaba realizando aquí quería hablarle y preguntarle. ¡Es lástima que se vaya en plena cosecha de su labor!

—He cumplido ya mi misión. Y me mira sonriente y gozoso. Sin apenas nostalgia de lo que deja de su obra realizada, de aquello en que ha invertido días y noches para concretarla en realidad con su sello personal. Y sin inquietud por lo que le espera, sea fácil o difícil, agradable o desagradable, cómodo o molesto, sonríe con sonrisa de satisfacción, como hombre dueño de sí mismo, íntimamente preparado para todo, hasta lo rayano con lo imposible por la dificultad.

—¿Y no ha hecho ver que es una pena dejar esto?
 —La Superioridad sabe por qué me envía.

—Pero, ¿acaso cuenta de antemano con su nuevo éxito?

—Aparte de los quince años de formación religiosa e intelectual, llevo unos cuantos de ejercicio. Y la Superioridad sabe mejor que yo quién soy, para qué sirvo y lo que me conviene. No te preocupes, hijo mío.

Consulta de nuevo el reloj.
 —Perdone—me dice.
 Y sale en busca del tren. Y me dirijo al otro padre, que, impasible, ha presenciado y oído el breve diálogo. Le expongo mi propósito, que no es otro que conocer el funcionamiento de la Compañía de Jesús. Y pronto me contesta:

—Esquematisado está en vuestro diálogo. Sólo hay que añadirle la parte de noviciado y la alta función del Preposito General con su curia romana.

—Una cosa: en caso de que el padre que acaba de salir se hubiese resistido al mandato, ¿qué pasaría?

—Su obligación habría sido representar las dificultades. Cuando se planea una orden, el súbdito tiene obligación de exponer todas sus dificultades e iniciativas. Una vez dada la orden, hay que cumplirla con todas las posibilidades centradas en ella, con obediencia ciega.

—¿Qué quiere decir obediencia ciega?

—Que no mira ya a sí el Superior se equivoca o no—el único tope de exclusión sería la moral-

LA INSTITUCION Y LOS HOMBRES

AQUI está la Compañía de Jesús. Una y universal. Fuerte y humana. Humana en sus modos con el hombre. Es decir, natural. Pero sobrenatural en su fin. Un fin que toma de este mundo lo que es de este mundo para llevarlo más allá: la gloria de Dios: «Ad majorem Dei Gloriam: A. M. D. G.».

Y es compacta y múltiple. Compacta: todos, uno por uno, están absorbidos por el mismo fin; y múltiple, cada uno es lo que es, y se reserva y es respetada su personalidad a través de los muchos caminos que llevan al fin. Y es pobre y poderosa. Pobre: cada uno, de por sí y para sí, renuncia a lo de este mundo; y poderosa: porque desposeídos de todo, menos de la inteligencia y de la voluntad, siempre vigilantes y tensas, marchan «informados» por un mismo concepto de las leyes de una acción victoriosa. Habiéndose vencido a sí mismos, se hacen verdaderos, auténticos, conquistadores espirituales del universo.

Y, por último, he aquí sus dos grandes armas: acción y obediencia u obediencia y acción. Tanto monta. Es más: no se dan prácticamente separadas. Dondequiera que haya uno, allí hace obediendo u obedece haciendo. Allí está: observa, mide, adecua y hace. Hace lo que humanamente conduce mejor al fin. Es libre.

Un peón libre y anónimo en la viña del Señor. Libre y obediente. Obediente en cuanto a su situación: su voluntad depende, se inhibe—¿«perinde ac cadaver»?—ante la voluntad del Superior al fijar el «hic et nunc», el «aquí y ahora».

Así es y obra, así funciona la Compañía de Jesús. Este conjunto de hombres que, donados por sí mismos a lo divino, han renunciado a todo, y por ello precisamente, por no poseer y disponer cada hombre de nada material, están presentes en el mundo entero, si no con voz y voto, sí con acción y consejo y también con decisión. ¡Tremenda paradoja que aclara las fuentes para un recto y auténtico poder!

Cabalgando vienen sobre los siglos a ritmo igual. Desde aquel siglo XVI español, porque el cuño de un caballero de aquella España trae la Compañía de Jesús. Cabalgando viene y seguirá, una e indivisa, idéntica a sí misma y fiel. Operando como una milicia en batallas triunfales de silencio, trabajo y humildad.

Están, siguen y seguirán. Van hacia... la Mayor Gloria de Dios.

UN JESUITA EN MARCHA

—Padre, quisiera hablar con usted.

El padre, algo inquieto en el vestíbulo de su residencia de Madrid, consulta su reloj:

dad de la cosa mandada—, sino que mira únicamente a que el Superior representa a Dios. Esta es la razón de la obediencia jesuítica, de toda obediencia, y su dignidad suprema. Obedecer algo, porque está bien mandado es obedecer a un hombre; el jesuita tiene demasiada personalidad para rebajarse a eso; él obedece porque el Superior representa a Dios; obedece a Dios y sabe que en esto no hay equivocación posible, aunque alguna vez pudiese haberla, a pesar de todas las informaciones y precauciones en el contenido material de la orden.

—Pero ¿no pueden fallar las previsiones?

—Pueden. No es infalible.

—Supongamos un caso negativo.

—Se tendrían en cuenta las circunstancias que han motivado la objeción.

—¿Y qué dinero lleva?

—El necesario para el viaje.

—¿De dónde?

—El procurador de la Casa se lo ha dado.

—¿En la nueva residencia tendrá alojamiento garantizado, ya que se mueve dentro de la Comunidad?

—No, señor. Cada Casa tiene Caja independiente. Así que el alojamiento del padre será sufragado por la Procuraduría de aquí.

—¿Y cómo se sostienen las Casas?

—Con el trabajo de los padres residentes en ella. Pero trabajan sin poder exigir en justicia. No tienen remuneración cierta. Y lo que les dan lo entregan al procurador.

—Sabemos que en la Compañía no exigen dotes; pero ¿y los bienes patrimoniales? ¿Qué sucede si un padre hereda?

—Antes de los últimos votos han de renunciar a todos los bienes. Mientras tanto pueden conservar la propiedad, pero no administrar. Lo que venga después de hechos los votos—una herencia, por ejemplo—pasa a la Compañía.

—Perdone, padre, las indiscreciones.

LAS CONSTITUCIONES: MONUMENTO MITADES- PIRITUAL Y MITAD JU- RIDICO

Aquel padre jesuita que ha marchado, como cualquier otro que pueda encontrar, va o viene con un molde peculiar. Pero no un molde que anula su personalidad; al contrario, le da más fuerte unidad interna. ¿Quién le ha dado esa unidad? Dos libros que son dos troqueles: «Los Ejercicios» y «Las Constituciones». He ahí los moldes del jesuita. Y quizá no me sirva este símil para expresar lo que verdaderamente es, porque todo el secreto de la Compañía de Jesús—y aventuro un juicio que someto a la más inmediata revisión, si preciso fuere—está en el ingenioso y habilidoso juego de la personalidad de cada uno con la obediencia, para llegar a la más precisa, certera y eficaz acción. Así que los dos libros normativos antes citados, más que imprimir un molde, lo que hacen es infundir un principio, una especie de segunda alma que en cada cual se manifiesta de distinta manera: en unos con una espiritualidad más afectiva o más



El director de la revista «Civiltá Cattolica», padre Gliozzo, acompañado del crítico literario, padre Mondrone; el especialista en problemas políticos, padre Messineo, y el jurista, padre Lener



También en el aire: Escuela de Aviación de la Universidad jesuítica de San Luis, en Estados Unidos



El padre Walshe Murray, consultor cinematográfico de Hollywood, con el guinista Karl Tunberg y el director San Zimbalist

mística, y en otros más razonadora o más activa.

De San Ignacio de Loyola proceden ambas normas. Un carácter fuerte y español del XVI trasladado a la mística. El primero—«Los Ejercicios»—es un libro pequeño, escueto, arduo, difícil para lectura. Un reflejo de la vivísima fuerza espiritual que en potencia lleva, dentro de un modo lacónico y castrense.

El otro—«Las Constituciones»—, aplicación del alma y el método

de «Los Ejercicios», es una construcción medio espiritual y medio jurídica, obra de un gran talento organizador al que no han faltado ilustraciones sobrenaturales. ¿Qué puede decirse de ellas? Ya lo han dicho: una de las tres grandes pirámides legislativas de España que son «Las Siete Partidas», «Las leyes de Indias» y «Las Constituciones». Y también ha sido medido su esfuerzo con perspectivas arquitectónicas: «Una concepción grandiosa y original,

de líneas clásicas con algo de El Escorial y la «Suma Teológica», de Santo Tomás».

Escritos fueron en castellano cuando en aquella época era usado el latín para todos los documentos de carácter universal. Hay explicación: vió la luz en una época en que, por español, habría de ser ecuménico.

¿Y por qué una obra así? En la Historia está la respuesta. Había entonces un gran pecado colectivo de rebeldía: la pseudorreforma luterana y satélites. Peligro crucial en la Iglesia. Y surgió la defensa: profunda reforma interior, afluente no a la rebeldía, sino a todo lo contrario: la obediencia. Una obediencia firme. Y así hay en la Compañía, en los profesos, doble voto de obediencia; el común a todas las Ordenes y otro especial al Papa. De tales principios y del ambiente salió la combatividad del nuevo estilo, que fué un arma decisiva —la Historia es testigo— frente a la crisis provocada por el Humanismo y el Renacimiento. Un modo de ser y de operar, un funcionamiento, tenaz y flexible, que se perpetúa, porque en cada siglo no han faltado las consecuencias de aquella rebeldía de cuerpo y espíritu: racionalismo, materialismo, etc., etc.

¿Y cuál fué esa reforma interior, principio de su función? Esta: virtud sólida, con exacta y vigilante guarda de las puertas de los sentidos; abnegación de la propia voluntad; paz y humildad del alma; devoción ilustrada y conocimiento de los caminos del espíritu; unión fraterna de corazones y conformidad de sentimientos; absoluta pobreza espiritual; humildad práctica y obediencia rendida, no sólo de ejecución, sino de voluntad y entendimiento, al superior como a Cristo. Y, punto de partida: la entrega personal a Cristo tomando pie en «Los Ejercicios».

Así han de ser, así son los jesuitas. Ahí está su secreto.

EL HOMBRE HECHO JESUITA

Certero fué el punto de partida de Ignacio de Loyola: «En todo hombre hay humanidad.» Bien los conocía. Y por conocerlos no quiso, y claro, ese acto de su voluntad sigue respetándose, que sean tratados en la Compañía como espíritus puros. Pero el hombre puede transformarse, adecuarse a la tarea que conduce hacia el fin sobrenatural.

No antes de los quince años de edad han de ingresar los presuntos novicios, que antes han de permanecer ocho o diez días con sus ropas del siglo mientras conocen las reglas, fórmulas y métodos a que ha de someterse. Libertad, respeto a la personalidad. Después, si hay agrado mutuo, dos años de noviciado. Dos años de formación religiosa, de pruebas, de muchas pruebas de índole material, porque por ahí ha de tener lustre y visión la virtud. En fin, dos años de estudio mutuo: del novicio a la Compañía y de la Compañía al novicio. Tiempo suficiente son los dos años para saber quién y cómo es. Y así, al final, puede emitir votos, simples, pero perpetuos. Es un período al que llaman, y con razón, primera probación.

El hombre, visto ya y conformado religiosamente, entra entonces en el período de formación intelectual. Antes, no. Antes es la materia de donde ha de salir el jesuita añadiéndole la forma de las Constituciones. Y vienen a continuación dos o tres años—depende de su previa preparación—de Letras, de Humanidades. He ahí el Juniorado, al que siguen tres años de Filosofía. Y después otros dos o tres años de ejercicio, de magisterio de prácticas. Es la primera prueba del hombre frente al hombre, cuando no ha terminado todavía su proceso formativo. Todo lento, a pasos contados y comprobados. En estos años de ejercicio puede simultanearse alguna carrera civil.

¿Y qué sucede durante los cuatro años que dura el Escolasticado de Teología? Cuatro años de formación intelectual y religiosa cuando la juventud se une con cierta madurez.

Son los cuatro años en que se da remate a la obra para dejar el hombre exacto y preciso. Hay un principio de aspecto paradójico: la obediencia es la condición de la libertad.

Obediencia: un distintivo de la Compañía. Obediencia disciplinada con la máxima agilidad de movimientos. Pronta, alegre, filial y sobrenatural.

Libertad: disciplina interior. Paradójico. Esta disciplina interior que se funda en la negación es la que le permite un régimen de libertad individual tan acentuado visto desde el exterior. Y he aquí algunas revelaciones: pocas, muy pocas manifestaciones colectivas de la comunidad y ningún desfile en línea. Cada cual, durante el Escolasticado, acude a la capilla por separado, desayuna cuando le place o conviene y reparte el tiempo de estudio según sus necesidades. En realidad la norma coercitiva es la entrega, la donación de sí mismo al fin. Resalta, sorprende la parte que se reserva a la espontaneidad, a la iniciativa, al autocontrol. Y tiene sus consecuencias: por el hecho de vigilarse a sí mismo, nada fútil soltará cuando ande por los caminos del mundo. Último resultado: sensación de fortaleza y seguridad.

Acción: es un elemento indispensable para saber lo que es un jesuita: «Ardientes y puros» los calificó un Papa. Para la acción nacieron; lucha contra herejes, cura de almas, misiones y enseñanza. No es que prescindan de la contemplación. Porque sin la oración, sin su unión con Cristo, la acción no tendría razón. Ni monjes ni frailes, sino clérigos regulares que visten como los sacerdotes y sin obligación de coro. Acción.

Pero habrá que insistir en la acción, mejor dicho, la actividad siempre al máximo. Nada más contrario al espíritu ignaciano que la flaqueza ante la dificultad, la huida ante la vida superior.

Ubicuidad razonada y justa: siempre a la vista el hombre como hombre, con sus fuerzas y debilidades, adapta los medios a los lugares y circunstancias. Su fin, el fin sobrenatural de la Compañía, es para el hombre, no

para un superhombre, y por ser así le da una interpretación razonable. ¿Inconvenientes reales? No. Apasionada, pero inconsistente e inútil, difamación de sus enemigos: que son astutos, que son disimulados, que maniobran por espíritu de dominación. Pero no: sentido de lo real y de lo posible. He ahí su gran poder, ése es. Porque se sitúan en la vida, en el mundo, desde las modas a las diversiones, para enderezar a Cristo o su Iglesia lo que por naturaleza iba hacia el mundo. ¿Cómo? Usando con inteligencia y destreza los mismos medios del mundo. ¿Hay secreto? No. Pero quieren hacerlos incomprensibles: así nace la leyenda.

Un día se presentó en Roma Sabatier. Sabatier era un emisario de Augusto Comte, el filósofo fundador del positivismo. Quería ver al Preósito General de la Compañía de Jesús, entonces el padre Bekx.

—Usted dira—fué, poco más o menos, la frase de uno de los asistentes del general, padre Rubillon.

—Una alianza con la Compañía de Jesús.

Este era el pensamiento del filósofo: dominar el mundo. Y para ello una alianza con la Compañía de Jesús.

—Las bases—insistió—serían las siguientes: los jesuitas se denominarían ignacianos; el General, trescientos años Jefe de la Iglesia católica, tomaría oficialmente el título; en cuanto al Papa, sería el Príncipe-Obispo de Roma y fijaría su residencia en París; y Comte y el General trabajarían concertadamente para eliminar el protestantismo, el deísmo y el escepticismo.

—Nosotros somos religiosos. No nos ocupamos en política. Y además una alianza con un ateo es imposible.

¿Cuál fué la reacción del General? La que provoca un acto despreciable. Un ejemplar del «Caticismo positivista», que le dedicó Comte, fué adquirido después por un coleccionista de libros raros. Y algo más: sus hojas estaban sin cortar.

Ni política ni honores. Así funcionan los hombres por dentro. Así los jesuitas.

UNA MONARQUÍA ABSOLUTA QUE NO ES ABSOLUTISTA

¿Y qué es la Compañía de Jesús en su arquitectura mundial? Porque claras están ya sus dos cualidades: universalidad y movilidad. No es más que una templada Monarquía, no democrática al modo de las grandes Ordenes medievales, con un Preósito General vitalicio. Organización jerárquica.

—¿Y por qué vitalicio?—preguntamos.

—San Ignacio dice: «Es más fácil hallarse un idóneo para este cargo que muchos.»

—¿No hay peligro de absolutismo?

—Tiene autoridad sobre todos y en todas las cosas. Aunque pueda parecer un Monarca absoluto no hay peligro. Su unidad de mando está moderada.

—¿Quiénes pueden limitar su Gobierno?

—En parte la influencia de las Congregaciones Generales y los informes que de toda la Compañía recibe y en parte los asistentes o consultores de oficio que le rodean. Los asistentes no sólo le aconsejan y amonestan, sino que pueden deponerlo e incluso expulsarlo. Los asistentes forman con el General el Gobierno normal de la Compañía. La idea de San Ignacio era que el General tenga todo el poder para lo bueno y ninguno para lo malo.

Vayamos por partes: la organización de la Compañía es así: un Preósito General, asesorado por un Consejo de ocho asistentes. Cada asistencia comprende un número determinado de provincias o departamentos análogos (viceprovincias independientes y Misiones independientes). Y en cada provincia, con un provincial al frente, un número determinado de Casas, que pueden ser: colegios, con un rector al frente, y Residencias, cuyo jefe se denomina superior; Casas profesas. Misiones...

—¿Cuáles son las Casas profesas?

—Hay pocas en el mundo: Madrid, Bilbao, Viena y Roma.

—¿Qué tienen de particular?

—Son residencias de especial volumen de obras y más rígido concepto de la pobreza.

—¿Hay muchos profesos?

—El ocho o el nueve por ciento de la Orden.

Profesos son los padres que han hecho el cuarto voto: el de obediencia especial al Papa. El núcleo central, por tanto, de la Orden. Reunidos los profesos forman la Congregación Provincial. Los provinciales y dos representantes de cada Congregación Provincial constituyen la Congregación General, que se reúne en Roma, la cual es la que elige al General y también a los asistentes. Cada asistente representa y lleva los asuntos de varias provincias.

—¿Quién nombra a los provinciales y superiores?

—El General.

—¿Hay fechas determinadas para la reunión de las Congregaciones?

—Las Provinciales, cada cuatro años. Nombran entonces un procurador que en Roma expone sus necesidades, énicencias, deseos... Después, estos procuradores se reúnen entre sí cada tres años para ver si conviene o no convocar la Congregación General.

—¿Sucede esto con frecuencia?

—Nada más que para la elección del General o para asuntos especiales. Esto último pocas veces. La última fué con motivo de la promulgación del nuevo Derecho Canónico.

La organización aun no es a expuesta totalmente: a cada provincial le asesoran cuatro consultores, además de la existencia de la Congregación Provincial. En cada Casa hay: profesos, ya explicados: coadjutores espirituales, que son sacerdotes, pero no han hecho el cuarto voto, y coadjutores materiales, no sacerdotes, que con sus tres votos simples y perpetuos cuidan de los menesteres materiales de la Casa. Pero no hay diferencia de nivel de vida entre ellos. Todos iguales.

Y ahora valgan cifras: En la vía Borgo de Spiritu Santo, de Roma, reside el Preósito General, muy reverendo padre Juan Bautista Janssens, belga, nacido el 22 de diciembre de 1889, y elegido el 15 de septiembre de 1946. Son ocho las Asistencias: Italia, Germania, Francia, España (comprende también la Provincia de Portugal), Inglaterra, Norte América, Eslávica y Sudamérica. Son 49 las Provincias, 12 Viceprovincias independientes, 12 Viceprovincias dependientes de alguna Provincia, dos Misiones independientes y 39 Misiones dependientes de alguna Provincia. En total, 132 circunscripciones mayores.

—¿Cuántos jesuitas hay?

—Según la estadística oficial de enero de 1955, son 32.899, a saber: 16.521 sacerdotes, 19.741 estudiantes y 5.637 hermanos coadjutores. En Misiones entre infieles hay 5.576 misioneros.

UN MOTOR PARA SU PRESENCIA UNIVERSAL: LA CONCIENCIA

Corriente, sencilla y moderna es la Casa de la vía Borgo de Spiritu Santo, de Roma, y funcional. Así es la Casa Generalicia: funcional, Práctica. Terminada fué durante el mandato del anterior Preósito, Rvdo. P. Wladimiro Ledochowski.

Desde allí gobierna el Preósito General la Compañía de Jesús, esparcida por el mundo entero, porque el bien no tiene fronteras. Allí está rodeado de los ocho asistentes que le proveen de asuntos de los cinco Continentes. Un secretario le sirve de cerca, mientras que cada asistente cuenta con dos. Y hermanos coadjutores de todos los idiomas, de todas las partes del mundo.

Silencio, orden, practicismo, eficacia... Y unidad de fin, unidad de propósitos, comprensión mutua y amor por Cristo.

—No está el Padre General—se oye alguna que otra vez en voz apagada.

Y es que el Padre General se ha ido modesta y silenciosamente a la casa de campo que la Orden tiene en Frascati. A trabajar. La finca es para descanso, pero P. Janssens desaparece para trabajar en ella.

—¿De qué servicios se vale para gobernar?

—Las cartas oficiales y extra-oficiales que recibe, los informes de los procuradores y cualquier otro.

He ahí otro de los misterios o secretos de los jesuitas: el movimiento epistolar. Tan hábil, tan preciso y tan práctico, que We-



En la iglesia de Gesù, la habitación de San Ignacio, convertida en capilla

ber dijo en un principio: «esta correspondencia epistolar está mejor organizada que en el mejor Estado».

A Su Paternidad—que tal es el tratamiento— puede escribirle cualquiera. Y cuando se desea que él solo lea la carta no hay más que introducir otro sobre con la siguiente indicación. «Soli». Pero los provinciales han de escribir una vez al mes; los superiores, dos al año; los consultores, una al año. Y para cada tipo de correspondencia oficial el papel ha de tener un tamaño determinado, adecuado al archivo. Ahora bien, la correspondencia dentro de la Orden es inviolable. Si el Padre General escribiera directamente a un padre cualquiera, al mismo tiempo escribe al superior correspondiente, porque se supone que el subordinado no entregará la carta.

—¿Y el General tiene relaciones oficiales constantes con Su Santidad el Papa?

—Al tomar posesión el nuevo Papa se presenta para reiterar el cuarto voto.

Así es y se gobierna la Compañía de Jesús. Todos a una, vinculados por la conciencia. Y por ello, porque la conciencia es la que rige, la libertad es máxima: cada año pasa el provincial por las distintas Casas, y cada año hace cada uno su «cuenta de conciencia», es decir, le expone lo que su conciencia le dicta. Y así no hay nadie ignorado, desconocido y no valorado. Y «esto» sube y baja por la corriente viva y humana del inmenso organismo de la Compañía de Jesús.

No es, por tanto, una máquina fría, automática, que anule la libertad y las iniciativas privadas. Es un cuerpo vital y universal, integrado por voluntades libres y llenas de gozo.

"PIDO A DIOS PERSECUCIONES"



Martirio de jesuitas en el Japón en el año 1597

UNA PETICION ATENDIDA. «DURE LO QUE DURE LA COMPANIA, LAS PERSECUCIONES NO FALTARAN»

ERA el día 3 de septiembre del año 1759. Más de dos siglos hacía que el Papa Paulo III había aprobado las Constituciones de la Compañía de Jesús, mientras decía, al leer los Estatutos y las Reglas que ante los pies del Vicario de Cristo ponía Inigo de Loyola: «Aquí está el dedo de Dios». Habían pasado exactamente doscientos diecinueve años y la Compañía de Jesús se extendía ya por todas las tierras de la cristiandad. Por muchas razones, España y Portugal eran los dos países predilectos de la Compañía. En Portugal, por estos años, reinaba el débil Monarca José I; pero el Gobierno estaba en manos de su primer ministro, aquel marqués de Pombal cuyo único orgullo era declararse públicamente acérrimo enemigo de la Iglesia católica.

Y contra el sentir cristiano del pueblo portugués, en la mañana de este 3 de septiembre, de los puertos de Oporto y Lisboa salían cinco barcos con rumbo desconocido. Bajo cubierta, en las oscuras bodegas de las naves, estrechamente vigilados por tropas de la Marina de guerra más de mil hombres navegaban maniatados, bajo el peso del hambre, de la sed, de la tortura, de la calumnia y de la infamia. Sin embargo, en sus rostros no apa-

recia la sombra del dolor o la protesta. Eran hombres que salían expulsados de su patria por el solo pecado de mantenerse fieles a Dios, a la Iglesia y a la obediencia del Papa. Hacinados, sin apenas espacio para moverse, ni aire que respirar, aquellos centenares de jesuitas iban dejando atrás aquellas tierras en las que tanto bien habían sembrado. Días más tarde los barcos arribaban al puerto italiano de Civita-Vecchia. Se abrieron las compuertas de las bodegas y los barcos quedaron vacíos. Por primera vez también en Portugal se había firmado la expulsión de los jesuitas. Como antes en Venecia, como en Paraguay, como después en Francia, en la misma España en Méjico; como en muchas naciones de América y de Europa, la Compañía de Jesús se había visto obligada a emigrar a tierras extrañas para hacer en otros países el bien que en otras tierras no les dejaban hacer.

Esta orden de expulsión se extendía también a las colonias portuguesas, y a Civita-Vecchia y a otros Estados pontificios fueron llegando por el otoño del mismo año jesuitas del Brasil, del Marañón, de la India portuguesa. Mientras tanto, 250 padres de la Compañía habían quedado en Portugal. Quedaban sepultados en fétidos, oscuros y húmedos calabozos, atormentados con espantosa crueldad o como para hacerlos enloquecer o morir. Tres años llevaba en aquellas mazmorras el padre Malagrida, sin que los Tri-

bunales de la injusticia pudiesen probar la verdad de las calumnias que sobre él recaían, y al cabo de los tres años aquel santo anciano de setenta y dos años era condenado a morir por hereje y blasfemo, estrangulado y quemado en presencia del Rey José I y de todo el Gobierno.

En Portugal no se hacía más que repetir o anticipar la Historia. A la expulsión seguía una Orden ministerial: la Orden ridícula de borrar en los calendarios los nombres de San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y San Francisco de Borja.

Hasta el día de hoy, la Compañía de Jesús ha sido proscrita de dieciocho países. Las Constituciones de dos naciones—Suiza y Noruega—todavía prohíben a los miembros de la Compañía poner los pies dentro de sus fronteras.

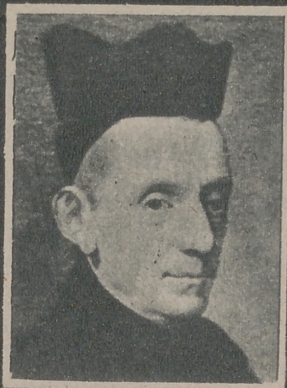
¿UN LEGO JESUITA EMPERADOR?

Las persecuciones, las insidias y las tormentas que sobre la Compañía de Jesús han caído a lo largo de sus cuatrocientos años de existencia no tuvieron siempre su origen en el anticlericalismo de algunos gobernantes. Desde el encarcelamiento sufrido por San Ignacio en Salamanca antes de fundar la Compañía mientras se examinaban sus Ejercicios Espirituales, hasta la tarde del 21 de julio de 1773, en que Clemente XIV firmaba el Breve de supresión de la Compañía de Jesús, los hijos de San Ignacio

han sido el blanco de flechas que la calumnia y la envidia les han dirigido desde frentes insospechados.

Paraguay había de ser escenario de una de estas calumnias que más tarde correrían por toda Europa. Se acusó a los misioneros jesuitas de querer alzarse en el Paraguay con un reino independiente, y se habló de un imperio de Nicolás I. nombre que, al decir de las gentes, había tomado un hermano coadjutor al proclamarse emperador. Al Paraguay habían llegado los padres jesuitas bien temprano y allí habían fundado pueblos enteros. Una vez escogido el terreno salubre y fértil, levantaban primero la iglesia, después las escuelas, la casa de los padres, los talleres de artes y oficios y las casas de los indios formando calles bien trazadas. Para proteger a los indios consiguieron los misioneros que no se asentaran en estos pueblos, hombres de raza distinta, y eran los mismos indios quienes hacían de corregidor, alcalde, alférez real, regidor, alguacil mayor, procurador y escribano. Cerca de cien mil indios llegaron a vivir en los once pueblos que en estas regiones del Paraguay fundaron y acristianaron.

Con el fin de precisar de una vez para siempre los límites de las posesiones españolas y portuguesas en Sudamérica, se trazó una línea divisoria desde la boca del río de la Plata hasta el Orinoco, y en el convenio pactado por las dos potencias se acordó que Portugal entregase a España la colonia de Sacramento, y España a Portugal el extenso territorio comprendido entre los ríos Uruguay e Ibicuy, donde se levantaban siete de los pueblos fundados por los jesuitas, con un total de 29.191 almas. Al frente de sus siete pueblos, los padres jesuitas, obediendo ciegamente las órdenes reales de Fernando VI. Rey de España, abandonaron sus tierras sus casas, sus iglesias y emprendieron el camino de la selva donde poder empezar de nuevo la obra. Pareció que en un principio los indios aceptaban la orden de retirada. Dirigía la emigración el padre Bernardo Nussdorfer, héroe y mártir de aquella empresa. Los indios se negaron y, amotinándose, se resistieron a abandonar sus tierras. Cuando los demarcadores de límites llegaron a los ranchos de Santa Tecla, les salieron al paso unos cuantos indios diciendo que los españoles podían transitar libremente, pero de ninguna manera los portugueses, que eran extranjeros en aquella tierra. Entonces nació la patraña y la calumnia: que un ejército de ocho mil indios, provisto de artillería pesada y acudillado por los jesuitas, impedía a fuerza armada el paso de los demarcadores; que los jesuitas estaban dispuestos a perderlo todo menos aquellas fabulosas minas de oro, donde se encerraban riquezas inauditas. Se dió orden a los padres de que fueran ellos los primeros en evacuar, pero los indios montaron guardia a la entrada de los pueblos a fin de



Lorenzo Ricci, el General que sufrió la supresión de la Compañía de Jesús

que la orden no llegase a los oídos de los jesuitas. Un reducido número de soldados portugueses arremetió contra los indios y los indios, naturalmente, fueron vencidos sin ninguna dificultad.

Los jueces que siguieron el proceso contra estos padres de la Compañía, muy en contra de su voluntad, pero rendidos ante las fuerzas de las pruebas, tuvieron que firmar el veredicto: «En ninguno de estos padres hemos podido encontrar culpa alguna, quedando muy manifiesta su completa inocencia». Subía por entonces al Trono de España Carlos III, que mandó parar para siempre el tratado de límite. Los siete pueblos arruinados empezaron a levantarse lentamente. Pero la leyenda del imperio jesuítico y del emperador Nicolás I corría ya, como la llama en el rastrojo, por todo el mundo.



Mascarilla de San José Pignatelli, el jesuita español que tanta influencia tuvo en la restauración de la Compañía

No atemorizaban a los jesuitas las persecuciones de los impíos y herejes; más les inquietaba la aversión creciente de buena parte del clero francés, regular y secular, y de algunas personalidades de la Curia romana. No sin razón, Clemente XIII, en conversación con el P. Ricci, había dicho que los «mayores enemigos de la Compañía moraban en Roma». Y antes escribía Benedicto XIV a Tencin: «Ciertos eclesiásticos aun de las más altas dignidades, que, por parecer personas cultas, dicen y escriben muchas vulgaridades, tienen a gloria odiar a los jesuitas». Jefe de la oposición a los jesuitas era el fastuoso cardenal Domingo Passionei, admirador de Voltaire y contagiado de jansenismo, que había puesto, de acuerdo con el Gobierno francés, todas las trabas posibles a la beatificación del cardenal Belarmino, mientras se afanaba, por la de Palafox.

«La supresión de la Orden fue preparada según plan muy meditado. Un día fijo de la semana se reunían los jefes del partido en el Archetto, la morada de Bottari, prefecto de la Biblioteca vaticana. Otro lugar de reunión era el convento de los oratorianos, junto a la Chiesa Nuova. En Florencia se congregaron los enemigos de los jesuitas en la Biblioteca Ricardi, en casa del sabio Giovanni Lami, que era el representante del mundo intelectual de los jansenistas de Italia.

Tenían los enemigos de la Compañía de Jesús por estos años de mediados del siglo XVIII un gran apoyo en Alberico Archinto, cardenal secretario de Estado y en otras figuras como Passionei, prepotente en el Santo Oficio; Tamburini, Orsi, Spinelli y Marefoschi, candidato a la púrpura. «Con estos colaboraban un escuadrón de prelados menores y oficiales, como De Zelada, Macedonio, Pisani y otros, no muchos, pero audaces.» El cardenal Neri Corsini se hizo gran favorecedor del desdichado fray Norberto, gran calumniador de los jesuitas, misionero un tiempo y luego aventurero y apóstata, que después de andar errante por Holanda e Inglaterra, actuó como escritor asalariado de Pombal, aquel ministro portugués que decretó la expulsión de los jesuitas de Portugal. Un jansenista Francisco Clement, podía escribir en 1738 que los enemigos de la Compañía formaban alrededor de Clemente XIII un cerco difícil de romper. Todos aquellos preveían ya el cumplimiento de sus ilusiones.

EL DIA MAS TRAGICO PARA LA COMPAÑIA

Desde el reinado anterior a Luis VI se venía fraguando en Francia la ruina y desaparición de los jesuitas. La marca de Pompadour, aquella cortesana que manejaba a su capricho al licencioso Luis XV, tuvo un papel principal. Alimentaba su ren-

cor vengativo contra los jesuitas porque el padre Sacy se había negado repetidas veces a ser su confesor, mientras no quitase el escándalo de sus relaciones con el Monarca. En el ambiente putrefacto de la Corte francesa pululaban los libertinos, los enemigos de la religión los enciclopedistas los galicanos de tendencias cismáticas, los sombríos jansenistas. En el año 1761, el Parlamento francés decreta el cierre de ochenta colegios jesuitas se prohíbe a la Compañía recibir novicios y se ordena a los que hacen el noviciado abandonar la actana y no pronunciar los votos. El día 6 de agosto de 1762, los jesuitas salen expulsados de Francia, y más de 3 000 padres de la Compañía se extienden por las provincias limítrofes. Trece obispos españoles se ofrecen a mantener a los franceses en sus diócesis. Otra vez la Compañía de Jesús calumniada y perseguida.

Nadie pudo pensar por entonces que también España, patria y cuna del fundador, iba a ser escenario de una luctuosa tragedia. Hubo un tiempo en que se decía que toda la Compañía de Jesús era española. Y no faltaba razón a esta afirmación. Español era su fundador, español de nacimiento, de corazón y de espíritu. Y españoles fueron los que durante mucho tiempo tuvieron en sus manos el gobierno de la Compañía: Lainez, Salmerón, Borja, Cristóbal de Madrid, Nadal, son nombres que nos suenan bien de cerca. Nadie lo imaginaba. Y... sin embargo, en un amanecer de abril de 1767, 2.700 jesuitas españoles, presos como malhechores, se amontonaban en carruajes camino de los puertos de Tarragona, Cartagena, del Puerto de Santa María, La Coruña, Gijón, Santander, Bilbao. El Ferrol. Otra vez la sed y el hambre mezcladas con la difamación y la calumnia. Otra vez la Compañía de Jesús arrojada, expulsada, errante, navegando hacia las costas de Rimini, de Faenza, de Imola, de Ancona, del Ducado de Urbino, de Bagnacavallo.

Manuel de Roda, el conde de



El padre Miguel Pro, mejicano, fusilado durante el mandato presidencial de Plutarco Elías Calles

Aranda, Pedro Rodríguez de Campomanes, el marqués de Grimaldi y el propio fray Eleta, confesor de Carlos III, fueron los protagonistas que, unos en la sombra, otros a la luz del día abrieron y cerraron los actos de esta tragedia. Al mismo tiempo que se cerraban las puertas de ciento doce colegios españoles dirigidos por los jesuitas, sobre las manos de los jóvenes caían las obras de Voltaire, Diderot, D'Alembert, Holbach, Rousseau.

Este mismo decreto repercutió en América. El día 3 de julio del mismo año, en Buenos Aires; el 26 de agosto, en Chile; el 9 de septiembre, en el Perú; un año más tarde en Paraguay, y después en Méjico, en Ecuador, en Filipinas, a todas las naciones les fué llegando aquella hora nefasta que un día sonó en España por la debilidad y torpeza de un rey (más dado a la caza que a los negocios, que hacía solicitar de Roma la canonización de un leguito llamado el hermano Sebastián, de quien era frenético devoto, al tiempo que consentía y autorizaba todo género de atropellos contra cosas y personas eclesiásticas, y de tentativas para descatolizar a su pueblo).

El día 2 de febrero de 1769, la Iglesia católica se vestía de luto y las campanas de toda la cristiandad sonaron a muerto. Clemente XIII había dejado de existir. En mayo del mismo año subía al solio pontificio Clemente XIV. Dos años más tarde, el nuevo Papa ordenaba a todos los obispos de sus Estados que no permitiesen a los jesuitas allí refugiados administrar los Sacramentos, ni predicar, ni enseñar el catecismo. Alguna vez, Clemente XIV pensó extinguir la Orden prohibiendo sencillamente que recibiera nuevos novicios. Pero no fué así. El anciano Pontífice, presionado, se decidió a dar el gran paso. El expedito Zelada, con inaudita rapidez, redactó el Breve de supresión, que fué suscrito por Su Santidad el día 21 de julio de 1773. El Breve comenzaba con aquellas palabras de «Dominus ac Redemptor».

La Iglesia es divina. Pero sus miembros son humanos y en ellos obran algunas veces las pasiones y las limitaciones ajenas a nuestra débil naturaleza. Contaba la Compañía de Jesús con unos 22.847 miembros en todo el mundo, repartidos en seis Asistencias y 49 Provincias, con 61 noviciados, 669 colegios, 171 seminarios, 24 casas profesas, 340 residencias, 271 misiones y 1.542 iglesias. Cuando el 16 de agosto de 1773, un obispo romano llegó a la iglesia

de Gesù, rodeada ya de soldados y alguaciles para leer al prelado el Breve pontificio, el padre Ricci respondió humildemente: «Yo adoro las disposiciones de Dios». Unos años más tarde, el anciano padre Ricci, procesado, encarcelado en los fríos sótanos del castillo de Santangelo, ofrecía su alma a Dios en la noche del 24 de noviembre de 1775, suscribiendo antes un escrito, donde hacía protesta pública de su inocencia y de la inocencia de toda la Orden y rogando al Señor se dignase restaurar a la Compañía.

Pero la Compañía no llegó nunca a extinguirse completamente. La promulgación del Breve abolutivo, por designio de la Santa Sede, se ponía en manos de los obispos. Y el obispo de Vilna, Ignacio J. Massalski, delegado apostólico para Rusia, conociendo la voluntad de la Zarina, escribió a los jesuitas de la Rusia blanca prohibiéndoles abandonar sus casas mientras él no dijese otra cosa. Obedecieron los padres de la Compañía y la hora de la promulgación no llegó. Camino de la Rusia blanca, de Mihilew, iban llegando en caravana interminable los jesuitas errantes de todo el mundo católico, de Inglaterra y de España, de Alemania y de Italia, de las lejanas misiones de América, en viajes y caminatas que suponían meses de cansancio, de hamore.

«NOSOTROS SOMOS ESPAÑOLES»

Eran las ocho de la mañana del día 7 de agosto de 1814. Venido Napoleón, el Papa, ya en libertad, había entrado triunfal en la Ciudad Eterna. Y en aquella mañana de agosto, Su Santidad Pío VII bajaba del Quirinal, entre las aclamaciones del pueblo romano, hacia la iglesia de Gesù. A la puerta le esperaban los cardenales, los prelados, príncipes y casi un centenar de ancianos jesuitas. En el altar de San Ignacio, a las nueve de la mañana, decía misa solemne el Papa. Después, se sentó en el trono y, en voz alta, leyó la Bula «Sollicitudo omnium Ecclesiarum». La Compañía de Jesús volvía. Volvía triunfante de su destierro. Había que construir lenta y penosamente lo destruido en cincuenta años. Y, sobre todo, había que disponerse otra vez, como siempre, a sufrir el oprobio, la calumnia, la expulsión y el destierro. Las persecuciones seguirían siendo el orgullo de aquellos discípulos que no podían ni querían ser más que su Maestro.

El siglo XIX sería el siglo de la persecución, de la inestabilidad, del martirio. ¿No eran los padres jesuitas, y los franciscanos, y los dominicos, quienes a mediados de julio de 1834 habían envenenado las fuentes de Madrid para que se produjese la peste en la capital de España? Otra vez las armas afiladas de la calumnia y otra vez el tributo de la sangre derramada. Dieciséis jesuitas cayeron a golpe de sable en el Colegio Imperial de Madrid, y sus



Camino del destierro, al ser disuelta la Compañía por la segunda República española en el año 1932

bierno de la República podía apuntarse.

LOS TRES ENEMIGOS DE HITLER

En cierta ocasión, Hitler, dando un puñetazo sobre la mesa, dijo: «Esos son mis tres enemigos: los jesuitas, los comunistas y los judíos».

Los jesuitas estaban en primer lugar. Y bien que se demostró. La educación cristiana y católica que los padres de la Compañía daban a las juventudes alemanas era, naturalmente, muy opuesta al espíritu de las juventudes hitlerianas. Y en la juventud Hitler cifraba su gran esperanza.

Las persecuciones se recrudecieron durante la guerra. Las cárceles de Baviera de toda Alemania, se llenaron pronto de jesuitas. Muchos morían fusilados. Otros, como el célebre filósofo y jesuita, padre Delp, morían atorados como criminales, en el patio de una prisión. Cuando el Estado alemán vió que todo era imposible que pese a los martirios, a las muertes, a las atrocidades, los jesuitas seguían impasibles en su misión, decretó la expulsión, y la desbandada se impuso. Muchos de aquellos padres encontraron asilo en España. Otros emprendieron los caminos de ciudades europeas y americanas.

Hoy, detrás del «telón de acero», la Compañía de Jesús sigue siendo el blanco preferido de los comunistas. Los batallones disciplinarios de Hungría, por ejemplo, conocen bien de cerca la presencia de estos hombres, como en la Alemania Oriental, o en la misma Rusia. En el martirologio de la Iglesia perseguida, la Compañía de Jesús también ocupa un puesto de honor, hoy como hace cuatrocientos años.

En cierta ocasión, el padre Rivadeneira encontró a Inigo de Loyola que salía de una iglesia de Roma. En el rostro del fundador resplandecía una expresión de fidelidad y de alegría que contrastaba con su calma habitual. Rivadeneira preguntaba insistientemente y el santo le respondió: —Te lo voy a decir: Nuestro Señor me ha manifestado y me ha asegurado que, en conformidad con mi plegaria, la Compañía no cesará, dure lo que dure, de gozar de su pasión a través de contradicciones y persecuciones.

Ernesto SALCEDO

cuerpos acribillados por las balas, fueron arrastrados luego en horrenda algazara y mutilados con mil refinamientos de exquisita crueldad.

Muy caro costaba a España el sectarismo de su Gobierno. Mientras los jesuitas andaban dispersos, buscando refugio en los colegios de sus hermanos de Francia, la Corona española se ponía a pública subasta, para caer hechas trizas a los pies de una República desvergonzada y sangrienta, sepultándose en las ruinas anárquicas del cantolanismo.

A las persecuciones sangrientas de Francia, de Inglaterra, de Bélgica, Holanda y Dinamarca; a los destierros y expulsiones que los jesuitas sufren en Alemania y en los países germánicos, siguen las catastróficas vicisitudes de la Compañía en los países todos de Hispanoamérica en el siglo XIX.

Cuando en 1915 el padre polaco Wlodomiro Ledochowski sube al generalato, la Compañía de Jesús tiene una intensa etapa de organización, de centralización. Las puertas de muchas naciones quedan abiertas. Los 16.894 jesuitas que entonces existen repartidos en el destierro vuelven a Alemania, después de cuarenta y cinco años de ausencia; a Francia, a Inglaterra, a los países eslavos. En Portugal los jesuitas logran entrar en 1930.

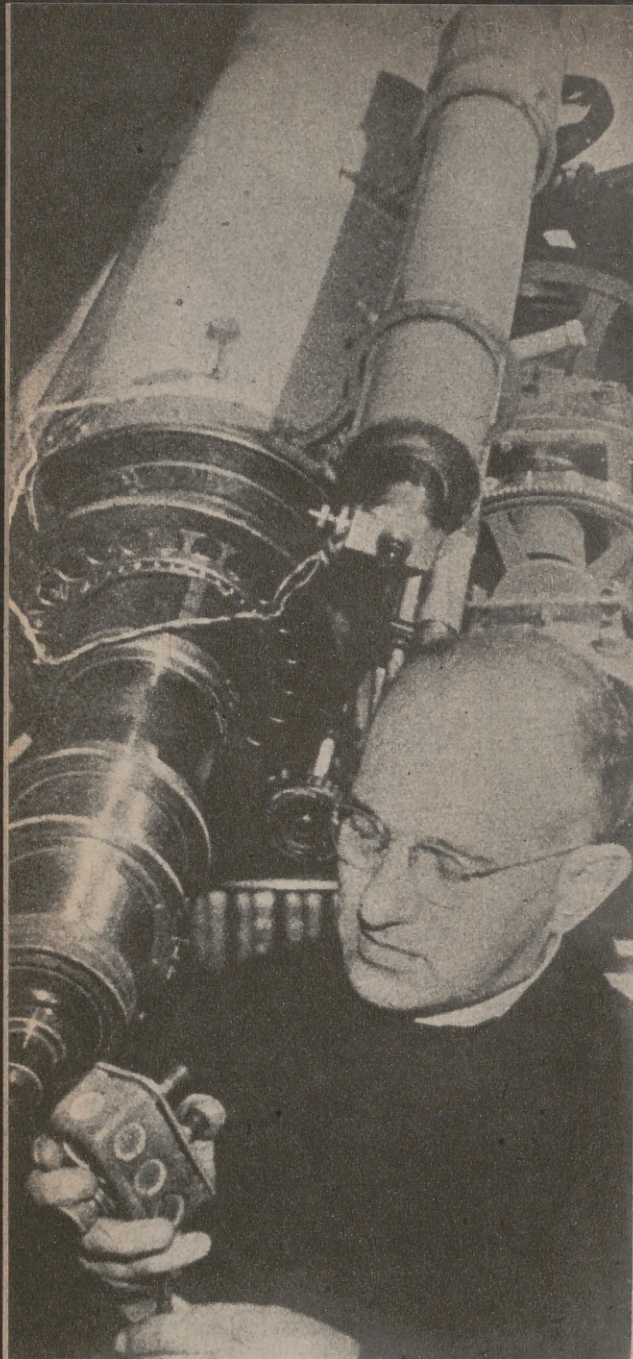
En el año 1932 es Alcalá Zamora el Presidente de la República española. El día 24 de enero de este mismo año, en las páginas de la «Gaceta» se leía la noticia: «Queda disuelta en el territorio español la Compañía de Jesús» En demanda de justicia, los provinciales españoles se dirigieron por escrito a las Cortes: «Somos españoles, amantes como el que más de nuestra Patria; somos miembros de familias honradas y somos jesuitas, y como tales pertenecemos a una Corporación que, si bien está extendida por todo el mundo, tiene más íntima y singular conexión con España; español fué su fundador y español los más insignes de sus primeros compañeros y española, en gran parte, su historia». El 29 de enero, el Nuncio de Su Santidad en Madrid enviaba al Gobierno un detenido estudio de aquel decreto de expulsión, probando punto por punto la mentira y la ca-

lumnia de todas las acusaciones. De esta nota dió cuenta al Consejo de Ministros el de Justicia, señor Albornoz. «En conjunto —dijo Albornoz mientras daba el carpetazo al escrito y protesta del Nuncio—, nada de importancia; algunas ligeras observaciones al decreto.» En las sesiones de las Cortes del 2 y 4 de febrero algunos diputados, como Lamamié de Clairac, Beúnza, Martínez de Velasco y Abadal, interpelaron al Gobierno sobre el asunto de la expulsión. El mismo Albornoz, con su flemma mitinesca, se encargó de responder: «El voto de obediencia que hacen los jesuitas al Papa es personal y tiene toda la trascendencia que le hemos dado. Ese voto se opone a la Constitución de la República». El ministro de Gracia y Justicia no supo, ni entonces ni nunca, explicar a los señores diputados dónde estaba aquella oposición.

El Gobierno español, roído por la polilla y el gusano de la masquería, daba un nuevo golpe a la Compañía de Jesús. Los jesuitas españoles antes de comenzar su exodo por tierras extrañas, quisieron despedirse de su santuario, del sanuario de Loyola. Y en la mañana en que, ya dispuestos a partir camino de los puertos, se retiraban a ciudades de Italia y de Francia, 20.000 guipuzcoanos se presentaron en la explanada de Loyola para rendirles un homenaje de espontánea adhesión. Con aquellos 20.000 hombres estaba España entera. El Gobierno era otra cosa; otra cosa muy distinta, que nada tenía que ver con el sentimiento antirreligioso de los gobernados.

Mientras los jóvenes estudiantes de la Compañía se vieron obligados a marchar, muchos padres quedaron dispersos en España para que la obra no se perdiese del todo. En total, residían en España 2.987 jesuitas para atender a 40 residencias, Tres Institutos Superiores, una Universidad Pontificia (Comillas), 21 colegios de Segunda Enseñanza, tres colegios Máximos, seis Noviciados, dos Observatorios astronómicos, cinco Casas de Ejercicios, 161 escuelas de Enseñanza Elemental y profesional. En la leprosería de Fontilles por este año se dejó de asistir a 635 leprosos. Este era el timbre de honor que el Go-

LA TIERRA NO TIEMBLA SIN QUE LO SEPAN LOS JESUITAS



El astrónomo padre Francis Heyden, de Georgetown, perseguidor de eclipses de sol por todo el mundo



El sismólogo padre Daniel Linehan recorre los bosques del Maine en misión profesional.

“¡ID, INCENDIAD, INFLAMAD TODO!”

PARA el Capitán de Loyola que. rer no consiste en decir que se quiere, sino en actuar. Su vida entera se consagra a la acción, al dinamismo y a la efectividad. La orden que Ignacio da a la Compañía tiene todo el nervio de una consigna castrense: «¡Id, incendiad, inflamad todo!» Es la orden más vibrante y vigorosa dictada por un cristiano de muchos siglos acá.

Cuando el Fundador muere en Roma el año 1556 deja 92 casas abiertas, de las que 33 eran colegios de segunda enseñanza. Además aprueba la fundación de otros que no se abrieron hasta después de su muerte: Colonia, Catania, Ingolstadt, Murcia, Amelia y Ocaña. Hay también más de mil jesuitas lanzados al mundo entero para la fabulosa

tarea de ganarlo para Cristo. El pequeño escuadrón de Loyola se había derramado hasta los últimos confines de la tierra cuando Ignacio muere. Tal es la dispersión de los jesuitas en aquel entonces que en una ocasión que el Rey Juan III de Portugal pide a Ignacio dos miembros de la Compañía, su general ha de responder:

—Solamente puedo mandar a uno, porque, de otra manera, ¿cómo conseguiría atender al resto del mundo?

Este espíritu de servicio que el Santo imprime a sus huestes, esta acometividad y esa iniciativa únicamente podían venir de un hombre como Ignacio, nacido en la España del siglo XV, cuando la tierra resultaba estrecha para el vuelo de sus empresas. Vive

Ignacio su misión señalada por Dios con la valentía del hombre español de su tiempo, con las virtudes viriles y gallardas del solar vasco donde había nacido. Esos rasgos de la personalidad del Santo de Loyola han perdurado hasta nuestros días en la Compañía de Jesús. En tal sentido la obra actual de los jesuitas, su estilo y su dinámica siguen siendo españoles.

Hoy, a los cuatrocientos años de la muerte del Fundador, los jesuitas son 32.899, que dirigen 91 escuelas técnicas, 48 escuelas profesionales, 57 escuelas nocturnas, 167 escuelas populares. Dan ejercicios espirituales a más de 100.000 obreros cada año, atienden a 462 organizaciones de Acción Social y dirigen también 82 obras sociales.



El padre Félix Lobo, profesor de Literatura Española en la Universidad de de Tokio



El pólvora es un tractor, y las palabras divinas tienen también formas humanas, campesinas, para estos hombres. Una hora aquí, otra hora con otro grupo y otro. La noche los reunirá a todos.

También desde un tractor la palabra de Dios es palabra de Dios



De todo el mundo y todas las razas, a la Universidad gregoriana que fundó Ignacio de Loyola

Cuatro siglos después de la fundación de la Compañía los jesuitas forman a 134.283 alumnos en 53 Universidades. Educan a cerca de 200.000 discípulos de enseñanza media en 436 colegios. Más de medio millón de niños acuden a los 8.400 colegios y escuelas primarias.

«Id, incendiad, inflamad todo», fué la consigna de Ignacio. En la actualidad la sexta parte de todos los jesuitas, cerca de 6.000 misioneros, tienen a su cargo 57 misiones, repartidas en los cinco Continentes. Va así la Compañía a la cabeza de todo el ejército misionero de la Iglesia. Los descendientes del Santo de Loyola cuidan de la salvación de cuatro millones de católicos neoconversos y de dos millones y medio de herejes y cismáticos, y están encargados además de la conversión de 90 millones de infieles. Tal es la empresa que carga sobre los hombros de los jesuitas, tal es el servicio que prestan a Dios con espíritu y estilo ignacianos. Lo que es tanto como decir católico y genuinamente español.

PARA EL JESUITA, TODA EMPRESA ESPIRITUAL ES BUENA

Rasgo característico de la Compañía de Jesús es que «está disponible» siempre, en cualquier coyuntura, a toda tarea que vaya en servicio de Dios. No existe misión vedada para ella si se trata de ayudar a la Iglesia. Allí donde se juzgue útil la presencia de un jesuita puede ser enviado.

Hay en Montreal, alistado en el servicio contra incendios, un padre de la Compañía. En caso de siniestro es un hombre más, armado de un pico, con su casco protector, situado en el puesto de mayor riesgo. Pasadas las horas de trabajo, después de asistir a los entrenamientos diarios, el jesuita organiza cursos, pronuncia conferencias y ejerce el apostolado entre sus compañeros de Cuerpo. De tal forma arrastra a los



Templando el pensamiento para la acción



En Georgetown se ha creado el sistema de traductores simultáneos

hombres, que los bomberos, por suscripción entre ellos, le han regalado un magnífico automóvil pintado todo de rojo, del mismo

color que el material que emplean en el servicio.

Entre las tribus de gitanos que deambulan por el sur de Francia, conviviendo con ellos, hay un jesuita. A sus cincuenta años de edad en Bélgica está otro jesuita enrolado con las fuerzas paracaidistas. Llegado el momento de los ejercicios de lanzamiento es el primero que da ejemplo, ajustándose bien el paracaídas y buscando el espacio para arrojarlo a él.

Llegan los miembros de la Compañía hasta los hielos de Alaska; el padre Hubbard pasa allí su vida estudiando y observando los fenómenos que se producen en esa región del globo, inhabitable para quien no posea el temple de un héroe, que es conocida por el «rido de los glaciares». En los polos del Polo Sur ha estado más de un año otro jesuita francés realizando estudios.

El padre Rotondi es buen representante del espíritu ignaciano, de acudir allí donde la palabra de Dios debe ser pronunciada. Sucede que un conocido comunista italiano, el fanático camarada Tondi, se lanza a los caminos de Italia para pregonar entre los campesinos y los obreros las excelencias de las doctrinas soviéticas. Tan buen orador como sectario, sus discursos antirreligiosos significaban una amenaza para las masas de buena fe que le escuchaban. El padre Rotondi entonces entró en acción; sigue paso a paso las andanzas del comunista, hace grabar los discursos de éste en cinta magnetofónica y a los pocos días se presenta el padre en las localidades en las que actuó el otro, a fin de rebatir uno por uno sus argumentos.

Con los barcos que salen de puerto para largas campañas de navegación van jesuitas, poniendo en práctica la obra del Apostolado del Mar. Cuando la gue-



Talleres de ajuste del I. C. A. I., de Madrid, para ingenieros y obreros

ra enfrenta a los hombres, se alistan los jesuitas en las unidades de primera línea, para que no les falte el consuelo espiritual entre las miserias y sufrimientos. Durante nuestra Cruzada, de los 18 capellanes enrolados en la Legión, 12 eran miembros de la Compañía.

En estos años de organización y colaboración, de frentes totales, el P. Ricardo Lombardi, en contacto personal con el Papa, recorre el mundo despertando la Cruzada por un mundo mejor.

LA ENSEÑANZA DE NUEVE MIL JESUITAS

Una vez que un joven se presentó ante un superior de una Casa de la Compañía para exponer sus pretensiones de ingresar en ella, el padre le hizo esta pregunta:

—¿Qué cosa sabes hacer?

—Escribir a máquina—contestó el muchacho.

—Pues bien, toda tu vida escribirás a máquina.

Esta anécdota pone de relieve uno de los elementos humanos más característicos de la Comunidad: el respeto a la personalidad y a la iniciativa de cada uno de sus miembros. Con este principio y con el estilo caballeresco que fué capaz de imprimir San Ignacio a la Orden, los jesuitas obran milagros de eficacia y aciertos en la educación de jóvenes y adultos. Se hallan excepcionalmente dotados para desempeñar todas las empresas formativas que hoy mantienen en el mundo.

Son unos 9.000 jesuitas en la actualidad los dedicados, de una u otra manera, a la enseñanza. Las Universidades Eclesiásticas que dirigen son 94, de ellas 52 con grados académicos. Descuellan la Gregoriana, con 2.372 alumnos de 58 naciones distintas. Agregados a esta Universidad están el Pontificio Instituto Bíblico y el Instituto Oriental. Recogiendo la preocupación del Fundador de dotar a todas las naciones de un clero nativo, bien formado espiritualmente e intelectualmente, los jesuitas tienen a su cargo varios de los colegios na-

cionales existentes en Roma. Entre ellos el germanohúngaro, siromaronita, polaco, ruso, brasileño y pio latinoamericano, para estudiantes de Sudamérica. En estos colegios se reciben a los alumnos más aventajados y selectos de las diócesis del mundo. Viven y estudian en ellos y asisten a las clases diariamente en la Universidad Gregoriana.

Aparte de este trabajo docente en Roma, la Compañía dirige, repartidos en todos los países, 37 seminarios mayores y 30 seminarios menores, que forman a más de 12.000 seminaristas, futuros sacerdotes de Cristo. Para atender las propias necesidades internas de preparación de sus miembros, los jesuitas sostienen actualmente 87 noviciados y 81 facultades eclesiásticas, en donde se van preparando para el sacerdocio los 10.741 escolares jesuitas que hoy se hallan en periodo de formación. Tres mil miembros de la Compañía trabajan en este campo escogido, enteramente entregados a la capacitación de los futuros ministros de Jesucristo.

En tanto que es un problema casi general de los pueblos cristianos de hoy la escasez de vocaciones religiosas, la Compañía de Jesús ha superado la crisis y cada año aumenta en 300 sus miembros. Es la Orden más numerosa de la Iglesia católica.

Se cuenta que en una habitación se encontraban cierta noche un jesuita y dos miembros de otras órdenes. De repente la luz de la estancia se apaga. Uno de éstos entonces entona un canto a la luz y a la paz azul de los cielos; el otro, por su parte, se entrega a una disquisición filosófica sobre las causas hipotéticas que han determinado el apagón. Llega el instante en que se enciende nuevamente la luz y los dos religiosos comprueban que el jesuita había estado arreglando el interruptor mientras tanto. Este sentido para afrontar la vida, este concepto de la acción, fueron los rasgos que San Ignacio dió a su Compañía. Son cualidades del Santo español, vivas aún a lo largo del tiempo y de los Continentes, con las que la Orden supera los complejos problemas de la educación del millón aproximado de jóvenes de todos los países y de todos los idiomas, que acude a centros docentes de la Compañía.

ESTADOS UNIDOS, BALUARTE DE LA IGLESIA

«Seguid la empresa de la salvación de las almas con vuestro acostumbrado celo y esfuerzos con empeño porque sirvan para consolidar y dilatar el reino de Cristo todos los inventos modernos», tales fueron las palabras del Papa Pío XII al padre general de la Compañía el 6 de agosto de 1940.

Los jesuitas, fieles a la tradición caballeresca de Ignacio, como representantes permanentes de este espíritu, aprestaron sus armas espirituales para lanzarse con ímpetu renovados a la empresa señalada por el Santo Padre. Sin temer la fuerza ni los recursos del enemigo, a la usanza del carácter español, como fundación de un santo español que es la Compañía, los jesuitas se mantienen en vanguardia de la Iglesia.

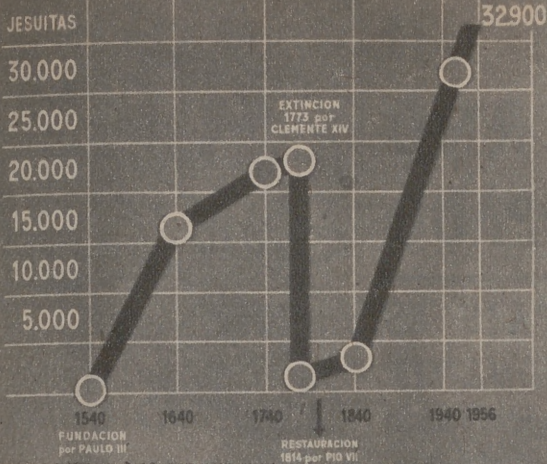
Apostolado de la palabra, Apostolado de la Prensa, de la radio, de la televisión, del cine. En estas obras apostólicas no podía flojear la Orden de Loyola. La Radio Vaticana, emisora oficial de la Santa Sede, dirigida por los jesuitas, retransmite semanalmente en 28 lenguas distintas más de 250 programas. Las emisiones del Sagrado Corazón son escuchadas por 10 millones de radioescuchas a través de 1.016 emisoras en cadena.

De las tipografías salen anualmente 1.320 revistas de los jesuitas con 154 millones de ejemplares, en 50 lenguas. Algunas de ellas, «Hospital Progress», por ejemplo, tiene medio millón de tirada. Cerca de 14 millones de suscriptores cuentan esas publicaciones. Sólo en España tiene la Compañía siete editoriales: Razón y Fe, El Siglo de las Misiones, Hechos y Dichos, El Mensajero del Corazón de Jesús, Apostolado de la Prensa... Cada doce meses, los jesuitas publican 900 libros científicos y millares de artículos en otros diarios y revistas. Sin poder medir con estadísticas los frutos espirituales que produce ese alud de letra impresa, es un dato revelador el hecho de que en un año, la Compañía ha convertido a 36.506 adultos fuera de los países de misión. Entre infieles, en el mismo tiempo, se administraron 250.000 bautismos, se prepararon 276.000 catecúmenos.

Deber es acudir a América del Norte como ejemplo de la labor realizada por los jesuitas en muy pocos lustros. Hasta hace cuarenta y seis años, la Iglesia consideraba a parte de los Estados Unidos como tierras donde era necesario hacer obra misionera. Ahora, con 31 millones de católicos, este país es un baluarte de Cristo. Aunque existen allá otras muchas Ordenes religiosas católicas, los jesuitas suman cerca de 8.000 miembros y constituyen el grupo mayor.

Administran un centenar de escuelas y Universidades, como las de Georgetown, Fordham, Marquette... Editan 25 periódicos, desde semanarios de actualidad, como «América», hasta revistas eruditas del prestigio de «Thought». Los jesuitas son en Estados Unidos párrocos, capellanes de prisiones, figuras destacadas en el campo de las investigaciones y mediadores en las disputas entre patronos y obreros. En la Univer-

COMPAÑIA DE JESUS



LA COMPAÑIA

834 LIBROS



- 91 CIENTIFICOS
- 44 APOLOGETICOS
- 172 HISTORICOS
- 50 FILOSOFICOS
- 65 TEOLOGICOS
- 224 ASCETICOS
- 51 LITERARIOS
- 77 DIDACTICOS
- 11 MISIONALES
- 49 ARGUM. VARIO

Cuatro siglos de vida y los libros publicados en un solo año. Aquí también vale el argumento de las cifras

sidad de Georgetown funciona la única escuela católica del país que prepara a sus alumnos para el Servicio Exterior. En St. Louis, la Compañía posee el Parks College, en el que no solamente se dan cursos de aeronáutica, sino también de astronáutica, asignatura ésta que incluye la técnica de los cohetes y problemas relacionados con los viajes interestelares. Tiene también 13 Escuelas de Derecho, ocho de Ingeniería, cinco de Medicina, siete de Odontología y 16 para graduados. Dirigen ahora 14 estaciones de radio. Así labora hoy la Compañía en una nación «en la que no se dobló ningún cabo ni se descubrió río alguno sin que un jesuita hubiera mostrado el camino».

LA «CABALLERIA LIGERA DEL PAPA»

No tiembla la Tierra sin que lo sepan los jesuitas. se acostumbra a decir. «Es imposible dar una mirada a la historia religiosa, política y literaria de Europa de tres siglos a esta parte, sin tropezar a menudo con los jesuitas», escribía Balmes. No cabe acercarse a ningún estante de una biblioteca, sin que se ofrezcan a los ojos los escritos de algún jesuita. En Ascética, Mística, Escrituras Sagradas, Teología, Moral, Filosofía, Matemáticas, Ciencias Naturales, Historia... hay nombres de la Compañía de Jesús. El juicio de lord Macaulay, protestante, es concluyente: «Ninguna sociedad religiosa podría mostrar una lista igual de hombres notables en géneros tan diversos; ninguna ha extendido sus trabajos sobre tan vasto espacio; y esto no obstante, ninguna ha tenido jamás tan perfecta unidad de sentimientos y de acción. No hay una región del Globo, ni una carrera de la vida activa o especulativa en la que no se encuentre un jesuita. Ellos observan los movimientos de los satélites de Júpiter. Ellos publican bibliotecas enteras de libros de controversia...»

Este espíritu científico no se ha perdido nunca en la Compañía desde el momento de la fundación, en que se recoge ya el ansia de saber del Renacimiento. Si en todas las actividades destacan, en Astronomía y Geofísica han descollado siempre los jesuitas, según tradición ininterrumpida.

Mantienen 28 estaciones sismológicas, y de ellas 18 están en Estados Unidos. Con renombre universal el Observatorio del Ebro y de Granada trabajan en España por el adelanto de las ciencias geofísicas.

De Francisco Suárez al padre Francisco Arias, de José María Balboa a Walterio Strappini, y José Knabenbauer, Francisco Toledo, Eric Przywara, Cristóbal Clavio, Enrique Wassmann, Eduardo Vitoria, Teodoro Wulf..., son no sólo figuras estelares de la Compañía, sino de la cristiandad entera.

«Caballería ligera del Papa», se ha llamado a la Compañía, por los delicados y azarosos trabajos que han realizado y realizan en favor de la Iglesia. Del ardor con el que han acometido las empresas espirituales dan buena fe el número de sus hijos elevados al honor de los altares. Veinticuatro santos y 141 beatos han inscrito los jesuitas; si se recorre esta lista, se ve que predomina en ella el martirio: 17 son confesores. Aparte de ese catálogo, 36 jesuitas han derramado su sangre por Jesucristo en el Japón, 40 en tierras del Atlántico, siete en la India, 27 en Inglaterra y Escocia, 25 en Francia... Desde la fundación hasta principios del siglo pasado han padecido el martirio por la fe más de 1.000 jesuitas. De entonces hasta comienzos de la última guerra, un número superior a 1.600 han dado sus vidas por la Iglesia.

EL ESPIRITU DE ESPAÑA, EN LA COMPAÑIA DE JESUS

Toda la vida misma del jesuita se halla compenetrada de ese alma que le presta uniformidad en tan diversas ocupaciones. Ese alma son los Ejercicios Espirituales; en ellos, la gracia de Dios, sin destruir ni forzar la naturaleza humana, dirige al hombre hacia el camino de la perfección.

Del libro de Ejercicios escritos por Ignacio se han hecho 300 ediciones y se han editado más de 800 comentarios sobre él. Puede calcularse en cuatro millones de

ejemplares los que se han distribuido de la obra del Santo. Estas cifras, verdaderamente gigantescas, no tocan el aspecto más fecundo del libro ignaciano: la práctica continuada de los Ejercicios Espirituales. El número de los que hacen actualmente los Ejercicios cerrados cada año se puede calcular en dos millones de personas. Y si se añaden los Ejercicios abiertos y las Misiones bajo la dirección de otras Ordenes religiosas, cerca de ocho millones de seres se acercan anualmente al espíritu ignaciano. Solamente los jesuitas, en el mismo tiempo, han organizado 20.000 tandas, con asistencia de cerca de un millón de fieles.

En las quince leproserías que mantiene la Orden, entre ellas la de Fontilles, en España; en las 84.000 Congregaciones Marianas agregadas a la Primaria de Roma; en medio de los 35 millones de socios del Apostolado de la Oración, con más de 133.000 Centros locales; en las Escuelas profesionales, obreras, dispensarios, parroquias obreras, Centros obreros, Hogares de trabajo, Centros culturales..., el jesuita está en el puesto que le marcó el Capitán español de Loyola. A pesar de la universalidad de la Compañía, pese a los cuatrocientos años transcurridos desde la muerte del fundador, el espíritu encendido y acometedor del vasco predilecto de Dios sigue vivo y pujante.

Si España no hubiese prestado otra contribución a la Iglesia, solamente por haber dado a San Ignacio de Loyola merecería un puesto de honor entre todos los pueblos de la cristiandad. La Compañía de Jesús es la incorporación del genio hispánico al más abnegado servicio de la Iglesia.



Una metáfora real: los obreros de la viña

EGIPTO TIENE UN EJERCITO MODERNO PERFECTAMENTE EQUIPADO

LA TRANSFORMACION DEL PAIS ES UN HECHO REAL E IMPRESIONANTE

Crónica de Luis Antonio de Vega

(Enviado especial de EL ESPAÑOL)



Cabeza de Hathor, divinidad del amor de la belleza, en Tebas



Una piscina al pie de las Pirámides



Las muchachas egipcias tienen una formación moderna

A medida que el viajero se trasladaba de Occidente a Oriente, el idioma se transforma, se afina, las voces guturales del bronco Marruecos se suavizan y al llegar a Egipto se encuentra uno con la sorpresa de verse obligado a recurrir al francés o al italiano, porque si habla árabe nadie le entiende, y en reciprocidad justa tampoco comprende nada: de lo que dicen los demás.

Esta merma sufrida en la expresión la acepté más que como una desilusión como un castigo. Si en mi juventud hubiese prestado más atención a la enseñanza de mi excelente profesor, el director de la Academia de Árabe y Chelja de Tetuán, don Carlos Quirós, sabría el árabe literal y podría viajar desde Agadir hasta Indonesia, entendiéndome con todas las personas cultas. De esta manera no puedo dialogar ni con los vendedores de cacahuets.

No sólo cambian las palabras, sino su significado. En Marruecos una «es sekkia» es una acequia y un artificio para elevar el agua es una «en monna». En Egipto, la máquina elevadora es la «es sekkia» y la que en Matariya riega el jardín se alimenta del agua de varios manantiales.

No me llamó, excesivamente, la atención la noria egipcia, porque en 1930 había visto funcionar la inmensa del Palacio Imperial de Fez, tan grande que los marroquíes pensaron que si la llamaban noria podían confundirla con las que en el campo mueven los voluminosos dromedarios y los pequeños y pacientes asnos morunos, y la denominaron en español, aunque perdido su acento esdrújulo, «maquina». Incluso hicieron una puerta y le dieron su nombre: «Bab-el-Maquina».

Pero yo no fui hasta Matariya para contemplar el funcionamiento de una «en noria» (o de una «es sekkia» si lo prefieren así los egipcios). Me displicé para ver un árbol.

Sí, un árbol. Un sicomoro, cuyos brotes vienen trasplantándose desde hace 1900 años, y el último fue plantado en 1872. Este sicomoro de 284 años de edad es vástago del árbol ante el que se detuvo y acampó la Sagrada Familia cuando la huída a Egipto.

El «Árbol de la Virgen» le llaman. Las lecturas infantiles de la Historia Sagrada resucitan al pie

del sicomoro egipcio. Las estampas que ilustraban el libro escolar en las que unos feroces soldados romanos—que iniciaban de esta manera la matanza de cristianos, que luego ampliarían a los adultos con la colaboración de los leones del circo y bajo el signo homicida del S. P. Q. R.—degollaban a los inocentes en espera de que fuese forjada la decidida lanza de Longinos.

La otra estampa, dulce y conmovedora, de San José conduciendo del ronzal al borriquito en cuyo lomo va sentada María llevando al Divino Niño en los brazos. Es un sicomoro sencillo que da sombra a la mejor historia del mundo. En Egipto florecieron los bastos de Moisés. En Egipto se apoyó San José en su vara florida y la Virgen veló con amor la vida de su Hijo, que era el Hijo de Dios. Aquí mismo, bebiendo agua de estos manantiales, en cuya orilla han construido un templo los padres jesuitas.

Ante este portento, en esta tierra que pisaron José y María y ensayó los primeros pasos Jesús de Bethleen, ¡qué chiquitinas parecen las demás historias! De Heliópolis, la ciudad que la Biblia llama On (Yuun en los escritos árabes), capital que tiene sus fundamentos en la época prehistórica, cuyos obeliscos se llevó el prefecto Barbanus (¡qué atinado nombre para un perfecto latino!) y en la época de las grandes orgías dinásticas, fueron regalados uno a Inglaterra y otro a los Estados Unidos.

No tiene nada de extraño, pues hasta la revolución nacional, de la que es secuencia la evacuación del canal de Suez los jefes y los reyes estaban dispuestos a venderlo y a regalarlo todo: el Canal, el país, su independencia.

Un padre jesuita regaba el «Árbol de la Virgen».

Entramos en la capilla. En Egipto viven tres millones de cristianos. En la paz y en la igualdad de derechos con los musulmanes. Así lo ha dejado escrito Gamal Abdel Nasser en una Constitución que acaba de ser aclamada por el pueblo.



La milenaria mezquita de El-Azhar, la Salamanca del Islam

TITO LIVIO EN LA PUERTA DE AGRIGENTO

El señor Chepilov y yo estábamos destinados a encontrarnos frecuentemente. De haber permanecido algunos días más en El Cairo creo que hubiéramos terminado por saludarnos como los vecinos de una misma casa cuando coinciden en el ascensor o en la escalera.

Que recuerde, en ocho días le vi cuatro veces. En la fiesta folklórica de la Evacuación, donde fué aplaudido muy mesuradamente; en no me acuerdo cuál de las diez y seis recepciones a que fui invitado; el día que Gamal Abdel Nasser pronunció su discurso y la tarde del desfile militar, que fué cuando observé que el ministro soviético tenía cara de poker.

Si no tuviera el convencimiento de que los señores Tito Livio, Polibio, Herodoto y demás historiadores de la antigüedad eran gente exagerada y mendaz lo habría descubierto durante el desfile militar de la Fiesta de la Evacuación de El Cairo.

Tito Livio, en una de sus fantásticas narraciones, dice que por la puerta de Agrigento salieron, uno tras otro, ochenta mil soldados cartagineses.

Por las calles de El Cairo desfilaron diez mil hombres y un par de centenares de mujeres. Y el desfile duró tres horas. Pasaban de ocho en ocho o de diez y seis en diez y seis, según las Armas. Al mismo paso los soldados de Cartago hubieran tardado en abandonar Agrigento un día entero, pero como salían uno por uno el desfile se habría prolongado doce días.

Por otra parte, aún no he podido explicarme cómo en una aldea de dos mil a tres mil habitantes podían albergarse ochenta mil soldados cartagineses, aunque los tuvieran prensados unos contra otros.

Me situaron en una primera fila, enfrente del camarada Chepilov y del príncipe Muley Hasán de Marruecos, en un lugar desde hasta que se inició el desfile, y luego, cuando terminó podía ver la sonrisa de satisfacción del

Presidente Gamal Abdel Nasser y las de sus ministros.

Debo repetir el elogio al sentido de la organización que tienen los egipcios. No sé cuántos asistimos al desfile—al discurso de la plaza de la República, cerca de medio millón de personas—, pero todos tuvimos nuestro cómodo asiento y nos encontrábamos lo confortablemente instalados que permitía un calor excepcional que los caiotas me aseguraron, no sólo que los más viejos de la localidad no recordaban una calina semejante, sino que no se habían conocido días iguales desde que el Faraón se ahogó en el mar Rojo persiguiendo a los israelitas.

Cruzaron los «Migs». Lo mismo podían ser mil que diez que cruzaran el aire cien veces. Los tanques hicieron migas parte del pavimento. Los asistentes al acto vieron pasar los ingenios de procedencia soviética con curiosidad simplemente. Es posible que un día rueden o vuelen más allá de Gaza, pero no creo que sea por iniciativa egipcia, sino por necesidad de defensa.

Confíemos en que Ben Gurion, en Tel-Aviv, aliente también sentimientos pacíficos y con ellos ganaremos todos, porque una guerra en el Oriente Medio podría tener consecuencias nefastas para la Humanidad.

A Abdel Nasser y a su Gobierno les queda una tarea inmensa por realizar. Son ricos y han gastado dinero en armamento; pero están construyendo cincuenta mil escuelas, fabricando doscientos mil maestros, caminos, ferrocarriles, destruyendo aldeas y poblaciones enteras y reconstruyéndolas al mismo tiempo que las derriban. Se calcula que van a edificar más de un millón de viviendas nuevas, presas y saltos de agua en los que habrá que enterrar millones de piastras.

Una guerra, aunque victoriosa, si no era muy rápida, retrasaría la desorbitada obra que ya no está en proyecto, sino en ejecución.

Tienen mucho dinero, pero lo necesitan para la transformación del país, para conseguir su anhelo de que Egipto sea una gran potencia.

Por el momento es un problema de administración, de buena administración, naturalmente, y de mano dura y de pocas consideraciones con los caballeros que sospechan que una revolución puede ser un excelente pretexto para un enriquecimiento particular.

En el momento de abolirse la ley marcial hicieron a los comerciantes una serena advertencia. Si daban peso o medidas inferiores, o cobraban precio más alto que el autorizado, para ellos como si la ley marcial continuara, en vigor.

En el desfile de las Fiestas de la Evacuación pasaron representaciones militares de diversos países árabes, una forma simbólica de subrayar la fraternidad racial y el destino idéntico de las naciones arabo-asiáticas, colocadas en la órbita política y cultural de El Cairo.

Todos fueron aplaudidos: los sirios, los libaneses, los árabes de



Una joven estudiante en la Universidad Fuad I, en El Cairo

la Arabia Saudita, estos opulentos emperadores de los yacimientos petrolíferos a quienes encontraba todas las mañanas en el zaguán del hotel Semiramis bebiendo café turco y envueltos en telas como si se encontraran cazando focas en Laponia.

Aplaudieron su paso, y el de los armamentos de procedencia soviética, no. No porque no se hallen contentos con su adquisición, sino porque el sentimiento dominante era el de curiosidad por contemplar los ingenios bélicos. Constituyen, hasta cierto punto, una garantía de paz. Cubren un riesgo. Mejor será no tener que utilizarlos, pero si no queda otro recurso...

Los que cosecharon una ovación mayor fueron los sudaneses. En El Cairo se agradecía al Gobierno de Jartum que diera aquella prueba de buena amistad enviando su representación militar.

Lo deslucieron un poquito, porque los únicos casos de insolación se produjeron entre los sudaneses. Se ve que los negros no pueden resistir el calor ni el sol como los blancos.

En cambio, las «soldadas» egipcias pasaron sin novedad por unas calles que eran ríos de sol líquido. A éstas sí que las ovacionaron. Llevaban uniformes de hombre, fusil al hombro, y no parecían sentir que les mordían en la nuca cincuenta grados de calor.

No ignora uno la fortaleza de las féminas, pero aquellas muchachas marciales, sonrientes, cuando a los demás apenas nos quedaban ánimos para respirar...

Me explicaron que solamente desfilaban las oficiales, pertenecientes a los servicios sanitarios, procedentes, las cirujanas y las médicas, de familias acomodadas e ilustres de la nación.

Frente a nuestra tribuna se detuvieron. Hice un esfuerzo para vencer el aplastamiento y las aplaudí; no con todo el entusiasmo que merecía la guapura de una «comandanta» del batallón femenino, pero con cuarenta y un grados a la sombra no se puede pedir entusiasmo a un periodista español, aunque se encuen-

tre afectado por la dulce manía de las mujeres.

Por la noche nos dieron una cena de fraternidad periodística en la terraza del hotel Semiramis. Los colegas de distintas nacionalidades tenían que ir al hotel. Nosotros estábamos allí. Por esto llegué tarde. Había varias mesas y cada uno se sentaba donde le placía. Fui, resueltamente, hacia la de los italianos, pero no quedaba ningún asiento libre.

Encontré sitio entre los sudaneses. En su misma mesa, en el otro extremo había tres periodistas que me pareció que hablaban en ruso y tres muchachas egipcias de la Sección de Periodismo de la Universidad.

A mi lado, una reina de Saba, con estilográfica, negra y no blanca, como la cantaba en su Jerusalén el Rey Hermoso, negra sin atenuantes, sin matices, negra como la alita de un cuervo. Graciosa y charlatana.

Me consideré desventurado porque era la única mesa salpicada de botellas de un líquido que jamás he considerado apto para animar una comida: agua.

Pregunté a la colega tallada en ébano:

—¿Nos arriesgamos a pedir un «whisky»?

—¿Por qué no? Soy cristiana.

Los otros periodistas de color no debían ser tan cristianos y se limitaron a pedir cerveza. Los que hablaban ruso también pidieron algo que parecía aguardiente. Las únicas abstemias resultaban ser las alumnas de la Escuela de Periodismo, que como no eran ni comunistas ni cristianas, en lo que afecta al alcohol podían optar entre el agua de Vichy y el agua de Perrier, según la preferían, con más o menos agujeros.

Pregunté a la negrita:

—Dígame, colega, ¿por qué no resistieron la insolación sus dos paisanos durante el desfile?

—Porque hacía mucho calor.

—Sí. Debe ser la razón más importante. Pero de todas formas debían estar habituados. En Sudán...

—Sudán, amigo mío, es la Noruega de África.

No me atreví a preguntarle por qué, en ese caso, los sudaneses no son rubios ni pescan bacalao.

Me informé más tarde con unos colegas que habían estado en Jartum.

—De pronto—me dijeron—ven andar una selva. Es que los árboles no han podido resistir al sol. En ocasiones arden los ríos. Se ha dado el caso de exploradores que al atravesar una clarita se transformaron en horchata.

Por la mañana fué la visita al Kan Jalili, uno de los antiguos barrios de la capital, pero antes entré en la Universidad El Azhar por la Puerta de los Barberos, la inmensa Salamanca del Islam.

No es la única, naturalmente. En Egipto mismo se encuentran otros centros culturales islámicos muy importantes en Tanta, Zagrarig, Alejandria, Darniette, Disrug, etc. En Marruecos existe en Fez, la famosa Karauina... Y en Beirut y en Túnez, y en Pakistán, y en Persia...

Se camina entre un rumor de canturreos y voces que a veces se hace espeso como las sombras que se amontonan al pie de las columnas. Junto a ellas, un amín, ro-

deado de su «druak», se entrega a largas polémicas con los discípulos, les prepara trampas para inducirlos a que hagan alguna afirmación heterodoxa que refuta inmediatamente.

En El Azhar se han dado cita chinos de ojos oblicuos, filipinos, malayos de pierna seca, pakistaníes, persas, gentes de Afganistán o que nacieron en las orillas de los ríos que encuadraron el Paraíso Terrenal, rusos, turcos, tunecinos, tripolitanos, sudaneses y fellahs, muchos fellahs...

El Azhar es la más importante fábrica de ciencia islámica que existe en el mundo. En cualquier otra Universidad, un «taleb» (estudiante) es un taleb. En la de El Azhar es un «taleb el elm» («de elm», de elevada distinción).

Columnas, por todas partes columnas. Tantas que vistas a distancia parecían muros que cerraban toda perspectiva. Patios, muchos patios, alfombrones, esteras. El ruido de las lecciones, de las plegarias, que en el mundo musulmán se califica «dulce rumor de las abejas del Azhar».

LA SEDE DE LA CIENCIA ISLAMICA

Era la Fiesta de la Evacuación, y los chinos, los turcos, los afganos, los pakistaníes, salían por las diversas puertas de la Universidad para escuchar la palabra de Gamal Abdel Nasser y aplaudirle.

En el patio, no sé si las habían arrinconado definitivamente o solamente por tratarse de tan importante acontecimiento nacional, no se veía ni una sola escudilla de habas calientes, ni en el Patio de los Barberos hendían el aire los pregones antiguos:

—¡Rábanos! ¡Rábanos como el fuego, pero frescos como el agua de las almaidas!... ¡Rábanos como las mejillas de las huríes!...

—¡Dátiles! ¡Lágrimas de odaliska!... ¡Dátiles!...

—¡Cebollitas verdes!...

—En otros días—me informaron—, cerca de las barberías había unos veinte vendedores de habas cocidas. Unos, sentados en el suelo, junto a los anafes encendidos, o exhibiendo su mercancía en bandejas rodeadas de limones verdes partidos por la mitad. En aquella época los estudiantes padecían la misma pobreza que el esclavizado Egipto. Los comerciantes no se limitaban a pregonar las habas. Se separaban de los anafes elevando en cada mano una escudilla llena de una salsa en la que navegaban dos o tres docenas de habas, que pasaba por debajo de las narices de los estudiantes, animándoles:

—Oled, chejs...; el perfume no cuesta nada... Regalad vuestro olfato y, si os sobra media piastra, en nada podéis gastarla mejor que en obsequiaros a vosotros mismos... ¡Qué aroma, chejs!

Con la revolución han cambiado muchas cosas en Egipto. También los «taleb el elm», que van todos limpios. Al revolucionario Misr se le ha declarado la manía de la asepsia, de la pulcritud, y no sé qué pueden hacer los vendedores de habas entre una estudiante bien alimentada, como lo está El Cairo entero, como pude observar en los carritos donde se vende arroz y macarrones calientes, en los restaurantes económicos del Kan Jalili, donde sirven unas raciones copiosas, propias de climas más fríos.

En El Azhar, una juventud nutrida como el Profeta quiere, se cuaja de suras y poemas árabes en la Universidad más elevada de Asia y África, ante cuya gloria se inclinan los turbantes de los tókaha de la Karauina de Fez y de los más respetados centros islámicos de Siria.

Hasta entonces era muy poco lo que había visto de Egipto, aparte de la población moderna. Únicamente les proporcioné oportunidad para que vieran a un periodista español achicharrado, a los ibis que vuelan sobre las tumbas de los Faraones y a las elegantes cigüeñas.

No podía permanecer mucho tiempo y juzgué que más valía ver y vivir pocas cosas, como se saborea un té, que muchas y apresuradamente, como se bebe el agua.

Veinte mil alumnos del Azhar, veinte mil futuros teólogos que se extenderán por el enorme y tórrido mapa islámico, veinte mil hombres que forman el ejército epiritual que lucha contra el ateísmo y contra el soviét, soldados más seguros que los estudiantes de otras Universidades, aunque tampoco éstos se hallen contaminados de comunismo.

El instinto de agrupación es uno de los más fuertes de la especie humana. Cada nación árabe forma su «ruak» («druak») he oído decir en El Azhar, su circulo o su Peña. Busqué a los marroquíes, pero son los que actualmente tienen un nacionalismo más exaltado y tábanos de prisa les impulsaron a salir de la Universidad para ser los primeros en aclamar a Gamal Abdel Nasser.

Un conserje me habló de ello, asegurándome que eran los que tenían la mano más fácil para la propina y fama desde tiempos antiguos de ser los más elegantes; que todos poseían la marca de orgullo que yo había descubierto incluso en los esclavos del Imperio de Poniente.

Lo mismo que a las Pirámides, también a El Azhar se puede ir en tranvía, en uno de esos alegres tranvías de Egipto, amarillos, en los que todo, coche y remolques, son jardinería, y que cubren un recorrido de muchos «ferjases» (la legua árabe, de cuatro kilómetros, aproximadamente), en itinerarios servidos igualmente por un vértigo de autobuses, casi pegados unos a otros, como en la fila de las procesionarias del pino, porque El Cairo consume cantidades ingentes de gasolina y de fluido eléctrico. Prácticamente no hay cola en ninguna parada. Apenas ha partido un tranvía con sus tres vagones ya está otro cargando descargando público.

De otra forma no se concebiría la vida de El Cairo, con sus tres millones de habitantes, sus fantásticas distancias. Todo funciona bien, desde la Universidad hasta los tranvías, porque el Gobierno no tolera el desorden. Ni la holganza. Lo que ya es decir en un país como éste, en el que todo invita a la pereza, al «suai suai», a no hacer nada para lo que se necesita desplazamiento o esfuerzo.

¡Cuántas cosas quedaron arrojadas! Alejandria, Luxor, las tres ciudades del Canal... Pero me interesaba más El Azhar, los viejos barrios de El Cairo, las mezquitas, los «Migs» y los «tankes».

HA SALIDO "EL IMPARCIAL"

18.000 PESETAS POR UNA NOTICIA

UN PERIODICO NACIONAL,
ESPAÑOLISTA Y OBJETIVO

"Los Lunes" lanzaron los nombres
de los literatos que luego se hicieron
famosos universalmente

*La biografía de una
empresa y de una época*



Eduardo Gasset Artime, fundador en 1867
de «El Imparcial»

OTRA tarde menos calurosa, menos soñolienta que ésta, la tarde del 15 de febrero de 1898, un niño silencioso asiste en la redacción de «El Imparcial» a la recepción de una de las noticias más conmovedoras y dramáticas de los últimos tiempos: la voladura en la bahía de La Habana del crucero norteamericano «The Maine». Desde un rincón el muchacho escucha los detalles del suceso.

Un redactor dicta y otro escribe:

—... en el lugar del siniestro... —es Ortega Munilla el que dicta.

—No, creo que quedará mejor lugar de la catástrofe—dice Luis Taboada, el famoso humorista.

Ambos se miran y meditan. De pronto Luis Taboada salta:

—¡Ya está! ¡Lugar de la hecatombe!

—¡Hombre, por Dios—y Ortega sonríe.

El niño silencioso traga saliva y no sonríe. Es el retoño de una casta de periodistas. Ha nacido casi en la Redacción de un periódico, porque escasamente significa otra cosa pertenecer a la

familia de los Gasset. Aquella tarde de febrero «El Imparcial» ya tenía treinta y un años de edad y hoy aquel muchacho asustado ha pasado ya de los sesenta... tal vez esté muy próximo a los setenta. Para los jóvenes de ahora «El Imparcial» ya no significa nada, como no significan nada o casi nada tantas cosas de entonces. Y, sin embargo, «El Imparcial» fué algo muy importante en España.

He ido a ver a aquel muchacho para hablar de sus recuerdos. Yo ya sabía que me iba a encontrar ante don Manuel Ortega y Gasset, que pone en sus tarjetas, debajo de su nombre: «Ingeniero de Minas».

—Yo no fui actor de nada en «El Imparcial», pero fui un espectador constante y atento. Nada pudo escapármeme a mí de aquel periódico, de aquellos hom-

bres, de aquellos días...—su voz es ponderada, más bien lenta.

Por eso—entre otras razones—ha escrito la biografía de aquel gran periódico español. El libro ha salido a la calle hace muy pocos días: por un momento, puede parecer como si milagrosamente, por un solo día, por una sola mañana, «El Imparcial» volviera a aparecer en las calles. No se resucita nada, no se revive nada. Se recuerda con exactitud, con objetividad con rigor, con amor, algo de lo que vale la pena recordar.



Andrés Mellado



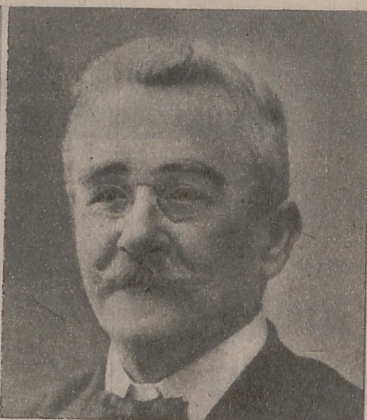
Rafael Gasset



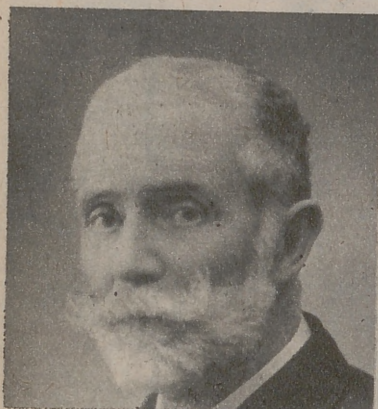
J. Ortega Munilla



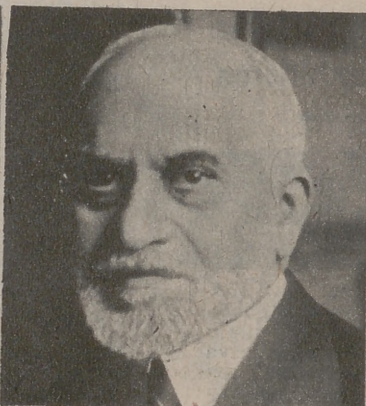
Eduardo Muñoz



Luis Taboada



Francisco Alcántara



«Monte-Cristo»

Cuatro elementos de la «redacción brillante», famosa, de «El Imparcial»

Yo he leído el libro y sé que puedo encontrar en él las respuestas a muchas de las cosas que voy a preguntarle, pero sé también que de la conversación calurosa y directa en esta habitación antigua de trabajo y de estudio, fumando tabaco negro de don Manuel y hojeando las páginas amarillas y muertas de los números del viejo periódico, algún nuevo valor más personal y más humano he de sacarle a las palabras.

—¿Cuándo nació «El Imparcial»?

—En la mente de su fundador, Gasset Artime, mucho antes, pero el primer número salió a la calle el 16 de marzo de 1867.

UN ORGANIZADOR

La biografía empieza así: «El instinto periodístico debió ser una fuerza irresistible en don Eduardo Gasset Artime».

—¿Fue idea exclusiva de su abuelo, Gasset Artime, fundar el periódico?

—Puede decirse que sí. Era un creador genial, como lo sería luego Luca de Tena. Ambos eran sencillamente geniales y ninguno de los dos escribía.

—Más que periodista era, pues, organizador.

—Era ese tipo de hombre de las concepciones, de los impulsos; el que conoce el momento periodístico y sabe aprovecharlo. Este tipo de hombre no es escritor.

UN PERIODICO NACIONAL, ESPAÑOLISTA, PLENAMENTE OBJETIVO

La venta del número 2 del periódico fue prohibida por la autoridad. Es un caso único en la historia de los periódicos, significativo aquí por tratarse de un diario que iba a tener un poder como no ha tenido ningún otro en momento alguno.

—En realidad, «El Imparcial» ¿fue siempre un periódico imparcial?

—Fue un periódico nacional, españolista. Lo que siempre quiso fue fusionar a los españoles y permanecer fiel a su título y a su historial. En aquellos tiempos complejos y desorientados nunca alentó ninguna discordia entre los españoles, sino lo contrario.

—Sin embargo, al final de su período parece ser que se hizo mucho más apasionado, fustigante, parcial...

—Era en cierto modo los tiempos. Por otra parte, cuando Rafael Gasset pasó de director del periódico a desempeñar su cargo de Ministro, el periódico empezó paulatinamente a servir a una política concreta, partidista.

El 17 de mayo de 1875 «El Imparcial» monta su nueva rotativa, que tira 16.000 ejemplares a la hora.

—¿Qué tirada tenía entonces el periódico?

—Unos 50.000 ejemplares aunque empezó solamente con 600 y 130.000 ejemplares de manera

sostenida, desde 1895, o así, cuando empezó a normalizarse la guerra de Cuba. Pero tiró más en otras ocasiones.

—¿Por ejemplo?

—En 1892, en el centenario del descubrimiento de América, se tiraron 230.000 ejemplares. Creo que esa cifra no fue alcanzada desde entonces, en ninguna ocasión, por ningún periódico español.

—Es posible. Pero ahora hay más periódicos.

—Aquel número conmemorativo de lo de América—continúa el señor Ortega—se imprimió en Barcelona. Ahora sería inconcebible que un periódico de Madrid, ni siquiera en una ocasión imperiosa, se tirase en Barcelona. Pues entonces se hizo, sin que se cayera de su sitio ninguna condecoración. Los medios tipográficos de grabado e impresión de Barcelona eran mejores y allá nos fuimos.

LAS DOS MEJORES EPOCAS

«El Imparcial» fue el periódico de una familia, la obra de una casta, como dice el biógrafo. Liberal, pero equilibrado, constructivo, insobornable. Al poco tiempo de su nacimiento, el periódico conquista casi incondicionalmente la calle, que ya no le abandonaría sino por cuestiones ajenas al periodismo riguroso.

—«El Imparcial»—don Manuel Ortega se hace inflexible cuando define la trascendencia del periódico—tuvo un destino histórico, que siguió con independencia del tono, fortunas y desaciertos de los hombres que lo hicieron.

La cronología de este gran periódico español puede ser el símbolo de una vida humana. Va ganando paulatinamente fuerzas y adeptos. Los veinticinco años los cumple el periódico en toda su plenitud.

—Sin campañas sonadas ni sucesos absorbentes, «El Imparcial» de 1892—y el de todos y cada uno de los años—es la labor anónima de un cuerpo de redacción. No hay artículos notables ni reportajes significados de este o del otro redactor, ni se señalan a lo largo del año destacadas colaboraciones. Es la consecuencia del esfuerzo fraternalmente compartido de una suma de voluntades entusiastas que levantan a gran altura este oficio nobilísimo de la prensa.

—¿Cree usted que fue este el mejor momento del periódico?

—Sin duda alguna. Aunque luego aún tendrá otra época literariamente mejor.

—¿Quiénes son los hombres de este primer gran momento?

—Muchos, todos importantes, casi imprescindibles: Francisco Alcántara, Monte-Cristo, José de Laserna, Eduardo Muñoz, Manuel Alhama, Manuel Troyano, Luis Taboada, Andrés Mellado, Rafael Gasset, José Ortega Muñilla, Luis López Ballesteros...

—¿Cuál es el momento literario a que usted se refiere?

—Hay una, la de Valera, Cavila, Pardo Bazán, Campoamor «Clarín» Echegaray, etc., importantísima e incluso fundamental; pero yo me refería preferentemente a otra: a la de Azorín, la de Unamuno, la de Baroja, Maeztu.

José Ortega y Gasset, Valle-Inclán...

Vale la pena detenerse en estos nombres. «Los Lunes» de «El Imparcial» y «El Imparcial» mismo fueron los primeros en lanzar los nombres de los poetas, novelistas, ensayistas, cronistas y pensadores que luego habían de hacerse—muchos de ellos—universalmente famosos.

«LOS LUNES» DE «EL IMPARCIAL»

El primer artículo que publico Mariano de Cavia en «Los Lunes» se tituló «Castaña asada y marrón glacé».

Cuando «Azorín» era todavía Martínez Ruiz, comenzó también a escribir en «Los Lunes», no sin haber experimentado antes algo parecido a lo de Cavia. Unamuno realiza también su primer asomo a la prensa en «El Imparcial», con un ensayo sobre «El poema vivo del amor».

Baroja empieza en «Los Lunes» con una cosa desaliñada llamada «A orillas del Duero», y Maeztu inicia en 1903 una tanda de artículos bajo el epígrafe de «El ideal anarquista en España». El 14 de marzo de 1904 publica su primer artículo, titulado «El poeta del misterio», José Ortega y Gasset.

Valle-Inclán también entra a colaborar en «El Imparcial», traído por José Ortega.

—Mi hermano—dice don Manuel Ortega—era muy susceptible a todas las miserias del prójimo, más susceptible de lo que él mismo creía. Y por aquel entonces, Valle se estaba muriendo de hambre.

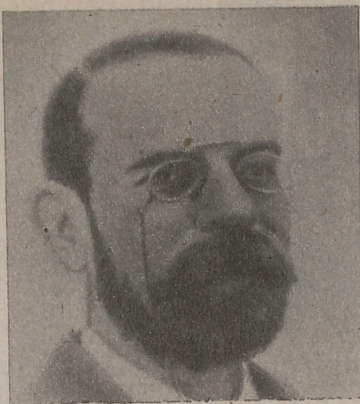
18.000 PESETAS POR UNA NOTICIA

—Yo le tengo mucho cariño a «El Imparcial», «El Imparcial» y la familia, mi familia, son un mismo bloque un mismo cuerpo. Cuando escribí este libro me parecía que escribía, no la biografía de una entidad, sino la de un ser humano. A lo largo de cada uno de sus números se nota la palpitación de sus hombres. Era todo un cuerpo familiar: no se sabía dónde acababa la estirpe y dónde empezaban los empleados. Y tenía un gran poder: no se movía una sola hoja en España sin contar con «El Imparcial».

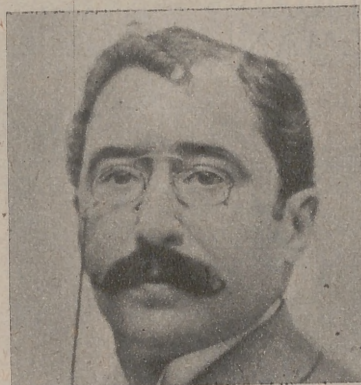
He hojeado, en un rincón de la habitación un tomo del periódico. No hay más que este tomo aquí, y un ejemplar del extraordinario conmemorativo del descubrimiento de América resguardado bajo el cristal de un marco. Y, como en su biografía, escrita por un hombre que fué casi protagonista, uno de los protagonistas, de su existencia, puedo comprobar su variedad, su equilibrio, su sorprendente agilidad para ser casi un pionero del moderno periodismo, su dignidad en todo caso.

Se nota en seguida que es un periódico hecho para el pueblo, hecho para España.

El periódico como entidad, y personalmente los redactores y directores, están presentes siempre y dispuestos a prestar su apoyo en los casos necesarios. Desde la adopción de un huérfano de la catástrofe de Consuegra



«Clarín»



Mariano de Cavia

Dos de las famosas firmas de «El Imparcial»

de 1891 hasta la ida a Cuba del director del periódico en 1931, cuando el plomo y la fiebre amarilla concluían con una vida humana en muy pocas horas.

Como detalle curioso es famoso el caso de haber pagado entonces 18.000 pesetas por una información cabegráfica: el extracto del «Mensaje» del Presidente Mac Kinley a las Cámaras norteamericanas en relación con nuestro asunto de Cuba.

—¿No tiene usted la colección completa del periódico?

—¡No diga usted cosas! Ni «El Imparcial» mismo la tuvo nunca

—¿No queda ninguna completa en alguna parte?

—No creo. Entre lo que hay en la Biblioteca Nacional y en la Hemeroteca se puede hacer una desde luego. En casa hubo más tomos que ese que está ahí, pero se perdieron. He oído comentar: hace mucho tiempo en casa, que uno de ellos se lo llevó un señor que se llamaba don Carlos Navarro y Rodrigo, que no era nadie que no llegó a ser nada nunca al que usted ni habrá oído nombrar... Bueno, pues se lo llevó y no volvió a traerlo nunca más.

No sé de qué manera hemos venido a hablar de lo que se le hoy en España.

—Yo creo —me dice— que hoy en España se lee muchísimo, aunque parezca lo contrario. Hoy cualquier negocio de editorial es un gran negocio. Y si no, no tiene usted más que darse una vuelta por las librerías. Recuerdo que en cierta ocasión salí yo de pa-

seo con mi padre (yo fui siempre un poco el botones de mi padre) y nos llegamos a la *Librería Gutenberg*, en la plaza de Santa Ana, que luego fué *Librería Ruiz*, y aun creo que lo es ahora. El dueño era muy amigo nuestro y estuvimos hablando con él. Dentro de la librería había solamente otra persona, un hombre que hojeaba unos libros silenciosamente: era Benavente. La escena se me ha quedado grabada y no la he olvidado nunca.

—¿Cree usted que «El Imparcial» contribuyó a fomentar en España ese gusto por las letras?

—Más que «El Imparcial», «Los Lunes». Esto es indudable.

—Sin embargo —le digo— los lectores de «El Lunes» no amaban precisamente las letras, sino el folletín. Usted mismo dice en su libro que «Juanita la Larga», de Valera, y «La guerra de los mundos», de Wells —literatura rigurosa— fracasaron.

—Sí, pero esto no quiere decir nada. En el lugar dedicado habitualmente al folletín, el público quería folletín, y no Valera ni Wells. Pero, sin embargo, el mismo público leía a Valera, y a Baroja, y a Azorín en los sitios a éstos dedicados.

La biografía termina, y la charla también. El periódico duró más de sesenta años, y la conversación escasamente hora y media.

«Si bien —termina el libro— transcurrían los días menos borrascosos del desdichado quinquenio republicano, días que precedieron al precario triunfo electoral de las derechas, es lo cierto que iba siendo tomada la calle por las bandas organizadas de energúmenos e iban preparando el secuestro del mando aquellos elencos de entendimientos mediocres y voluntades resentidas. En aquel ambiente envenenado de ideologías exóticas y contrahechas no podía ya circular el amable liberalismo de «El Imparcial», y precisamente este día 30 de mayo fué el último en que pudo resonar el título de la hoja insigne en el alegre escándalo pregonero de la mañana madrileña.»

Era el 30 de mayo de 1931. Antes, el ministerio de Rafael Ortega y el golpe de muerte que supuso en el año crítico de 1906 la Confederación de Empresas Periodísticas, a la que las gentes llamaron el «Trust», habían iniciado la decadencia del periódico. El ser humano que era «El Imparcial» tocó su fin.

Don Manuel se levanta para buscar algo, para revolver papeles y libros, para perderse entre sus cosas amontonadas. Hay por aquí libros de todas clases y de cualquier época, pero predomina el color viejo, el olor viejo. Visibles, sorprendentes, un par de novelas policíacas modernas

—¿Es usted aficionado a la novela policíaca?

—No, eso es de mis hijos. Yo acabé con Sherlock Holmes hace muchos años. Justamente me interesaba de aquellas novelas lo que no era policíaco, sino el personaje.

Con su libro, «El Imparcial» está no en el tiempo, pero sí otra vez en la calle.

Daniel SUEIRO

TANGER ESTA PASANDO POR UNA EXPERIENCIA SOCIAL

EL NUEVO GOBERNADOR, SID ABDEL-LAH GUENNUN, UNA DESTACADA PERSONALIDAD DEL MUNDO MUSULMAN



El edificio de la Administración de Tánger pa no luce en sus mástiles las banderas que pregonaban su situación internacional



Sid Abdel-lah Guennun el Hassani, nuevo gobernador de la provincia de Tánger, en su despacho oficial de la Administración

—Si conozco el semanario EL ESPAÑOL y tengo entendido que esta gran publicación cuenta con una densa masa de lectores entre la juventud española.

Estoy hablando con la autoridad suprema de Tánger: el gobernador o «aamel» de la provincia tingitana, sid Abdel-lah Guennun El Hasani, que ha sustituido al administrador del régimen internacional, señor Van de Kerchove, en la primera fase del régimen transitorio operado en la ciudad, que ya busca su integración definitiva en el Imperio.

Sid Abdel-lah Guennun se habla en árabe, con frases pausadas que aprovecha su jefe de gabinete, sid Akalal, para verter al español el pensamiento de su excelencia. Es la primera entrevista que el gobernador árabe de Tánger concede a un periodista. Está todavía muy reciente su designación. Tan reciente como lo está la firma del protocolo firmado en Rabat para la transformación administrativa de Tánger. «Sid Abdel-lah Guennun es un hombre todavía joven. Apenas si ha traspasado los 40 años. Viste chilaba blanca, una de esas chilabas inmaculadas que suelen verse en las grandes solemnidades palaciegas de Marruecos, en las ceremoniosas reuniones de los «ulemas» o en las cátedras de la Universidad de Fez. Precisamente en Fez nació su excelencia sid Guennun El Hasani, unos años después de que, en la misma ciudad, viniera al mundo el Sultán de Marruecos.



El «Aamel» de Tánger con nuestro enviado, durante la entrevista

Fez ha dado al Imperio grandes hombres. Entre los contemporáneos, como el Sultán, como el gobernador de Tánger, en Fez vió la luz primera sid Al-lal El Fasi, la personalidad árabe más discutida hoy del Mogreb, en los medios políticos que miran a Marruecos, y resueltamente incorporada, en este renacer del Imperio cherifiano, al alma de los marroquíes. Pero El Fasi es un prestigio entre las grandes masas y el gobernador de Tánger lo es entre las selectas minorías de su pueblo. Sid Guennun El Hasani es escritor, catedrático, investigador.

El día 5 de julio se firmaba en Rabat el protocolo que puso término al régimen internacional de Tánger para dar paso, después de un periodo de transición que durará unos tres meses, a la integración definitiva de Tánger al Imperio. El día 9 se hizo público el nombramiento del profesor Guennun para dirigir, en nombre de Su Majestad el Sultán, los destinos de la ciudad. La Prensa fué unánime para recoger esta frase consagrada cuando se trata de noticias parecidas: «el nombramiento ha sido generalmente bien acogido». Por esta vez, la frase no tuvo para la opinión un sabor de lugar común, porque el nombramiento de este prestigioso hombre de letras para tomar las riendas de la Administración tangerina fué, en realidad, satisfactoriamente acogido. Lo subrayo por mi experiencia marroquí y por esta noticia: «No hace muchos días se hizo pública la designación del nuevo embajador de Marruecos en Túnez, sid Mohamed El Alami. A las 24 horas ya hubo un periódico árabe que recordó, no sólo con un editorial, sino con el facsímil de un suelto de «La Vigie Marocaine», las relaciones de solidaridad que después del exilio de Mohamed V unieron al hoy embajador en Túnez con los franceses. En cambio, cuando se dijo en las tertulias marroquíes, incluso en los propios cafetines moros de Rabat, de Casablanca, de Tetuán y de Tánger

que sid Guennún era persona generalmente grata a los marroquíes, la Prensa árabe, que no suele sujetar la pluma para detenerse ante el examen de una medida de Rabat, suscribió, como ya digo, que, efectivamente, el profesor Guennún representaba en Tánger el sentir de los árabes que lo habitan.

Al nuevo gobernador de Tánger le esperaba mucho más trabajo del que ya había despachado durante las primeras horas de la mañana. Muchos marroquíes, en larga fila, cada cual con su problema, esperaban turno para hacer a su excelencia una petición, para pedir acaso un destino, para solicitar tal vez la solución de un expediente. También había en los pasillos del palacio de la Administración, que ya no es internacional, muchos obreros.

Tánger está pasando por una experiencia social. Se notaba en las calles tangerinas. Se notaba también en el puerto, donde acababan de incorporarse los obreros al trabajo después de unos días de huelga portuaria. En esta mañana de un refrescante poniente, que daba a Tánger el clima ideal que tanto turismo atrajo en estos últimos años, los bulevares estaban casi desiertos. En los dos grandes cafés de la plaza de Francia, donde hoy le cobran a uno por una tacita de sospechoso moka servida en la barra siete pesetas, apenas se contaban diez personas en una y otra terraza. Pero los coches—en Tánger parece ahora que el verdadero habitante es el automóvil—casi no permitían el cruce de una acera a otra. Desde el bulevar Pasteur se veía el puerto sin un barco. La huelga portuaria no había permitido el día anterior la salida del transbordador «Victoria». Pero el conflicto quedó ya resuelto. Se lograron las mejoras que se solicitaban: un jornal mínimo de 70 pesetas, un horario laborable de ocho horas, el descanso dominical y las vacaciones retribuidas... cosas que para el obrero español son viejas, pero que en Tánger acaban de ser logradas. Los conductores de los autobuses tangerinos también disfrutaban ya de las mismas ventajas sociales. Otros gremios también gozan de iguales beneficios. Pero en la medida en que esto se logra por la acción sindical de la Unión Marroquí del Trabajo y la buena disposición de las autoridades y las empresas, la ciudad—y no precisamente por estas causas—va perdiendo aquella su fuerte fisonomía que adquirió durante los años en que Tánger era poco menos que el depósito del oro mundial. El oro huyó ya de Tánger. El turismo apenas si se hace visible. Los negocios han mermado considerablemente. Yo vi esta mañana a Tánger demasiado triste. Sería inútil decir lo contrario. El capital de aluvión buscó otras rutas y el tan querido europeo no se resigna a encontrarse en este presente transitorio de Tánger; en él cree barruntar un futuro muy desigual al pasado que vivió y que ahora. Sin embargo, si es cierto que en toda transformación del Estatuto de una ciudad, como fué Tánger, cabe el pesimismo, no lo es me-



Los conductores de los autobuses en Tánger ganaban 40 pesetas diarias y no tenían horario fijo de trabajo



He aquí el cliché estereotipado del Tánger colorista y abigarrado de sus zocos. Es el «Zoco grande»



La playa tangerina, cita del más lujoso turismo, en la tarde del 16 de julio. En años pasados este aspecto hubiera resultado increíble

nos que este pesimismo parece un poco prematuro.

—¿No ha visto usted la playa de Tánger?—me dijo un hebreo marroquí, lamentando la desolación de un lugar donde el lujo del mundo se daba cita cada verano.

Yo vi, ciertamente, que la playa de Tánger estaba casi desierta, quizá por las mismas causas que arremolinaron a las gentes en la calle de Siaguín—la famosa calle de los joyeros del zoco chico tangerino—cuando un pobre hombre cayó fulminado por un colapso. Cualquiera cosa hoy,

en Tánger, inquieta y sobresalta a la gente, pero debe decirse que la alarma demasiado. Si el oro es el signo de la prosperidad no es el barómetro de la virtud. Y Tánger, que no cuenta hoy con el oro extranjero, puede contar en su futuro próximo con otras posibilidades que hagan de la ciudad la urbe amable y acogedora que siempre nos sedujo.

EL FUTURO DE TÁNGER

Mucho se ha hablado sobre el futuro de Tánger. A este respecto se conocen frases muy interesantes de Su Majestad el Sultán,



Los típicos bakalitos tangerinos experimentan hoy, como toda empresa, la «operación social» por la que atraviesa la ciudad de administración ex internacional

así como las opiniones expuestas por ministros marroquíes de la talla del que hoy ocupa la cartera de Asuntos Exteriores, sid Ahmed Balafrej, la mente más firme y ágil del nuevo Marruecos y de cuya finura de tacto nos habla este periodo de transición de Tánger, elaborado por el ministro en plena armonía. También es conocido el criterio de sid Al-lal El Fasi, presidente del gran partido Istiqlal según el cual sabemos que Tánger continuará siendo una zona de «sensibilidad internacional». Pero tanto unas como otras alusiones al porvenir de esta gran ciudad, han llegado a los lectores de la Prensa mundial de forma intermitente, según se sucedieron los acontecimientos, y de manera que pudiéramos llamar inconcreta, como lo prueba el hecho de la propia expectación que se observa cuando surge el nombre de Tánger en cualquier conversación de nivel económico o político.

Tánger fué paraíso de ilusión de muchos aventureros aspirantes a millonarios. Su libertad económica, su puerio propicio, fueron una tentación. ¿Lo seguía siendo?

Tánger fué el lugar seguro de aquellos candidatos a la fortuna que, con credenciales obtenidas en los grandes negocios, poblaban la ciudad de sociedades anónimas, de aquellos famosos despachos «Import.Export», cuya estructura en su organización mas se adaptaba a los preceptos del Código Penal que a las reglas del Derecho Mercantil.

Tánger sedujo siempre por su color al turismo universal. Por su privilegiada situación geográfica, es motivo de inquietud política. Tánger tomó un peculiar renombre debido a su leyenda negra de toda la picaresca mundial, que un día hizo decir a Fernando Sebastián de Erice, en una de sus saladísimas crónicas, que Tánger

suaves y elegantes que, enmarcado en la capucha de su chibabá blanca, fino el rostro, bondadosa y penetrante la mirada, y cuidada la barba a la manera de los «chorfas» marroquíes, sid Guennún se nos revela con una similitud extraordinaria para cualquier observador que frecuenta la amistad de los religiosos franciscanos. Los profundos concimientos de sid Guennún le valieron una cátedra en la Universidad Karauin, de Fez. Otra en el Instituto Superior Religioso de Tetuán y otra más en el Centro de Estudios Islámicos de Tánger. Como puede verse, concurren en su excelencia el gobernador de Tánger especiales características que nacen de él una personalidad más que interesante. Como político, ya rubricó su eficiencia en el Ministerio de Justicia del último Gabinete jafifano de la Zona Norte, cargo del que dimitió cuando se encontró el Imperio con su independencia. Como historiador, todo el tiempo que duró el exilio de Su Majestad el Sultán y que sid Guennún, vivió en Tetuán, trabajó de manera intensa en la antigua capital del Protectorado español, consagrado a sus estudios de investigación, estudios que le llevaron a la biblioteca de El Escorial y a pasar temporadas entre los archivos, y los monumentos de sus antepasados de Granada. Ha escrito muchas obras. En Tetuán, en 1938, publicó «El genio marroquí en la Literatura árabe». El tema biográfico ha sido una de sus más pre-ocupadas tareas literarias. Tiene en conjunto una serie de 25 biografías sobre las grandes personalidades árabes. La última vida que noveló fué la del cheif El Idrisi. Sus «Cartas de la historia de los Jaadies» es una de sus obras más leídas por los intelectuales de Marruecos. Pero la obra que alcanzó más difusión por sus muchas traducciones a otros idio-

debería escribirse con «D», refiriéndose al vocablo que del francés se traduce por peligro. Pero sobre estas particulares consideraciones sobre el Tánger oscuro y negativo existen razones de más serio fundamento para suponer a Tánger el lugar neurálgico de una preocupación general.

Había motivos, pues, suficientes para esta entrevista que su excelencia el gobernador de Tánger, sid Guennún El Hasani, me concedió como enviado de ESPAÑOL. El hombre en el cual ha recaído la confianza del Sultán para dirigir el gobierno.

Tánger es el sumo de la cortesía árabe. De maneras suaves, tan

mas ha sido un «Derecho musulmán» que consagró a sid Guennún como escritor jurídico. Precisamente esta formación jurídica le llevó al Ministerio jafifano de Justicia. También es muy conocido su libro «El oasis del pensamiento», que caracteriza a este pueblo de sabia tradición, que hoy se debate con sus minorías selectas, pero con el pasado lastre de sus masas ignorantes, por recuperar las glorias de sus mayores.

Con sid Guennún comencé a hablar sobre el futuro de Tánger. Y fué para el político mi primera pregunta:

—Excelencia: mucho se ha hablado sobre el porvenir de Tánger. ¿Pudiera su excelencia contribuir, no obstante con su autorizada opinión a puntualizar aún mas lo ya dicho por otras personalidades respecto a este tema?

—Después de las declaraciones hechas por Su Majestad el Rey y las altas personalidades a las que usted ha aludido, tales como sid Balafrej y sid Al-lal El Fasi, en torno al porvenir de Tánger, puede asegurarse que Tánger, tras su incorporación definitiva al Gran Marruecos, permanecerá gozando de un carácter especial por su posición financiera y económica internacional. Esto debe bastar para llevar la tranquilidad a todos los medios financieros y económicos por lo que respecta al futuro de sus actividades en Tánger.

Había tocado yo en mi conversación preliminar con sid Guennún el carácter turístico para Tánger, y por ello añadió seguidamente:

—Es indudable que Tánger continuará siendo una ciudad turística distinguida. Su situación geográfica en el Estrecho, frente a Europa, refuerza en ella esta especial característica. Por consiguiente, estoy convencido de que el movimiento comercial y el buen renombre económico de que goza Tánger se incrementarán y ampliarán con la confianza en un Marruecos independiente.

—En España—dije al gobernador—ha interesado, con respecto a su personalidad, la sólida formación intelectual de su excelencia. Esto ha permitido pensar si la circunstancia del nombramiento de su excelencia ha sido algo más que el reconocimiento de un mérito al hombre político. ¿Coincide su nombramiento con el propósito de Su Majestad de hacer de Tánger una ciudad que, al estilo de Fez, fuese en el futuro una urbe de gran rango intelectual, con la implantación de instituciones docentes de talla superior, donde el ensayo euromusulmán de que hablara Su Alteza Imperial el príncipe heredero tuviese en Tánger un sentido ampliamente cultural y universal?

—No existe ningún inconveniente—respondió su excelencia—en que Tánger pase a ser un importante centro cultural, tanto más cuanto ya existen en su seno instituciones de este carácter de varias naciones amigas. Recientemente, fué escogida, por el Alto Comité encargado de la creación de una Escuela Islámica universal para sede de dicha institución. Por otra parte, entre ciertas altas personalidades germina la idea de la fundación de una Alta Escuela

de diplomáticos universales. Con ello se concretaría en Tánger la conjunción entre la cultura espiritual musulmana y la cultura técnica europea, dentro del marco del ensayo euromusulmán al que aludió Su Alteza Imperial el príncipe heredero.

La siguiente pregunta fué dirigida al catedrático, al hombre forjado en las tareas educativas, al testigo excepcional, en su calidad de profesor y de miembro del ex Gobierno jafifiano, sobre la labor que España desarrolló en la revalorización cultural de los marroquíes. La respuesta de su excelencia fué ésta:

—Nadie puede negar la labor realizada por España en la Zona que fué de su influencia, labor encaminada a crear centros docentes e instituciones culturales diversas. La labor que podría seguir prestando España en Marruecos sería de orden técnico-cultural, y, con ello, nos haría un gran servicio, que afianzaría las relaciones entre ambos pueblos, que son vecinos, que comparten una misma historia y que tienen los mismos sentimientos.

—Se ha dicho que Tánger podría ser la ciudad veraniega de la familia imperial. ¿Podría su excelencia confirmarnos esta noticia?

—Ni lo confirmo ni lo desmienta. Lo que puedo decir es que Su Majestad el Rey posee un gran palacio en Tánger, que, sin duda, habitará de cuando en cuando, tanto en verano como en invierno.

—Muchos españoles—me interese después—residen en Tánger, y aunque ya se ha hablado autorizadamente sobre las garantías que Marruecos prestará a los intereses extranjeros, desearía de su excelencia unas palabras sobre las que alcanzarán concretamente a los españoles que aquí trabajan, ayudan, viven y progresaron en Tánger.

—Tánger seguirá dando su mejor acogida—contestó su excelencia—a todos sus habitantes. Lo único que se pide es una convivencia pacífica con los autóctonos. Las seguridades que se han dado por nuestros responsables son firmes e indubitables.

El periodista recordó entonces, y no, por supuesto, por ninguna similitud con la anterior pregunta y respuesta, cierto artículo del periódico parisiense «Le Monde» relativo al porvenir de la Prensa francesa en Marruecos, cuyas ganancias no parecía poner el periódico al nivel de un buen arriero. Coordiné este recuerdo con la personalidad del director de EL ESPAÑOL, a quien tanto interesa el movimiento de la Prensa, en general, y con apoyo en ambas circunstancias pregunté a su excelencia sobre el porvenir de la Prensa de Marruecos, considerado desde el punto de vista de su formación como escritor.

—Lo importante es que la Prensa que se publica o publique en Marruecos, ya sea en árabe, ya en doble idioma, tenga afinidades con los sentimientos de los marroquíes y siga los imperativos de la nueva era, creando una atmósfera de comprensión en la opinión pública mundial sobre lo que verdaderamente ocurre en Marruecos; es decir, un renacimiento y una evolución general bajo la égida de nuestro héroe y sabio Sidí Mohamed V. En cuanto a la cuestión de la lengua en que se redacte la



Un puesto cambista callejero. ¿Qué régimen financiero y económico elegirá Marruecos para el futuro de Tánger? ¿Seguirá siendo la ciudad librecambista de siempre?

Prensa, a pesar de que el árabe será el idioma de la mayoría de la Prensa marroquí, es de notar que los marroquíes leen y comprenden todo lo que se dice sobre ellos. Pero más bien serán los extranjeros los que, en el porvenir, tendrán necesidad de leer la Prensa en árabe directamente.

Finalmente, recordé a su excelencia el discurso que, con motivo de su investidura, pronunció en Tánger el ministro interino del Interior, Hammedi. Sidí Hammedi dijo, entre otras cosas, que «Tánger no tendrá una administración anárquica».

—¿Podría su excelencia aclarar el alcance de estas palabras el ministro?

—La frase de su excelencia el ministro es diáfana. Su Majestad el Rey, que Dios guarde, al nombrar en Tánger un «aamel» y depositar en sus manos la autoridad

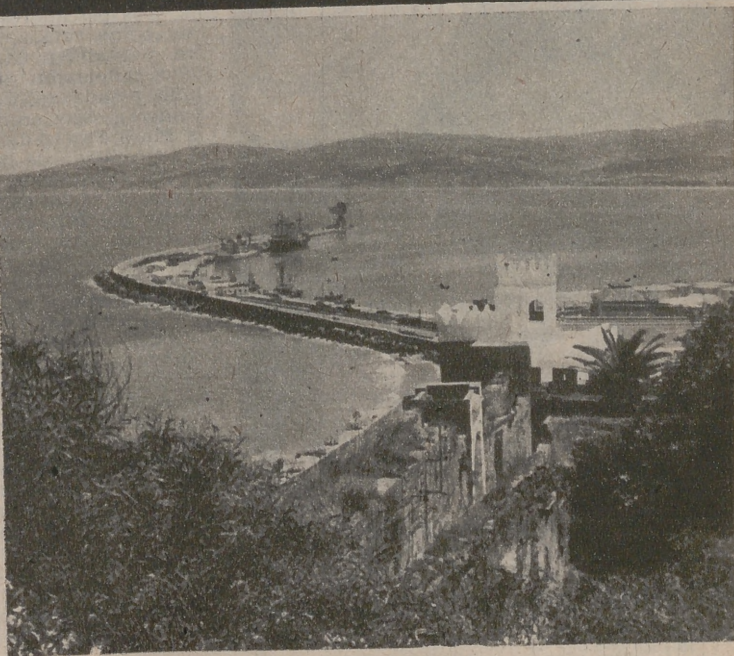
y las prerrogativas que estaban antes en las del Mendub y del administrador internacional, quiso centralizar la autoridad legal de la ciudad, reorganizar su Administración y mantener la seguridad y la paz.

Y con la paz, vocablo que sirve a los árabes para dar fin a toda relación oral o escrita, termino también la entrevista que con tanta cortesía me concedió su excelencia el gobernador de Tánger, sidí Abdelah Guennún El Hasani. Pero justamente ahora caigo en la cuenta que tengo que añadir algo más. Fué el saludo emocionado que su excelencia quiso que este enviado «transmitiese a un semanario tan representativo como EL ESPAÑOL y a un periodista tan universal como su Director».

M. CRUZ ROMERO

(Fotografías de Guilet.)

Un ángulo del puerto de Tánger, sosegado en sus aguas por la escasez de barcos, pero intranquilo en sus tinglados por la inquietud social de los obreros



FESTIVALES DE P

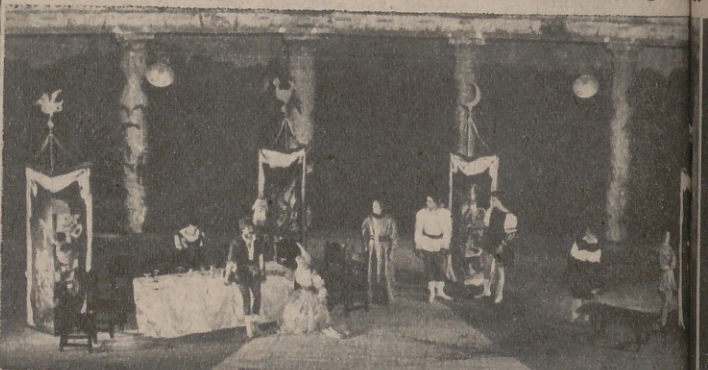


Antonio en «El amor brujo»



El «ballet» de Antonio actuando en Sevilla

UN GIGANTESCO PROGRAMA



Una escena de «La fierecilla domada», al aire libre



Cartel general de Festivales

LA lancha pesquera, típica de los que van haciendo la «manjua» del bonito o la costera de la sardina, atracó en el muelle. Dos pescadores, camisa a rayas, boina calada, saltaron a tierra. Santander. Cumplió el trabajo callejearon en la tarde de julio, pesada, calurosa, y, sin pretenderlo, escogieron el camino de la Plaza Porticada. Le sorprendió el espectáculo de la plaza, cubierta por un inmenso toldo de lona parda, y se unieron, curiosos, al gentío que formaba colas ante las taquillas. Era todo aquello algo nuevo para ellos y les empujó el deseo de investigarlo. Pidieron un programa y lo hojearon: «Orquesta Nacional de España: «Ballet» del marqués de Cuevas; Pilar Lorengar, solista; Compañía Lope de Vega y María Jesús Valdés-José María Mompín; «ballet» de Antonio; Consuelo Rubio; Orfeón Donostiarra...»

El más joven, impulsivo, expresó su deseo de acercarse a la taquilla, sacar dos entradas y entrar a ver todas aquellas cosas. El viejo dudaba.

—Hay mucho nombre aquí. Esto debe de ser muy caro...

Era una buena razón. El joven

se acercó al hombre más próximo.

—¿Sabe usted cuánto vale una entrada?

—Pues mire. Desde ocho hasta treinta pesetas.

—Y con una de ocho pesetas ¿se ve bien?

—Estupendamente.

Entraron y estuvieron tres horas aletargados, inmóviles, mirando maravilla tras maravilla, fué rodando el tiempo entre canciones, que a veces alcanzaban los catorce minutos, y entre silencios mágicos y solemnes. El escenario, como en un cuento de hadas, se movían las graciosas figuras del «ballet» y escuchaban atentos la música sinfónica, que el «ballet» es uno de los días más eficaces para su penetración en el público.

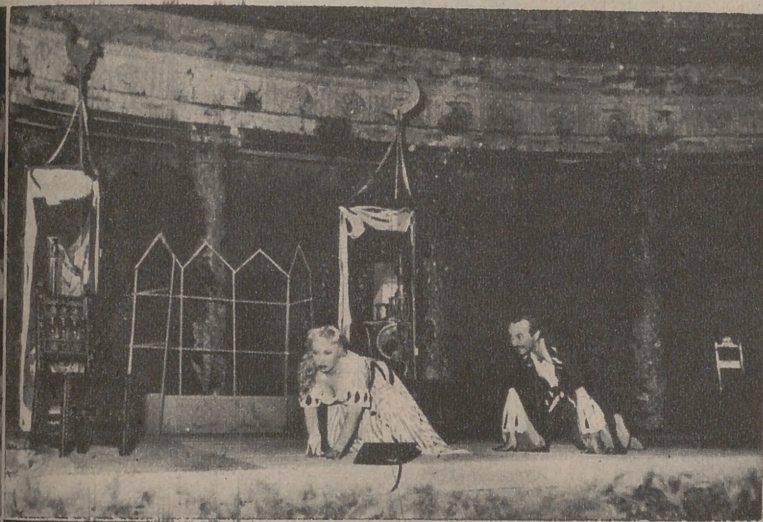
Era un espectáculo de gran vergadura. Precio: ocho pesetas.

Sin saberlo, presenciaban el Festival español al aire libre.

ANTECEDENTES DE FESTIVALES

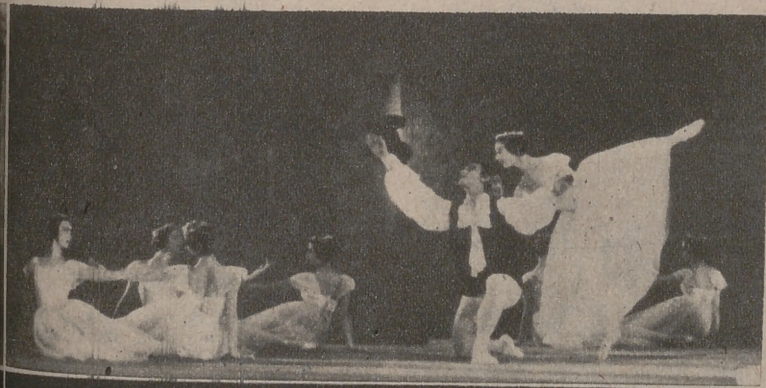
La Delegación de Información y Turismo organizó en Santander desde 1947 representaciones

PAÑA POPULARIZAN EL ARTE



Maria Jesús Valdés y José María Mompín, en Granada

GRATIA PARA EL VERANO 1956



Momento de «Las Sifides», por el Rambert Ballet



El teatro de los Festivales corre a cargo de la compañía de María Jesús Valdés



Las bailarinas de Antonio participan destacadamente en los Festivales

trales, conciertos y actuaciones de grupos de danzas, con el propósito de que los extranjeros, principalmente los que acudían a los cursos de la Universidad Internacional «Menéndez y Pelayo», conocieran la literatura, la música y el arte español en general.

Esta experiencia fué recogida por el Ministerio de Información y Turismo, quien en 1952, con la colaboración de las autoridades y corporaciones locales, celebra el I Festival Internacional, en el que intervienen grandes intérpretes extranjeros.

Al mismo tiempo se crea el Patronato Nacional de Información y Educación Popular, el cual lleva esta labor de los Festivales a una decena de provincias españolas, en su primer año de existencia, y consigue doblar esta cifra en el presente año.

El I Festival de Santander fué, pues, el punto de partida de un plan ambicioso.

La semilla había fructificado. Una pirueta de siglos comenzaba. Grecia, con su inmenso lastre cultural con el cielo por techo de escenario, volvía a florecer en las provincias españolas, en el corazón del más bello lugar de la

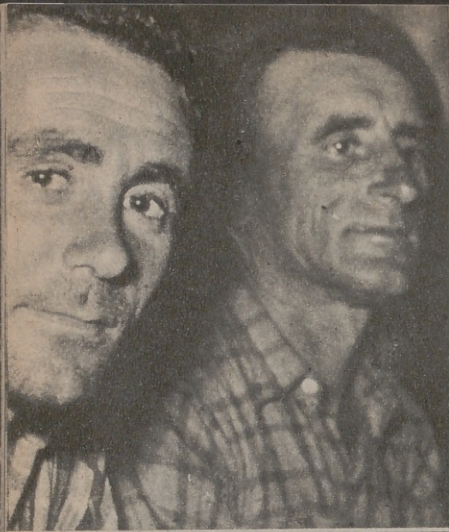
ciudad. El atrio de la catedral gótica, el blanco patio andaluz, la fronda del jardín, se convirtieron en mágicos tableros transmitiendo a los espectadores un mensaje estético y, lo que es más importante, asegurable a todas las clases sociales. Y ya Lope no fué árido en una lectura fría sobre un pupitre de una biblioteca, y el «ballet» dejó de ser inalcanzable y se mostró con su ritmo y su poesía ante los ojos del pueblo. Y se descubrió que Beethoven no aburría cuando se presenta su música por una orquesta de casi ciento cincuenta instrumentos, y que Shakespeare, el genio inglés, no sólo podía ser comprendido por todos, sino que sus obras tenían la gracia y el ingenio de cualquier película humorística.

Aquí está la gran labor social de los Festivales españoles al aire libre. Despertar el alma del filisteo al Arte; enseñarle a vibrar, a vivir las obras inmortales. Y como el espectáculo está cuidado hasta en sus últimos detalles, el público se adentra en él y se suceden escenas que van desde el clamor de seis mil personas en pie aplaudiendo al director Ataul-

fo Argenta, que al frente de la Orquesta Nacional y del Orfeón Donostiarra acaba de interpretar la «Novena Sinfonía» de Beethoven, hasta el entusiasmo del gentío sevillano que en la noche serena de los Jardines del Alcázar obliga a repetir una y otra vez al bailarín Antonio su «Zapateado», de Sarasate.

LOS FESTIVALES ESPAÑOLES, LOS MAS COMPLETOS

Gracias a los Festivales Españoles al Aire Libre, la chispa de la



Dos pescadores vascos entre los espectadores

cultura prende en las conversaciones del hombre medio y durante la celebración de uno de ellos se postergan los topicos comunes y exhaustivos del fútbol y de los toros y se habla y se discute de los autores, juzgando sus actuaciones, y se analiza pausadamente un «ballet» y se entresacan las escenas más emotivas o más plásticas. El antiguo discorrir de las fiestas provincianas, siempre con el mismo e invariable programa, se ve sorprendido por este otro de los Festivales, que en muchos de los casos consigue magníficas reacciones. La anécdota del pueblo asturiano de Miéres aun está caliente. María Jesús Valdés, al frente de su compañía representó «La fierecilla domada», de Shakespeare. Al día siguiente fué tal el pedido que tuvo la Biblioteca Municipal de obras de este autor que no pudo complacer a todos.

Y estos frutos se consiguen gracias al montaje de los Festivales. Es cierto que su creación es mucho más reciente que la mayoría de los europeos. Pero en nuestra Patria se ha tenido el acierto de presentar en cada uno un programa completo.

Mientras que en un Festival español se acoplan las tres grandes manifestaciones del arte: la danza (clásica y popular), la música (de cámara y de grandes composiciones sinfónicas o corales) y el teatro (del moderno al clásico), en los Festivales extranjeros, los programas, en lo que respecta a representaciones en la misma localidad, se ajustan a una rama específica.

Así, por ejemplo, en Francia existe mayoría en teatro y música; en Suiza, teatro y ópera, y en Alemania, música sinfónica.

UNA GIGANTESCA CARAVANA POR LA CARRETERA

Todos los Festivales son organizados por el Patronato de Información y Educación Popular, con la colaboración de las autoridades provinciales. La petición parte de éstas, y el Patronato estudia la propuesta y la lleva a cabo si ciertamente el presupuesto lo permite. Actualmente es tal el número de peticiones que resulta imposible atenderlas todas.

El Patronato estudia con rigu-

roso criterio selectivo tanto las agrupaciones e intérpretes de los programas como éstos.

Selecciona las que considera más convenientes, completa el programa y al llegar la primavera comienza la peregrinación: se pone en marcha el gigantesco engranaje de la organización. Y hacia el Norte, hacia el Sur, hacia el Este y el Oeste, la caravana de camiones pone en el paisaje una nota pintoresca y extraña al mostrar fugazmente decorados, tableros, cuerdas..., y todo ello es contemplado por los rurales con los mismos ojos con que se mira pasar un circo ambulante que va camino de la aventura. Y los kilómetros se suceden sin descanso; ahora en Cartagena; mañana, en Santander; más tarde, en Sevilla. Y aunque la visión del cortejo dura apenas unos segundos, deja ya para todo el día colgando el comentario sobre el pueblo.

Se llega al lugar señalado. En la Plaza Mayor o en el sitio más bello se levanta el tinglado de la farsa ante la curiosidad insaciable de la chiquillería y la mirada anhelante tras los visillos del viejo enamorado de la música de Mozart, que espera la apertura del Festival con un gozo escondido y callado.

Y los artistas ponen una nota de color cosmopolita paseando por las calles principales y se muestran a la curiosidad pública. Y los habitantes de la ciudad, en sus paseos al atardecer, se dan todos los días una vuelta por la Plaza Mayor para ver por sí mismos cómo adelantan los preparativos.

Una noche cualquiera, arriba las estrellas, el aforo abarrotado, pese a que en algunos casos alcanza los 15.000 espectadores, se levanta el telón y comienzan a suceder cosas.

Como por el Norte el tiempo es inseguro, Santander y Asturias han construido dos toldos gigantescos, alcanzando el de Asturias la máxima extensión, pues llega a cubrir los cuatro mil metros cuadrados, y su coste se eleva al millón y medio de pesetas. Precisamente con el toldo la Plaza

Porticada de Santander ha resuelto su principal problema. La acústica no era demasiado buena y ahora con él resulta una auténtica caja de música.

DOS MILLONES DE ESPECTADORES EN 1953

El primer día del Festival del pasado año en Sevilla, del pueblito de Alcalá de Guadaíra bajaron en autocares, doscientas personas a presenciario. Fué tal el entusiasmo con que se comentó en el pueblo por los asistentes el acontecimiento, que al otro día bajaron aproximadamente el doble. Al terminar el Festival, eran contados los vecinos de Alcalá de Guadaíra que no habían bajado a Sevilla. Esto ocurre con frecuencia en la mayoría de las provincias españolas. Las cifras hablan por sí solas.

Del 10 de abril, en que se iniciaron los Festivales en Cartagena, al 29 de septiembre, que terminaron en Cáceres, se hicieron 411 actuaciones, entre conciertos, representaciones de «ballet», de danza y de teatro. Asistieron a estas representaciones 1.872.341 espectadores, de dieciocho provincias distintas. Para la propaganda de los Festivales se editaron y distribuyeron en España y en el extranjero 3.750.300 impresos y folletos. La cifra de espectadores casi dobla a la registrada en el año 1954. Esto da una idea del volumen que arrastran los Festivales y de su creciente éxito y desarrollo.

UNA NUEVA CADENA DE CIUDADES

En esta fecha ya se han celebrado los Festivales de Puertollano, Córdoba, Cartagena y Granada. En esta última ciudad se han hecho representaciones teatrales al aire libre, en la época del Corpus, precediendo al Festival de Música y Danza que organiza la Dirección General de Bellas Artes.

Se incorporan, como nuevas ciudades en la cadena de los Festivales, además de Puertollano, Córdoba, Cuenca, Jaén y Melilla.

La única compañía de teatro que actuará será la de María Jesús Valdés, dirigida por José Luis Alonso, y presentará el repertorio siguiente: «El mejor alcalde, el



El «ballet» de la Ópera de París interviene destacadamente en los Festivales 1956

rey», de Lope; «El hijo pródigo», auto sacramental de Valdivielso; «Macbeth» y «La fierecilla domada», de Shakespeare; «La Celestina», de Rojas; «La feria de Cuernicabra», de Alfredo Mañas, que lleva por subtítulo «Copias a la molinera y al corregidor», y que está inspirada en «El sombrero de tres picos», de Alarcón.

Actuarán también cinco orquestas nacionales, el «Ballet español» de Antonio, de Pilar López, de Luisillo y de Ximénez Vargas; solistas y directores extranjeros, agrupaciones de música de cámara.

Asimismo, actuarán el quinteto de viento francés, la Orquesta Nacional de España, dirigida por Enrique Jordá, que llega a España después de doce años de ausencia, lleno de éxitos alcanzados como director de la Orquesta Sinfónica de Filadelfia; Cuarteto Vegh, Agrupación Cámara. Orquesta Filarmónica de Berlín. Por otra parte, en Sevilla actuarán: los solistas Hilde Guden, Mischa Elman, Frederick Gulda; Wagner, Offermanns y Borg en la «Musa de la coronación», etc.

HISTORIA DEL «BALLET» RAMBERT

El «Ballet» Rambert, que actuará en Valencia, Vigo, Gijón, Jaén, Cádiz y Huelva, nació en el año 1926, cuando sir Nigel Playfair pidió a madame Marie Rambert que preparara una representación en el Lyric Theatre. Tuvo el honor de representar el primer «ballet» inglés «A tragedy of Fashion». En plena guerra mundial, el «Ballet» Rambert se trasladó al Arts Theatre, en el centro de Londres, desafiando los bombardeos con representaciones, a la hora del almuerzo, que duraban una hora, y a las que asistía una gran cantidad de personas para evadirse de los horrores, ante una breve impresión de belleza y fantasía. Durante los veintisiete años de su existencia, han sido creados más de cien «ballets», de los cuales, unos treinta y cinco continúan en el repertorio, lo que constituye un magnífico record.

El «Ballet» Rambert actuó gran parte de su existencia en el pequeño teatro Mercury, y se cuenta que, llegando a él un visitante extranjero, al entrar en el auditorio, miró alrededor con interés.



El Cuarteto Vegh actuará en la Colegiata románica de Santillana del Mar



El quinteto de viento francés

—Tiene aquí una salita muy bonita —dijo—. Bien. Ahora, vayamos a ver el teatro.

—El teatro es éste —le contestaron.

—¡Pero no es posible! ¿Marko va y otras primerísimas figuras actuaron aquí?

—Aquí actuaron. Y se sentían honradas de hacerlo.

Y es que su directora, madame Rambert, brilló siempre por su experiencia, su ingenio y su rara intuición para descubrir un valor nuevo ya fuera bailarín, músico, coreógrafo o decorador. Y este don aun le perdura.

HISTORIA DEL SADLER'S WELLS THEATRE BALLET

Este año el Sadler's Wells Theatre Ballet participará en el V Festival Internacional de Santander. Esta es la noticia que, con los honores de sensacional acontecimiento artístico, registrará la Prensa nacional, ya que el famoso elenco inglés hará su presentación en España esta temporada.

El Sadler's Wells, para los españoles, tan sólo es un nombre que conocimos a través de sus intervenciones en las películas «Las zapatillas rojas» y «Los cuentos de Hoffmann», pero los nombres de



El baile español tiene en Antonio uno de sus intérpretes más extraordinarios



Una escena de «El café de los deportes»



Momento de las danzas concertantes de Stravinsky



«Mañana en Portsmouth». Tres creaciones del Sadler's Wells Theatre Ballet

Norma Shearer y Margot Fontaine eclipsaron la importancia del «ballet» en el cual se habían formado.

El lugar donde actualmente está establecido el Sadler's Well estuvo dedicado a espectáculos desde 1683, cuando Mr. Sadler descubrió un pozo de agua mineral en los terrenos de la casa de la

música. De aquí su nombre «Sadler's Wells» (Pozos de Mr. Sadler). En aquel tiempo, en Inglaterra se representaban dramones románticos bajo las pálidas luces de candelijas de aceite y de gas.

Pasa el tiempo y entre 1931 y 1939 interpretaron más de 50 óperas diferentes. Hoy día han alcanzado ya la importante cifra de 150

títulos incorporados a su repertorio de ópera.

Al igual que todos los teatros de Londres, el Sadler's Wells tuvo que cerrar durante las tres primeras semanas al principio de la última guerra, pero a fines de aquel año se restablecieron las representaciones normalmente. En el verano de 1940 comenzaron los ataques aéreos sobre Londres. El teatro se cerró para convertirse en albergue para las gentes que en aquel distrito habían perdido sus casas destruidas por las bombas.

Más tarde la compañía hizo una gira por Holanda y allí se vió sorprendida, al ser ocupada la ciudad por los alemanes, y se logró evadir tras incontables dificultades.

UN PRIMER LUGAR PARA SANTANDER

Por tradición, por esfuerzo y por esmero, Santander ocupa, con Sevilla, el primer lugar en los Festivales españoles al aire libre. La ciudad norteña, con sus nieblas dormidas, con su lluvia tenue, poética, abre sus puertas el próximo día 28 al sueño de las maravillas. Santander se pone su traje endomingado y enseña las perlas y el orgullo de un acontecimiento que está a la altura de los grandes festivales europeos.

El Festival se abre con el «Ballet» de Antonio y se cierra con la compañía de María Jesús Valdés. Dentro del primoroso círculo intervendrán más de seiscientos intérpretes llegados de los lugares más diversos. La célebre Ópera de París llega por primera vez a España, y en sus cuatro actuaciones presentará obras de la categoría de «Suite Románticas», de Chopin; «Pasos y líneas», de Debussy, y «Cascanueces», de Tschai-kovsky.

Los ciclos se distribuyen de la forma siguiente: Ciclo sinfónico, con Iturbi; ciclo coral, con el «Réquiem alemán», de Brahms. Y la Novena Sinfonía, de Beethoven. Sólo tres programas del ciclo suponen un coste de 150.000 pesetas.

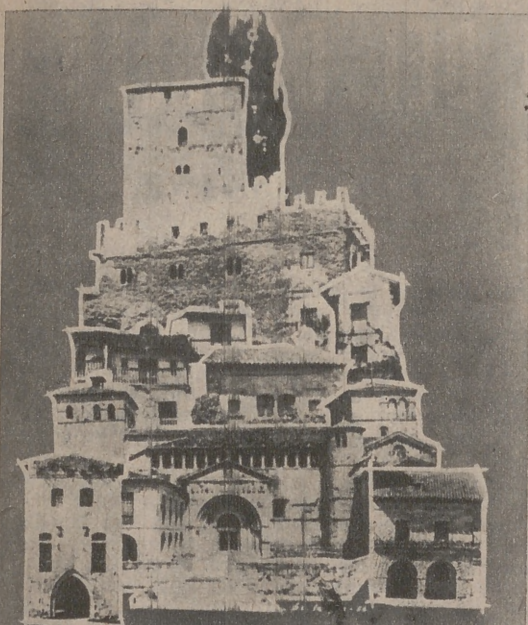
Y todo ello, a tal precio, que se repetirá la anécdota de Sama de Langreo, en la que un minero, con aire filosófico, mirando a su mujer a la salida de una representación, le dijo sopesando las palabras:

—Oye, rapaza... ¿Sabes una cosa? Esto *ye* mejor y más barato que el cine. ¡Habrá que traer al *guape* mañana!

Y mientras el reloj del Ayuntamiento alborotaba la noche con sus campanadas, a la mujer le dió así como un pensar que su marido, el día menos pensado, llegaba a concejal.

EL ESCENARIO DEL PARQUE DE MARIA LUISA

El otro Festival Internacional se celebra en Sevilla. La bella ciudad andaluza reparte sus escenarios de la siguiente forma: En el Patio de la Montería tendrán lugar los conciertos sinfónicos y la ópera. En el patio de Carlos V, conciertos de cámara. Y el Parque de María Luisa será el marco de las representaciones teatrales y del «ballet».



V FESTIVAL INTERNACIONAL
SANTANDER
Y
SANTILLANA DEL MAR

BALLET ESPAÑOL DE ANTONIO • BALLET DE LA OPERA DE PARIS • SADLER'S
WILLS THEATRE BALLET • COROS Y DANZAS DE ESPAÑA • FESTIVAL MOZART
GRANDES SOLISTAS • CUARTETO VEGH • ORQUESTA NACIONAL DE ESPAÑA
QUINTETO DE VIENTO FRANCÉS • TEATRO CLÁSICO Y MODERNO

28 DE JULIO AL 2 DE SEPTIEMBRE DE 1956

INFORMES, ORGANIZACIÓN DE PROGRAMACIÓN Y BOLETÍN • BOLETÍN DE INFORMACIÓN Y PATRONATO DE INFORMACIÓN Y EDUCACIÓN POPULAR
ESPAÑA

Cartel del Festival de Santander

Destaca, entre todos, los actos de la ópera «El barbero de Sevilla», por una selección de intérpretes de la Scala de Milán y el Real de Roma. Esta Compañía de Ópera actúa bajo el patrocinio del Gobierno italiano.

LA CALIDAD DEL PÚBLICO ESPAÑOL

En la penumbra de las primeras sombras se encienden los reflectores que ilumina la plaza en donde se celebra la representación. En una interminable sucesión de sillas, el público, de las más diversas clases sociales espera. En el rectángulo que define la plaza, en los balcones, se apiña el grupo de amigos del dueño de la casa, que en esos días disfruta de algo parecido a la televisión. Tras el telón, la prisa, el nerviosismo eterno.

Comienza la representación. El público exterioriza sus impulsos largamente, con generosidad.

Casi todos los actores extranjeros que han intervenido en nuestros Festivales han repetido de forma exhaustiva que el público español es único. En ninguna parte encontraron el calor de esas interminables ovaciones ni ese silencio impresionante, casi propio de un rito religioso, que acompaña a cada una de sus interpretaciones.

Todo, en un festival, gira alrededor de la fórmula mágica del expresivo carácter hispánico, de

nuestra capacidad de adentrarnos en los sueños y en las fantasías, y de advertir en lo más hondo, que un espectáculo nos despierte mundos recónditos y herméticos.

Al final surge el comentario y la estimación de la opinión propia, y se habla de Schumann. Y de Rossini. Y por encima de todo surge el comentario a la actuación de nuestros artistas nacionales.

YA GIRA LA RUEDA

El «Ballet» de Antonio, ya de fama mundial, que tiene en su haber éxitos alcanzados en la mayor parte del mundo, es un auténtico embajador del puro arte español.

Con un cuadro de artistas seleccionadísimos, este «ballet» no podía faltar en los Festivales, y su aportación a ellos puede considerarse trascendental.

Antonio interpreta principalmente música española, en un vasto programa que abarca «El amor brujo», de Falla; «Suite», de «Danzas Españolas», de P. Soler; «Zapateado» de Sarasate; «Danzas fantásticas», Turina; «Sortilegio de los collares», Granados; «Triana», de Albéniz.

El arte de Antonio consigue una personalísima interpretación de cada número, en una perfecta conjunción de las virtudes de la raza con la plasticidad y la armonía.



Cartel del Festival de Sevilla

La vistosidad de los Coros y Danzas de España pone su alegre y pintoresca nota de regionalismo en los Festivales, representando lo más puro y lo más olvidado de nuestro folklore. La fuerza, la gallardía, el primitivismo de cada una de las regiones españolas brilla en cada danza y lleva al público el aliento de siglos pasados y de ritos transmitidos de generación en generación. Es quizá uno de los espectáculos preferidos del público de los Festivales.

El Patronato de Información y Educación Popular se supera cada año en la preparación de los programas, y está satisfecho tanto de la ayuda prestada por las provincias como del fervor, el eco y la adhesión que encuentran los Festivales entre los asistentes.

Ya la rueda dentada del presente año ha comenzado a girar. En las noches españolas comienza el desfile de Festejos. Miles de artistas cambian su traje de calle por el de actuación. La ronda de canciones españolas, de esas canciones que se escuchan en cualquier camino, sobre cualquier loma o cerro, se reúnen y rasgan la noche iluminada por reflectores. Todas las clases sociales toman asiento en la Plaza Mayor, y mientras la ciudad, el pueblo y la provincia, en la esquina del ensueño se viste con las galas de la fantasía.

Pedro Mario HERRERO

LA ESTATUA BAJA DEL CABALLO

NOVELA. Por Francisco ALEMAN SAINZ



ESTA historia no podría escribirse si Emilio Herrera no hubiese salido de su casa a la mitad de la mañana. Cualquier otra hora hubiera resultado funesta para el relato. Puede escribirse esta historia por la sencilla razón de que Herrera acostumbraba a salir de su casa cuando la mañana estaba creciendo, igual que esas muchachas que de repente se encuentran con que el traje les viene estrecho.

Vivía Emilio Herrera en una casa que nacía esquina en una plaza bastante grande, en cuyo centro había un monumento triste, con esa pesada tristeza que tienen los monumentos mediocres, dedicados a gentes mediocres. Era la estatua a caballo de un personaje lejano en la historia de la ciudad, un individuo oscuro, montado sobre un caballo que a veces parecía un caballo. Sin saber cómo, la plaza comenzó a ser llamada la plaza del «Tío Vivo». Era un rincón desorbitado, donde vivían gentes extrañas. Tras los cristales de los balcones solía haber viejas mujeres que huroneaban a toda hora. Desde la plaza no se las distinguía, estaban tras los visillos, acechantes, durante largas horas, sin mover un músculo.

A Herrera le pasó lo que le pasó, aparte de sus cualidades morales, que no aparecerán en esta historia, porque le acosaba un viento lejano de aventura, de galeones perdidos en playas misteriosas y distantes. Se trataba de algo supletorio en su vida cotidiana de escrituras y recibos, de pactos usurarios tenebrosos. Este signo respondía con el nombre de «el tesoro». Herrera había llegado a la plena conciencia del mundo, cuando el metal estaba desapareciendo de la circulación, apenas entrevisto en joyas, pero nunca en moneda suficiente en número, acuñando un valor ejemplar.

La plaza del «Tío Vivo» era la plaza triste donde los niños no van a jugar nunca y donde la criada no lleva a su vera el soldado lento del domingo por la tarde o de la fiesta con guante blanco. Hasta los novios se citaban lejos de allí, porque circulaba en el aire un maleficio turbio. Era, todo lo más, lugar de paso apresurado.

Las mujeres de los balcones devoraban los instantes en que los vecinos de la plaza pasaban saliendo o entrando en sus casas. Herrera era un hombre alto, de cara muy sonrosada, al parecer desprovista de piel, como si la carne hubiese sido cocida a tiempo. Usaba trajes manchados de materias comestibles y parecía que el sastre se los enviaba ya manchados, con las manchas preparadas, para que no se preocupara de recogerlas. Había en él algo de sebo rancio, que le brillaba por todas partes, y en los labios gruesos no le cabía la sonrisa. Se reía a pequeños golpes, como si tosiera la risa lúgubre del catarro.

Emilio tenía por el dinero un afecto desordenado, un fervor esencial, una entrega casi amorosa. Carecía de oficina abierta y no tenía tienda ni empleo abierto, pero sordamente iba liquidando, año a año, grandes beneficios, producto de una laboriosa gestión, en la que ocupaban también su tiempo graves personajes de la ciudad: la usura. En la ciudad, grandes tipos de usureros: unos con barba y otros sin barba; unos, humildes, y otros, orgullosos. Los había de todas las clases sociales, hombres y mujeres, profesionales, y aficionados. Prestaban con grandes garantías a tantos por cientos exasperantes. Herrera descubrió la usura en su juventud, cuando las pasiones encuentran energía y solidez, y desde entonces no le había sido infiel. Era monógamo absoluto y la amaba como si acabase de conocerla. Ante toda operación iniciada le saltaba el corazón en el pecho y su piel sentía el dedo helado del escalofrío.

El personaje a caballo, el «Tío Vivo», permanecía allá arriba, tan tranquilo, apartado de todo lo que pudiese ocurrir allá abajo, hasta despreocupa

do de lo que pudiera ocurrirle a Emilio Herrera, que ya es decir. Herrera, en parte, tenía un poquito de soñador, siempre que no se tratara de un tanto por ciento bien templado, y creía en que la gran sorpresa estaba en sus proximidades, acercándole el mapa secreto del tesoro.

Tras los visillos de los balcones, medio centenar de ojos, repartidos de dos en dos, excepto en dos excepciones que tocaban a ojo por cabeza, pues los otros estaban en tinieblas; medio centenar de ojos atisbaban. Puede que faltase una que padecía de incontinencia de orina, pero el coro de mujeres estaba apostado en sus lugares de observación.

La lluvia de primera hora dejó la atmósfera bastante limpia, pero el tono gris del cielo apagaba los brillos, hasta los de la calzada húmeda. Emilio Herrera comenzó a andar, muy despacio, como si quisiera sacarle partido al pequeño esfuerzo de recorrer el espacio que separaba la acera de su casa de la acera que rodeaba el pedestal de la estatua del «Tío Vivo». Al llegar a la mitad de la distancia que había de recorrer, Herrera vió una mujer que parecía sonreírle. Estaba ella parada en las cercanías del monumento. La actitud de Herrera respecto de la mujer iba siempre envuelta en la más cruda sospecha. Sobre todo desde que se enteró de que su nodriza—en los años de lactante—alimentaba, a la vez que a él, a un chico de la vecindad que tenía unos meses menos que él. Este primer desengaño le hizo a Herrera desconfiar de las mujeres y ver en ellas la doblez, la mentira, el desengaño y, sobre todo, el gasto, que también debe de apuntarse. La mujer de aquel instante le miraba interrogativamente. Estaba allí, sobre la acera, mirándole con atención.

II

No había recelo en los ojos de la mujer. Eran unos ojos tristes, quizá algo subrayados en azul negro. Parecía la naufraga en la pequeña isla del monumento, esperando un salvador. No era hermosa y no podía jurarse que lo fuese alguna vez. No era joven, pero lo había sido poco tiempo antes, y esto le daba un aire pesimista y solemne. Vestía de negro, pero no era un negro de viuda o de madre solitaria. Era el traje del domingo del pueblo. Ella le esperaba. Estaba aguardándole, no le cabía duda.

Desde todos los balcones de la plaza, las vigilantes miraban. Apostadas tras sus vidrieras, las comadres veían cómo Herrera iba acercándose a la mujer. Esta miró a Emilio Herrera con un rostro cansado.

—Buenos días, señor—dijo.

Al oír su voz, Herrera notó que ella estaba cerca. La voz era suave.

—Buenos días—respondió él, sin entusiasmo, apenas puro trámite.

La mujer estaba cerca de Herrera, y éste notaba cómo la respiración de su pecho alzaba y descendía el vestido.

—Usted es un caballero—pronunció ella con gesto cansado—. En dos palabras se lo explicaré todo.

Las comadres atisbadoras trataban de comprender lo que estaba ocurriendo delante de sus ojos. Veían la figura conocida de Emilio Herrera, y muy próxima a él una mujer vestida de negro que llevaba una caja de cuero deslucido, puesta bajo el brazo derecho.

—Voy a serle sincera—dijo—. ¿Puedo llamarle amigo? Usted me ha ayudado mucho, aunque no lo parezca—calló un instante y siguió hablando—. No conozco la ciudad. Las ciudades siempre me han causado miedo. No es corriente encontrar en ellas una persona tan amable como usted.

No es que Herrera se sintiese ganado por las palabras de la mujer, ni que le interesara la posible aventura que parecía entreabierta. Simplemente, tenía curiosidad por enterarse de lo que ocurría.

—Quiero saber dónde hay un Banco—aclaró ella—para poder cambiar unas monedas de oro. Es un legado que me ha hecho un hombre bueno y una lágrima persuasiva asomó en los ojos de la mujer.

—¿Quién era ese hombre?—y en la pregunta de Herrera había una sospecha decidida.

—¡Por Dios!—exclamó ella, y ahora las lágrimas salían de los ojos, bajando rápidas por las mejillas—. Que me vea usted sin compañía no le da derecho a hacer suposiciones que atacan mi honor.

—Yo no quería molestarla.

—Así lo creo. Yo era costurera en el pueblo y cosía en las principales casas. También trabajaba en la casa de mi bienhechor. Se enamoró de mí. Naturalmente, no hubo nada entre nosotros. Me dejó ese legado en prueba de su cariño y yo lo acepté porque se había muerto.

Las espectadoras seguían tras sus visillos, decididas a escandalizarse, dispuestas a reunirse en la primera hora del día siguiente, en bandada o en pandilla, para tratar de explicarse lo que estaba ocurriendo ahora mismo y que no podían explicarse. Herrera, por su parte, hacía un instante que escuchaba una palabra ingrátida, cargada de misterio para él. Tenía una turbia superstición por el oro, y esta mujer le traía a su tranquilidad una preocupación renovada: la existencia del oro frente al papel de los billetes en fajos, el valor en sí frente al valor supuesto.

El oro levantó siempre insomnios en la imaginación fría y calculadora de Herrera, y en aquel instante surgía en la memoria el pequeño relámpago dorado de la moneda.

—Yo la acompañaré—habló.

La mujer le había enseñado, velozmente, una moneda de oro que sacó del bolsillo. Las mujeres de los balcones no llegaron a ver la moneda y alzaron sobre los pasos de la pareja una dirección personal. Un hombre les miraba atentamente desde la acera próxima y Herrera no sabía desde qué instante eran mirados ambos. El hombre se les acercó y, después de un ligero saludo, la mujer confesó el legado pueblerino haciendo protestas de que ni siquiera fué besada una vez por el donante. El recién llegado propuso que entrasen en el «Tropical Café», que estaba en la acera de enfrente a la casa de Herrera, un café helado y sombrero, con público de turno, relevándose de la mañana a la noche.

Se sentaron junto a un ventanal amplio, por el que se veía la plaza desierta, amplia, sin un automóvil parado, mientras se presentía la iniciación de la lluvia, los primeros compases del agua. Herrera olfateó el peligro. ¿Quién iba a pagar? En su vida, siempre supo escurrir el bulto en el momento de pagar. ¿Iba ahora a caer, víctima de aquellos dos desconocidos? Pero las monedas de oro le sonaban en los mostradores del oído. No sabía qué hacer, qué decisión tomar. La mujer explicaba al desconocido todo el asunto y Emilio notaba que le acometían unos celos pueriles, pero que le exaltaban.

—Eso vale dinero—habló el casi recién llegado. Ella le miró con agradecimiento, como si se tratara de un piropo dirigido a ella.

El hombre piropeaba el oro, sin descanso, como un galanteador profesional. Ella le escuchaba anhelante la respiración, con los labios entreabiertos. Entretanto, Herrera sentía sucederse en su ánimo diversas sensaciones. Por una parte se hallaba molesto por la presencia del individuo aquel; pero, a la vez, las palabras que escuchaba le iban exaltando, ganándole la atención. Había en Emilio algo de blanco previsto, sobre el que se apuntaba decididamente.

La lluvia, tras la vidriera del café, tomó fuerza, precipitándose con energía sobre el adoquinado. Herrera notaba en el pecho una opresión que no sintió anteriormente. Sobre el velador estaba la caja de cuero que contenía las monedas. Emilio adelantó una mano sobre el mármol helado, hacia la caja, mirando a la mujer, y ésta no le impidió el gesto, ni siquiera disimuladamente. Acarició él la caja, tratando de alzar la tapa, pero debía de estar cerrada con llave, y los dedos de Emilio volvieron al punto de partida, con una sensación de frialdad.

—En cuanto empieza a llover me siento intranquila, pienso que algo puede ocurrirme. No lo puedo remediar—dijo la mujer, como si les entregase una confesión íntima y peligrosa.

—Usted es un espíritu fino—habló el hombre exaltador del oro—. ¡Vaya sí lo es! Lo he notado desde que la vi en la plaza con este señor, de quien solamente puedo decir que es un señor.

Herrera estaba pensando en aquella caja, cuyas entrañas se apretaban, y en la hermosura de los pequeños discos de metal.

—¡Qué lástima, señora, que no disponga yo, en estos momentos, del numerario metálico suficiente!—dijo el otro, con una gran seguridad en la voz.

—Yo no puedo esperar—respondió ella—. Pien-

sen que he de volver cuanto antes al pueblo. En un pueblo, la costurera es siempre una pieza importante, y no ha de faltar mucho tiempo, si quiere tener trabajo.

Herrera, al escucharla, veía el pueblo de aquella mujer sometido a la ausencia más peligrosa, a punto de caer en el salvajismo, en el desnudo, o lo que es todavía peor que el harapo, en las afueras de la moda, llegando a perder toda apariencia de sociedad organizada. El hombre intervino otra vez, tras el humo de un cigarrillo rubio.

—No puede usted imaginarse cómo lo siento. Quizá pueda recabar un préstamo a alguna de mis amistades. Pero ha sido todo tan imprevisto, tan rápido...

Los modos expresivos del hombre le parecía a Herrera que seducían a la costurera con legado. Había en su voz algo de codicioso, como si las frases se enroscaran al talle de la mujer y la apretasen igual que un corsé cálido.

—Mi gusto sería que usted tuviera mis monedas de oro, pero no puedo esperar mucho. He de verme al pueblo.

El hombre del «numerario metálico» cerró los ojos un instante, parecía buscar una salida en la oscuridad. Ella le miraba fijamente, queriendo descubrir, tras los párpados cerrados, el pensamiento más íntimo. Herrera se encontraba invadido por un sentimiento celoso, que no se apoyaba en el amor o en el deseo. Eran celos de la simple posibilidad de que aquel individuo pudiera llevarse las monedas.

—Puede que lo mejor sea—dijo el hombre abriendo los ojos—que vaya en busca de algún amigo para que me preste el valor de las monedas. ¿A cuánto asciende?

—No sé lo que puedan valer—habló la mujer—. Comprenderá usted que nunca he dispuesto de dinero. Esto es una sorpresa...

—Aparte de que usted se lo merezca—cortó el hombre—, resulta una sorpresa muy agradable.

Acompañó la frase de una inclinación de cabeza casi perfecta en la medida justa de la cortesía. Una vez más Herrera estaba desprevenido. Siempre se quedaba atrás, en silencio, vencido de antemano por el hombre aquel, que recibió la sonrisa agradecida de la mujer con un ademán de condescendencia. No es que Emilio Herrera careciese de salida en la conversación, pero le obsesionaba la presencia de la caja de cuero deslucido. Había cesado de llover. Las comadres sonrieron, cada una en su celda anhelante, porque quizá su espera iba a ser premiada. Solamente una pequeña parte del elenco observador podía ver la cristalería del café y las tres personas rodeando el velador. No podían enterarse de nada de lo que ocurría, y sus gestos, desde la soledad, tenían una línea decidida de protesta.

III

—Están ustedes entreteniéndome excesivamente, y eso no está bien—habló la mujer—. Yo quiero vender las monedas y ustedes no las compran.

—Insisto en lo que dije antes—respondió el otro encendiendo un cigarrillo—. No he podido negociar unas acciones de las que quiero desprenderme. Esta mañana mi administrador me avisó que necesitábamos moneda extranjera, divisas, para comprar un tractor, imprescindible en mis fincas de Andalucía.

—¿De Andalucía?—preguntó ella, y continuó:— Pues no se le nota el acento.

—Se trata de un latifundista, pensó Herrera, y notó el miedo. Miraba la cajita de piel con una vena de terror latándole en alguna parte. Amaba ya aquella pequeña caja y estaba dispuesto a conquistarla, a hacerla suya. No iba a decirlo todavía, no iba a comprometerse a nada hasta que no hubiese otro remedio, pero se había decidido interiormente a que no se le escapasen las monedas.

—¿Cuántas monedas hay en total?—interrogó el latifundista.

—Cien—fue la contestación de la mujer.

—¿Sabe su valor aproximado?

—No.

—Pongamos a 200 pesetas si son todas como la muestra.

—Son todas iguales.

—¿Le parece bien 20.000 pesetas?

—No lo sé. Puede que sea poco dinero, pero también puede que sea excesivo.



—Voy a buscar esa cantidad. No me lo agradezca.

El hombre, desde hacía algún tiempo, parecía ignorar la presencia de Emilio Herrera. Aun la misma mujer no contaba con él. Este creía que ella no se portaba noblemente, puesto que él la había visto primero, y consideraba una pequeña traición su comportamiento con el desconocido.

Se levantó el desconocido y besó la mano de la mujer, hizo un saludo frío al otro y salió a la calle. Las comadres que no podían ver la cristalería del café vieron en cambio salir al hombre que antes entrara con Herrera y la desconocida. Otra de las comadres, que no veía desde su balcón la puerta del café, sí vio que un individuo vestido de gris se acercaba a un hombre pequeño y gordo, con sombrero de alas bajas, y que los dos hablaban un instante. La primera observadora recibió en su mirada a un nuevo personaje para ella, un tipo gordo, pequeño, vestido de marrón, con sombrero de ala baja que penetraba en el café.

La mujer no le dirigía la menor palabra, y Emilio Herrera creyó por un momento que las monedas estaban perdidas.

—Hay un hombre que está mirándonos dijo ella—. Disimule usted para que no se dé cuenta de nada.

Herrera miró poco después y vio al hombre pequeño y gordo que les observaba. Poco después se dirigió a ellos.

—Perdónenme si me permito molestarles.

Sacó del bolsillo una placa de Policía y la enseñó a los dos.

—Si me permiten que me sienta creo que la cosa pasará inadvertida. No quiero decir que sean ustedes sospechosos: es una cuestión de trámite. ¿Quiéren mostrarme su documentación?

Herrera no la llevaba, no la llevaba casi nunca.

—Si quiere usted puedo traerla. Vivo ahí enfrente, en esta misma plaza.

—Suponga que me niego. En este caso tendrá que venirse conmigo.

—No. No debe de hacer eso—dijo la mujer—. Es un hombre decente.

—Puede que quiera engañarla. No se fíe usted de él.

—No logrará usted que desconfíe. Es un caballero.

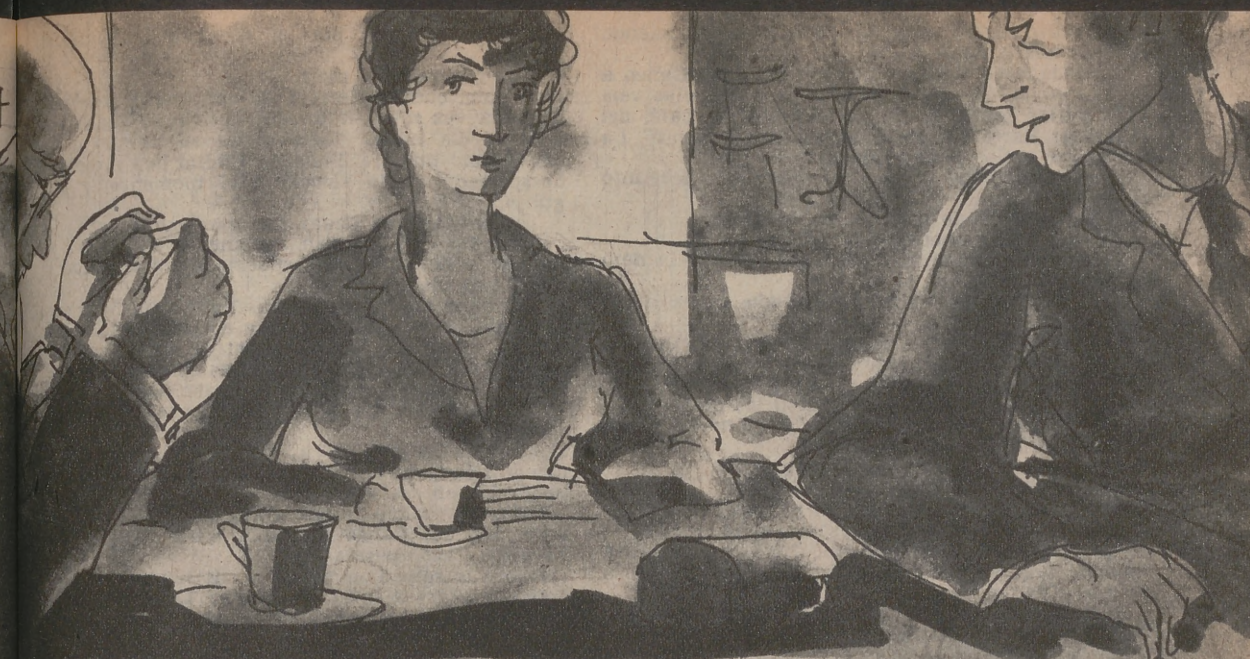
—Emilio Herrera le estaba agradecido a aquella mujer. Su comportamiento no podía ser más generoso.

—Les he observado. Ustedes llevan algo entre manos y deben decirme—dijo el hombre gordo echándose el sombrero hacia atrás.

—Verá usted—respondió ella—. Se trata de unas monedas de oro, de un legado que quiero vender, y este caballero ha sido tan amable que me hace compañía.

—¿Pretende comprárselas?

—No—contestó la mujer—. Ya le he dicho que es un caballero.



—Bien—siguió el gordo pequeño—. Usted, señora, quiere vender y posiblemente este señor quiere comprar.

—Francamente—habló ella—, yo no puedo venderle las monedas por ahora. Alguien se ha comprometido a comprarlas, y yo no puedo hacerle una mala jugada.

—Eso la honra a usted—puntualizó el pequeño—, y sonrió protector— ¿Quiere enseñarme las monedas?

La mujer enseñó la moneda de oro que antes vio Herrera y éste notó cómo los ojos del otro se encendían.

—Esta es una de las monedas.

—¿Y las otras?

—La caja está cerrada con llave desde que me la entregaron; llevaba pegada sobre la caja, con un esparadrapo, esa moneda, y un papel doblado donde se decía que eran cien las monedas que había dentro de la caja. Vienen de un hombre que ha muerto y que no mintió nunca. Si es preciso me volveré al pueblo con las monedas. Soy una pobre mujer que no sabe mucho de la gente.

—Pero yo sé bastante.

El sector de vigilantes que veían la ventana del café estaba sorprendido por la aparición del hombre gordo tras la vidriera. Casi todas tenían visiones parciales del asunto. Había de ser a la mañana siguiente, a primera hora, cuando el relato se completase a través de las palabras de cada una, en la reunión cotidiana, cuando el sol era tibio o la lluvia menuda. El gordo trataba de convencer a la mujer que no tenía compromiso con el hombre latifundista porque la hora de salida del autobús se acercaba y ella no debía de quedarse en la ciudad, puesto que hacía falta en el pueblo. La mujer insistía en que había dado su palabra y que la cumpliría por encima de todo. Emilio notaba crecer en su pecho un fuerte desasosiego pensando en que el otro pudiese volver y despojarle del tesoro.

—Están perdiendo el tiempo—habló el investigador gordo—. Ese hombre no vendrá. Entre otras cosas porque se trata de un granuja. Por las señas que la señora tan amablemente me ha dado creo que es un individuo reclamado por la Policía. Yo en su lugar vería la forma de resolver este asunto. Es más, si ese tipo vuelve les ruego que no se muevan de su sitio. Le llevaré conmigo. Puede que sea un individuo peligroso.

Herrera se veía comprometido, pero no estaba descontento. Quería las monedas de oro. Le eran imprescindibles.

—¿Le interesan a usted las monedas?—preguntó el gordo pequeño dirigiéndose al otro.

Había llegado el momento peligroso: «Tengo que decir algo», pensaba Herrera. El gordo le miraba fijamente, con una pesadez molesta, y al bajar la vista Emilio vio que el gordo llevaba un perro. «Debe de ser un perro policía», se dijo.

Sobre el mármol del velador brillaba la moneda

rubia que poco antes dejara la mujer. El policía la tomó.

—¿Se fía usted de nosotros?

—Sí—respondió ella sin vacilar.

Herrera estaba asustado sin saber por qué. Sobre el mármol sucio del velador estaba la pequeña caja del tesoro.

—¿Conoce usted, señor, algún empleado del Banco Inmemorial de Créditos Urbanos?—preguntó el gordo.

IV

La respuesta que dió Herrera tardó algo en llegar, pero fue negativa. El no necesitaba a los Bancos. La proposición era ir y consultar con un alto empleado, que el gordo conocía, el valor de la moneda. Emilio Herrera tenía un temor supersticioso ante los Bancos. Veía en ellos algo inabarcable, sin capacidad para el júbilo del tanto por ciento, donde éste se anonimizaba. No había alegría en aquellos edificios suntuosos cuyas entranas albergaban el gran misterio del dinero, la matriz genial de la adquisición. Por sus visceras transitaban empleados numerosos, cada uno con su lapiz—pensaba Herrera—, quitando de aquí un céntimo, de más allá una peseta, del otro sitio veinte duros limpios. Lo que, después de todo, alarmaba a Emilio Herrera era que el Banco no fuese una persona con la que cupiese luchar en el trato.

—Por mi parte no hay inconveniente en que vayan al Banco—intervino la mujer.

—No hay más que hablar—dijo el gordo—. Iremos y todo se solucionará rápidamente.

Llovía fuerte cuando los dos salieron a la plaza del «Tío Vivo». El trayecto hasta el Banco fue repleto de insinuaciones del gordo contra la virtud de Herrera, insistiendo sobre su relación con la mujer aquella que quedara en el café. Tras entrar en el Banco el gordo desapareció y no tardó en volver acompañado de un individuo de cara pálida, ascética, que sostenía sobre la nariz unas gafas desmesuradas.

—He compulsado las tablas y escalas de apreciación. El valor de la moneda que me entregaron es de 500 pesetas aproximadamente. Ya saben ustedes que el precio del oro tiene fluctuaciones.

El gordo se sonrió con una sonrisa maciza, pesada. Se despidieron, y al salir a la plaza hallaron sobre el suelo unas briznas de sol húmedo. Iban despacio, sin prisa alguna, con el sueño del tesoro creciendo dentro de Herrera. El empleado había dicho antes de marcharse:

—Este que le señalo es el precio normal. Pero en el mercado negro puede tener un valor más alto.

Sin embargo, todo hay que decirlo, Emilio Herrera no quería las monedas para deshacerse de ellas, por mucho beneficio que tuviese. Le interesaban por sí mismas. Creía escuchar ya su sonido sobre la mesa de su habitación y veía la complicada colocación que caprichosamente había de dar

« las monedas, en pequeños montones, o haciendo dibujos una a una.

Las comadres vigilantes vieron salir del Banco a los dos hombres, mientras una parte de ellas veía a la mujer solitaria tras la vidriera del café, del «Tropical Bar». Entraron de nuevo en el café. La mujer, al verlos llegar, sonrió a los dos.

—¿Dudaba usted de que volviésemos?—preguntó el gordo.

—No, a pesar de que no les conozco.

—Ahí va la moneda—dijo el policía.

Y redonda, enigmática, brillante, dorada, la dejó sobre el mármol blanco.

—Si me engañan habrán engañado a una pobre mujer.

—¿Por qué había yo de engañarla?—preguntó el gordo.— No llevo ningún interés en este asunto. Solamente quiero hacerles un favor a ustedes dos.

—Entonces, ¿le interesan a usted las monedas?—preguntó a Herrera la mujer, arrebuñándose en un ademán soñoliento.

—Pues, yo...

—No, amigo, eso no—intervino el otro.— He depositado en usted toda mi confianza y hasta mi influencia. Si le interesan las monedas lo dice; si no le interesan también lo dice, y se acabó. Esta señora no puede estar esperando, porque es una señora, y las señoras no deben esperar, digo yo.

Herrera no sabía qué decir. Quería las monedas, pero sin que le costasen demasiado. Estaba acostumbrado a ganar en sus operaciones unos tantos por ciento altos y el pequeño gordo era en aquel momento un enemigo encarnizado. Pero, sin saber por qué, oyó que su voz decía en un tono bajo:

—No intento aprovecharme de una mujer. Sólo quiero comprar las monedas por su valor.

Apenas quedaba gente en el café. Estaba cruzando el mediodía pasado, y hasta los camareros habían desaparecido. Quedaba uno, el de servicio hasta la hora rápida del café.

—¿Le interesan a usted las monedas?

La pregunta estaba hecha por el gordo.

Herrera veía los ojos de la mujer que le miraban fijamente, con algo de niña acorralada a la salida del colegio en la tarde del jueves, castigada hasta la hora de la comida en una habitación húmeda con el cuaderno delante para repetir una frase escribiéndola cien veces o así.

—¿Le interesan a usted las monedas?

En esta ocasión era ella la que hizo la pregunta, y Herrera preveía que se le escapaban sin remedio.

—¿Las cien?—preguntó sin saber por qué.

—Naturalmente—respondió el otro.

Y arrepiñándose de haber dado una contestación se dirigió a ella:

—¿Vendería usted una parte?

—No.

Tenía el rostro fatigado. Se le notaba la fatiga en los ojos, en las mejillas, en la boca.

—No vendo una parte. Estoy cansada de la ciudad. Estoy cansada de este café. Estoy cansada de ustedes. Estoy cansada de todo.

Había hablado en voz alta y Herrera creyó que el camarero les observaba.

—Hable usted más bajo, se lo ruego.

Miraba a todos lados, observando los rostros de los supervivientes de la mañana, a ver si en ellos se reflejaba la respuesta a las palabras de ella. Al parecer nadie la había oído. De nuevo el cielo fuera tomaba el signo de la lluvia.

—Sí, las monedas me interesan—habló Herrera.

Y la mujer respiró largamente, con una sonrisa feliz.

Algunas comadres se habían retirado ya de sus puestos de vigia, acuciadas por una somera preparación de la comida. En toda la plaza circulaba un vaho de aceite requemándose junto a un vapor escapando de la olla cerrada. Herrera había aceptado. Quizá pudiese volverse atrás, pero había aceptado. No es que sus palabras fuesen intocables después de pronunciadas, pero ante una pregunta se había manifestado decidido a aceptar.

—¿Qué va a dar por las monedas?—inquirió el gordo.

—Lo que puedan valer.

Se daba cuenta Herrera de que estaba penetrando cada vez más en terreno difícil de abandonar después. La mujer hacía saltar su mirada desde uno a otro hombre. Pensaba Emilio que no estuvo desacertado en la elección del momento, y preguntó:

—¿Qué hay que pagar por esas monedas?

Cerró los ojos al mismo momento de hablar, temiendo y deseando la respuesta. Pero el gordo se metió por medio:

—Compre las monedas. En ellas va un recio concepto del honor: la negativa a aceptar, la falta y el pecado. Compra usted la negativa ante el pecado, la ejemplar virtud de una mujer sencilla.

Se le notaba que el parruto recién acabado le dejaba satisfecho. La mujer le miraba admirativamente.

—Doy 15.000 pesetas—apuntó Emilio Herrera, y se arrepiñó de la cifra. Debió decir menos, aunque luego aumentase la cantidad.

—No es posible—aseguró tajante el gordo.— El empleado del Banco dijo una cifra superior. Dará usted 25.000 pesetas.

Ahora le salía una voz dura, de hombre delgado, como si la grasa fuera un disfraz. La mujer estaba sorprendida, al parecer, y miraba a Emilio con unos ojos tristes.

—Diga usted la cantidad mayor que puede ofrecer—inquiría el gordo.— Esta señora no puede esperar más. Un autobús de línea no espera nunca. Yo siento, por una parte, haber intervenido en esto; pero me alegro por ella. De esta forma usted no la engañará. Veinticinco mil pesetas y las monedas son suyas. ¿Le parece bien esa cantidad, señora?—interrogó, inclinándose excesivamente ante ella.

La mujer pronunció un sí pequeño, emocionado.

—Es mucho dinero—habló Herrera.

—No tendrá usted las monedas por menos dinero—dijo el otro.

—Ese hombre de hace un rato fué a buscar dinero, volverá con el dinero y las monedas serán para él—fué la respuesta de ella.

Emilio Herrera tuvo miedo. ¿Y si el hombre del traje gris volvía en aquel momento? ¿Iba él a quedarse sin estas monedas deseadas tanto tiempo?

—Daré 20.000.

—No. Dará usted 25.000.

—No es mucho dinero para usted. Las monedas lo valen.

—Es mucho.

—Vaya a su casa y traiga las 20.000 pesetas. Es algo tarde para mí, pero esperaré hasta acabar esto.

Emilio se levantó de la silla algo mareado. No era un mal negocio este de las monedas, pero pudo serlo mejor sin la aparición del gordo. Salió del café. Le palpitaba el corazón aceleradamente cuando subía la escalera de su casa. Llegó a su cuarto, y del fondo de un armario sacó una caja de hierro que, abierta, destacó el paquete de fajos de billetes de distintas cantidades. Contó hasta 17 billetes de 1.000 pesetas, y en otro bolsillo metió los tres restantes que faltaban para completar las 20.000. Guardó la caja, y tras cerrar todas las puertas, abiertas un momento antes, tomó el camino de la calle. Cuando salió llovía otra vez.

V

Desde sus balcones, decididas a resistir heroicamente, las comadres seguían en sus puestos con un entero sentido del deber. Se encontraban con la renovada sorpresa de la actitud de Emilio Herrera en la mañana lluviosa dejada atrás por mañana, puesto que la tarde parecía dispuesta a abrirse bajo la lluvia. Al volver, Herrera pensaba que iba a ser el dueño único de las monedas de oro. Su sueño iba a cumplirse a un precio no excesivo, casi con traza de buen negocio, tal como él estaba acostumbrado.



—¿Trae el dinero?— preguntó el gordo.
 —Solamente 17.000 pesetas— respondió Emilio.
 —No diga la cantidad. Lleva las 20.000, aunque no estén en el mismo bolsillo.
 Hubo una pausa, mientras la mujer contaba los billetes, y el gordo tomaba de manos de Herrera los tres que había puesto aparte.
 —¿Le parece que llamemos a un abogado?— dijo el gordo.
 —¿Un abogado? ¿Para qué?— preguntó Emilio.
 —Para que redacte los documentos de compra.
 —¿Qué documentos?
 —Los de compra de las monedas.
 —¿Por qué?
 —Eso es cosa suya. Yo pensaba que quizá le interesara que ella firmase haber recibido las pesetas. Y que firmase yo como testigo.
 —No hace falta.

Herrera tenía prisa por acariciar las monedas en la soledad de su cuarto tras cerrar el balcón, aunque se oyese allá fuera el tintineo de la lluvia, con sus millares de monedas heladas, frías, sin forma, cayendo sobre la mano abierta de la ciudad. Quedaban apostados en los balcones un pequeño haz de supervivientes, aguardando el instante en que terminase aquella reunión sorprendente, que las tenía en viño desde horas atrás. En el café, cuando la mujer acabó de contar los billetes, asomó a su rostro una sonrisa ancha que se le salía de los mismos límites de la cara.

—Las monedas son de usted— dijo ella, y empujó la pequeña caja de cuero, acercándola a Emilio, que no se atrevía a cogerla y miraba silenciosamente la moneda de oro solitaria sobre el mármol helado del velador.

—¿Y la llave?— preguntó Herrera.
 —No la tengo— respondió la mujer.

Se levantaron de las sillas, y después de despedirse de Emilio Herrera salieron a la calle, a la plaza. Las comadres que resistían tras las vidrieras de los balcones desde el principio, y algunas más que habían vuelto a sus puestos de vigilancia, vieron caminar por la acera de la lluvia a la mujer y al hombre gordo. Caminaban de prisa, sin mirar hacia atrás. Aquellas comadres, pocas, cuyo ángulo de visión les permitía mirar las fronteras de la plaza, vieron cómo se les unía el hombre vestido de gris, que horas antes saliera del café donde ahora estaba sentado Emilio Herrera, y solamente les faltaba haber reconocido al personaje que les acompañaba, pero que quedaba fuera de sus datos, y era el individuo de las enormes gafas que valoró las monedas en el Banco Inmemorial delante de Herrera.

Emilio tenía la pequeña caja de cuero ante los ojos. Ya era suya, le pertenecía, Eran suyas aquellas cien monedas tan queridas desde unas horas antes. Tomó la caja y se puso en pie. Cuando ya estaba próximo a la puerta volvió a recoger la moneda de la muestra, que había olvidado tomar. Después salió a la lluvia. Las comadres, que cercaban la plaza desde sus balcones, le vieron salir del café, y su extrañeza adquirió nuevas formas al ver a Herrera volviendo hacia su casa a una hora distinta a la de siempre. Algunas de las vigilantes vieron la cajita de cuero que Herrera llevaba bajo el brazo y se preguntaron qué podía ser. Solamente una, entre todas, recordó que la mujer de antes entró al café con una caja parecida, si es que no era la misma.

Parecía haber disminuído de peso y se encontraba agil y decidido. La puerta de su casa estaba cerca. Insistía la lluvia con una determinación rotunda. La vida se le presentaba en aquel instante encerrada entre las cuatro paredes de la cajita en forma de «tesoro». Las comadres seguían observando, y ni siquiera las que estaban aún sin comer se retiraron. Todas estaban pendientes de Emilio Herrera.

Saboreaba el instante en que abriría la caja, y con una luz pálida cayendo sobre las monedas éstas harían estallar sus reflejos dorados. Estaba contento. Si la estatua que cabalgaba en el monumento del centro de la plaza se hubiera bajado del caballo, ni las comadres ni Emilio Herrera se hubiesen dado cuenta.

Abrió la puerta de su casa y entró. La lluvia seguía cayendo sobre la plaza. Las comadres se fueron retirando casi todas, aunque quedase siempre una, la del insomnio, la que no dormía nunca.



TRAJES de línea moderna y elegante

... y de la más acabada hechura en magníficas telas de verano: muselinas, alpacas, «frescos», «jumel», gabardinas de algodón y el tejido «Perlón», exclusivo de GALEBIAS. Colores del mejor gusto. Patronaje especial para todas las configuraciones.

Caballeros, 2.ª planta.

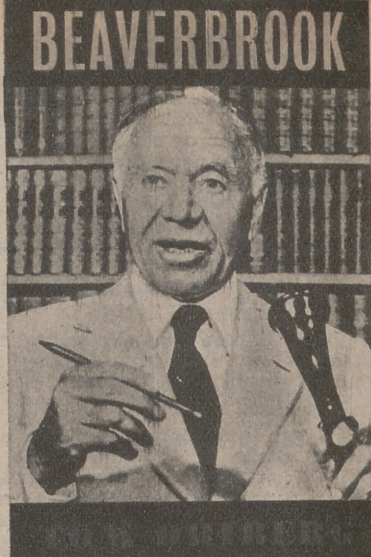
Galerías Preciados

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

BEAVERBROOK

Triunfo y fracaso del propietario del
"Daily Express"

Por Tom DRIBERG



La vida de William Maxwell Aitken, primer barón de Beaverbrook, constituye uno de los más fabulosos ejemplos de lo que es capaz la energía y la constancia del hombre cuando se propone lograr riquezas y poder, siendo hoy, a sus setenta y cinco años, casi el único superviviente de la gran generación de millonarios periodistas. Propietario del «Daily Express», cuya tirada es de cuatro millones, así como del «Sunday Express» y otros muchos más periódicos, Beaverbrook ha vivido obsesionado por jugar un importante papel en la política inglesa. Estos deseos los colmó sólo a medias, pues si es cierto que jugó un primordial papel en la elección de Bonar Law como jefe del partido conservador, en la sustitución de Asquith por Lloyd George, en la crisis de la abdicación del duque de Windsor y que llevó sobre sus hombros gran parte del peso de la batalla de Inglaterra por su puesto de ministro de Producción Aérea, no es menos verdad que su gran anhelo de convertirse en el árbitro supremo de los destinos imperiales no ha logrado realizarse. Tom Driberg, antiguo redactor del «Daily Express» relata con extraordinaria amenidad la historia de esta prodigiosa y vivida existencia, cuyo último e íntimo fracaso no deja por eso de ofrecer los más sugestivos e interesantes aspectos.

DRIBERG (Tom) «Beaverbrook. A Study in power and frustration.» Weidenfeld and Nicolson. Londres. 1956.

NUEVA Brunswick es una de las provincias marítimas del Canadá oriental. Es una tierra de belleza natural virgen, de ríos y de lagos. Cuatro quintas partes de su totalidad están constituidas por bosques. El modo de ser de gran número de sus gentes es duro, recio y simple. En sus inmensos ríos abunda el plateado salmón del Atlántico, pero los bosques son su mayor riqueza. La madera es su producto más importante y allí están los principales centros y factorías encargados de utilizar la pulpa forestal. Los hombres de las ciudades del Canadá en general, y en particular de Nueva Brunswick, derivan, como muchos también de los Estados Unidos, de las lenguas indígenas (Winnipeg, Toronto); otros, de la colonización francesa de los siglos XVI y XVII (Montreal, sault. Ste. Marie), y, finalmente, los que predominan son de origen británico. Los ríos conservan todavía sus denominaciones indias, anteriores a cualquier establecimiento urbano. Pero donde hubo ingleses y escoceses en Nueva Brunswick surgieron ciudades con nombres tales como Newcastle, Chatham, Woodstock, Campbellton y Dalhousie.

UN CHICO MAS BIEN INDISCIPLINADO

Newcastle fué el escenario de la infancia de Beaverbrook, ya que en ella residió desde los once meses. A menudo ha expresado a muchas gentes su

tristeza por no haber nacido precisamente allí. La primera luz la vió el 25 de mayo de 1879 en Maple (Ontario). Todavía visita algunas veces su lugar de nacimiento y el cementerio en el que están enterrados muchos de sus parientes, pero no mantiene relaciones de ningún tipo con los asuntos locales. Su piedad filial, su nostalgia, su activa generosidad se encuentra en New Brunswick.

Mucho se ha hablado, y hasta el propio Beaverbrook lo ha repetido también, sobre sus orígenes humildes. Sin embargo, su procedencia no era proletaria, perteneciendo a la modesta sociedad de Newcastle, siendo sus padres figuras destacadas. Su progenitor, que había emigrado de Escocia en 1864, era un ministro presbiteriano. La llamativa Victoria Manse, en la que el joven Max vivió desde su infancia, constituye una de las más importantes casas de la ciudad, y su apariencia debía ser todavía mayor ante los sencillos leñadores del pasado siglo que habitaban en la ciudad.

El reverendo William Aitken era un hombre de carácter bíblico. Murió en 1913, pero los ancianos de la ciudad todavía recuerdan vivamente sus maneras patriarcales. Llevaba una larga barba blanca, y durante el servicio religioso se cubría con un amplio manto. Después se lo quitaba ceremoniosamente una vez terminado el segundo himno. Fué un gran predicador, sobre todo cuando trataba de la condenación eterna de los pecadores. También en algunos casos se entregaba a violentas críticas antirromanas, sobre todo cuando algunas de sus hijas estaba en la iglesia con un muchacho católico.

Cuando se trasladó a Newcastle desde Ontario, en 1890, tenía cuarenta y seis años y cinco chicos, de los cuales, Max era el más joven. Todavía le nacieron cinco más en Newcastle, uno de ellos murió al nacer, por lo tanto, en la tumultuosa democracia de una amplia familia en la que Max Aitken se desarrolló y en donde quizá engendró sus apetitos antisociales.

Por lo que puede saberse a través de fragmentarias reminiscencias de los miembros y amigos de las familias supervivientes. Max no era ciertamente un modelo durante su infancia. Se le recuerda como un rebelde, como un violento individualista, como un lobo solitario. Le gustaba concentrarse durante largos períodos, lo cual no resulta fácil en una casa de nueve chicos. Max se iba a los bosques y al río. Allí encontró sus mejores compañeros, fuera de su familia. Raramente se confiaba a sus hermanas y hermanos.

Un rasgo curioso de la infancia de Beaverbrook es que a menudo se negaba a sentarse en el lugar privilegiado que su familia tenía en la iglesia. Max se colocaba generalmente en donde se encontraban las gentes no pertenecientes a la confesión presbiteriana, es decir, a los lados.

LA CONSAGRACION A MAMMON

Comenzó muy pronto. Era un chico de doce años cuando comenzó por primera vez a vender periódicos en las calles. No es esto una gran coincidencia, teniendo en cuenta que posteriormente también se consagró a la venta de periódicos en gran escala. Millares de escolares de ambos lados del Atlántico han realizado tarea

semejante en las horas libres de clases. Pocos de ellos, sin embargo, se aplicaron a esta tarea tan científicamente como Max Aitken. El estuvo siempre vigilante. En lugar de venderlos él todos, empleaba a otros chicos como agentes, y de este modo los adquiría y distribuía mucho más rápidamente.

Fué a la escuela hasta los catorce años, pero desde los doce, además de supervisar la distribución de periódicos, comenzó a trabajar en una droguería. Lo peor de este trabajo era especialmente durante el duro invierno canadiense, el que tuviese que ir a buscar la llave de la tienda a casa del dueño, pues la tienda debía estar abierta a las ocho de la mañana. Luego limpiaba el suelo, lavaba las botellas y después se trasladaba a la escuela. Finalmente volvía de nuevo al establecimiento, y allí, tras el mostrador, vendía hasta las diez o las once de la noche.

Para sus trabajos extras necesitaba, por lo menos, una bicicleta. Su padre no podía comprársela y, además, la consideraba un lujo innecesario. Max la logró conseguir gracias a los bonos de la publicidad de una Empresa jabonera. Fué entonces cuando le ocurrió un incidente, que podría haber sido fatal. Una vez se cayó y fue atropellado por una máquina agrícola; la rueda le pasó por la cabeza. Según él, esto le hizo ser mucho más inteligente.

Poco después dejó la escuela, y sus padres le enviaron a que se examinara como empleado de un Banco local. Uno de sus hermanos mayores trabajaba ya en esta clase de ocupación, que estaba considerada en la ciudad como muy respetable. Si Max Aitken se hubiese fijado en este menester, habría alcanzado un alto puesto bancario; pero, por suerte o por desgracia para el mundo, se dió cuenta instintivamente de que el Banco no era un lugar para su temperamento. Muy pronto se habría hartado de la atmósfera regular de este ambiente y de la mezquina rutina del trabajo. Sin embargo, hizo lo que mejor pudo, y, por agradar a sus padres, fué a examinarse, aunque puso buen cuidado en no aprobar. Quizá el rebelde había ya aprendido su táctica.

Mientras tanto, los periódicos se habían convertido en la fuente de sus principales ingresos. Era el único vendedor en Newcastle de los dos diarios, el «Sun» y el «Telegraph», que él distribuía de establecimiento en establecimiento.

Bien fuera por su precoz inteligencia, aunque no en un sentido académico, o por lo poco que había podido intímar con sus compañeros y con sus hermanos, el hecho es que Beaverbrook, durante sus primeros años se acostumbró a estar siempre en compañía de hombres mayores que él. Entre éstos figuraba el amable sacerdote católico padre Dixon. Y los clientes de la droguería. Su gran héroe fué un leñador, Edward Sinclair, con el que le gustaba acampar por los bosques y de quien aprendió muchos secretos de los mismos. Su nombre ha permanecido en la memoria de Beaverbrook a lo largo de su vida.

Cuando su amigo Bennet dejó Nueva Brunswick y se marchó a Alberta, Max, después de un solitario y descolorido año en la Escuela de Leases de Saint John, un año en el que comenzó a sentir conciencia de su fuerza interior, decidió acompañar a su amigo Calgari. Allí vivió en un cuarto barato. Sacaba lo necesario para subsistir vendiendo pólizas de Seguros. Fué su amigo quien le hizo dirigir sus pensamientos hacia la política. Sus primeras experiencias prácticas en este terreno fueron en la campaña de 1898, en la que Bennet participó.

El día que cumplió veintiún años se fué a pescar al lago de Truro, en Nueva Escocia. La noche anterior había celebrado hasta muy tarde la víspera del cumpleaños, y, por ello no se encontraba nada bien. Además, los peces no mordían el anzuelo. Parece que fué en estos momentos cuando experimentó una conversión, que él la equipara, por su rapidez, su intensidad y la duración de sus efectos, a pesar de su género tan distinto con la de San Pablo. Se dió cuenta de que no tenía futuro y tomó la decisión de trabajar duramente y de ahorrar dinero. Quizá fuese en aquellos mismos instantes, o algún tiempo después cuando se propuso también ser millonario. A pesar de haber vivido en la época de la fiebre del oro, pocas decisiones de este estilo se han cumplido más rápidamente.

Este momento constituye el punto crucial de la existencia de Max Aitken. Desde entonces se consagró con energía demoníaca a la consecución del éxito material. Consiguió entrar en relación con John F. Stairs, el industrial y financiero más importante del Canadá oriental, y en 1902 cuando sólo contaba veintidós años, formó una Compañía en la que participaban los cuatro principales capitalistas de Halifax.

Cuando contaba veintiséis años, los periódicos de Montreal comenzaron a escribir sobre él y a calificarle del «mago de las finanzas». En aquel año contrajo matrimonio con miss Gladys Drury, una muchacha de dieciocho años, hija de un militar de Nueva Brunswick y perteneciente a una de las familias que formaban la «aristocracia del Este» del Canadá. Había comprado ya muchas propiedades, incluso una casa, aunque él y su mujer seguían viviendo en una mansión alquilada.

En aquella época se aproximaba ya a la categoría de millonario. Categoría que alcanzó poco después de su matrimonio, a los cinco años de la crisis del día de la pesca fallida. Su fortuna la amasaba vendiendo y comprando valores. No vacilaba en gastar más de la mitad de su haber.

EL «PEQUEÑO AVENTURERO CANADIENSE»

La carrera de Beaverbrook ofrece varias fases distinguiéndose por una serie de altibajos producidos algunos de ellos de una manera violenta. De la pobreza se convierte en millonario en cinco años. A los seis de vivir en Inglaterra, un rudo y extraño joven que no poseía, aparentemente, gran influencia en los asuntos de Estado, representa el principal papel en el derrocamiento de un primer ministro.

No era la primera vez que visitaba Londres cuando penetró en la ciudad en 1910 llevando en su nuevo «Daimler» a su joven esposa. Había estado ya anteriormente dos veces, una de ellas con el fin de conseguir el dinero que le permitiese triunfar definitivamente en su lucha por el acero canadiense. Durante esta breve visita, Max Aitken vivió los días de la muerte de Eduardo VII, hecho que siempre recordará. También en esta ocasión conocerá a otro hijo de Nueva Brunswick, cuya vida se relacionará extraordinariamente con la suya, Andrew Bonar Law, hombre de cincuenta y un años por aquellas fechas y diputado conservador.

Cuando Beaverbrook llega a Londres por segunda vez no parece tener grandes preocupaciones políticas. Tanto él como su esposa encuentran que la capital británica es una ciudad encantadora y toman un piso en Cavendish Square. Aunque muy pronto va a ser cautivado por la vida pública, su centro de acción es la City. Como Bonar Law tiene intereses en ésta, su naciente amistad se estrecha. El recién llegado visita la casa de Law. Ambos juegan juntos al ajedrez y posteriormente trasladan estas partidas a la Cámara de los Comunes.



Max, Lord Beaverbrook

Una caricatura reciente de lord Beaverbrook

Pocos meses después de la llegada de Aitken a Inglaterra hay elecciones generales, las segundas dentro de aquel año y Bonar Law le pide que le ayude en su campaña. Cuando se produce una vacante en Ashton, Aitken, que todavía no tiene derecho a voto en Inglaterra, se asegura la representación de este lugar en el Parlamento, dirigiendo al candidato liberal. Mal orador, predica la causa del Imperio con un apasionamiento que convence a muchos.

Sus actividades políticas no le impiden seguir consagrado a los negocios y durante un breve período, en 1912-13, controla la renombrada firma «Rolls-Royce». Algunos años es también banquero. En realidad, no existe incompatibilidad entre la actividad política conservadora y la actividad financiera en la City. Ambos intereses son complementarios. Aitken, sin embargo, no está satisfecho por ser un financiero de vez en cuando y un moderado miembro conservador; quiere poseer poder, y a esto concentrará todos sus esfuerzos.

En esta época conoce a Churchill, y desde este momento ambos hombres se unirán por una profunda y duradera amistad. Churchill y Beaverbrook se han peleado algunas veces furiosamente; pero Aitken, incluso cuando sus periódicos han criticado la política de los ministros de Churchill, nunca lo ha atacado de una manera pública y personal. En momentos de depresión, Churchill ha buscado la compañía de este viejo camarada, de quien han desconfiado tan furiosamente otros amigos del viejo «premier». Ambos hombres han participado conjuntamente en grandes batallas y hoy son los dos únicos supervivientes del Gobierno que ganó en la primera guerra mundial.

Cuando, en noviembre de 1914, Balfour dimitió de su puesto de jefe del partido conservador, tomando esta resolución de un modo inesperado. Aitken, que había trabajado mucho por su desaparición, le cogió un poco de sorpresa. Los acontecimientos iban muy de prisa, pero su cabeza era fría. Según lo dispuesto, había que elegir al sucesor de Balfour a los cinco días de su dimisión en el Club Carlton. Había dos candidatos oficiales fuertemente apoyados: Mr. Walter Long y Mr. Austin Chamberlain. Ambos habían dado su conformidad de que si ninguno de los dos se aseguraba la mayoría se retirarían, dejando el camino abierto para un tercer candidato. Los nombres propuestos para esta solución se habían descartado sucesivamente cuando el «Times» publicó un artículo sugiriendo el nombre de Bonar Law.

En una carta de Jack Sanders, secretario particular de Balfour, se informa de que toda la campaña por Law ha sido dirigida por Max Aitken, el «pe-



Beaverbrook y Churchill paseando por el jardín de Downing Street, 10, en mayo de 1954

queño aventurero canadiense», diputado por Ashton y semipropietario del «Daily Express». La campaña dió resultado y Chamberlain y Long renunciaron sus posibilidades en Bonar Law, que fué elegido unánimemente. Beaverbrook podía estar contento de su primer ensayo de prestidigitación política.

EL ARMA DEL «DAILY EXPRESS»

Terminada la primera guerra mundial, Lloyd George, a través de Churchill, pidió a Beaverbrook que pusiera sus medios periodísticos al servicio del Gobierno en las próximas elecciones. Se llegó a un acuerdo y Beaverbrook accedió poner el «Daily Express» en apoyo de Lloyd George.

A pesar de la enemistad de lord Northcliffe (propietario del «Daily Mail»), el apoyo de lord Beaverbrook y de otros magnates de la Prensa, unido a la histeria del ambiente de los días del armisticio, fué más que suficiente para que Lloyd George obtuviese una aplastante mayoría.

El hecho relatado indica que Lloyd George se dirigió a Beaverbrook más como a un propietario de periódicos que como a un colega político, y esto obliga a contar sus relaciones con el «Daily Express», cuya adquisición él mismo explicó posteriormente en su obra, publicada en 1925, *Politicians and the Press*, y donde dice así:

«Durante un considerable número de años estuve en relación con el «Daily Express» de una manera indirecta, aunque no me llegara nunca a interesar excesivamente. A finales de la guerra el periódico necesitaba dinero para poder subsistir y ninguno de sus accionistas estaba en disposición de aumentar su participación. Fué entonces cuando su director me propuso la compra del principal paquete de acciones por un total de 17.500 libras... Vacilé y pedí consejo a lord Rothermere, quien me aseguró que en aquellas condiciones la compra sería un buen negocio, pero se negó a aceptar una participación en la empresa, porque esto implicaría competir públicamente con su hermano, lord Northcliffe, propietario del «Daily Mail».

A pesar de que lord Northcliffe le asegurase que el proyecto era una ruina, Beaverbrook optó por el consejo de su hermano y adquirió el periódico. La circulación del «Daily Express» en aquellos días era de 229.344 ejemplares, siendo en 1944 de cuatro millones. Su propiedad, valorada entonces, como ya hemos dicho, en 17.500 libras, era en 1954 de 7.275.180 libras.

Durante más de treinta años, Beaverbrook dirá siempre a la Comisión Real de la Prensa con notable candor: «Dirijo periódicos simplemente por hacer propaganda y no por otro motivo.» En 1916 comenzó a fascinarle la idea de controlar periódicos, no por el deseo de aumentar sus ingresos, sino para disponer de un arma en la batalla por el Poder. Como todas las esperanzas políticas que él acarició, esta idea no ha sido más que un espejismo, pero que le ha dejado detrás un sólido montón de oro. El creía que la propiedad de los periódicos le daría un poder que le permitiese imponer sus opiniones a los jefes políticos y estaba dispuesto a perder dinero en este intento. Los acontecimientos han hecho que amontone una gran fortuna, aunque su poder no aumentase lo más mínimo.

SEMBLANZA FISICA Y MORAL DE UN AMBICIOSO FRUSTRADO

La cabeza es demasiado grande para las botas. Es una cabeza grande, aplastada, abultada, como si contuviese a duras penas la estructura ósea que bajo ella se encierra. Sus cejas son espesas y salpicadas de cerdas blancas. Su cara es morena y curtida. Su boca es exactamente como la dibujan sus caricaturistas. Algunas veces, cuando ríe y echa su cabeza hacia atrás, sus ojos se abren tanto como la boca, mostrando el blanco deslumbrante del iris. Su mirada es penetrante y su rostro ejerce una influencia magnética.

Largos años de estancia en Inglaterra no han modificado las resonancias canadienses de su voz, que unas veces es fuerte y desagradable y otras se pierde en un murmullo melancólico. Cuando hay ecos de su entonación en las voces que se oír, trabajan mucho con él, los cuales, naturalmente, le imitan en sus conversaciones.

No muestra interés por los vestidos que le gustan, pero los suyos como por los de los demás. Le gusta que las mujeres que le acompañan en su mesa vayan elegantes. La comida que pide social del día de Beaverbrook y es casi el único momento de auténtico trato social. Es raro que haya más de siete u ocho personas sentadas a su mesa. Cuando está en su casa de Cherkley, no se me,

como la mayoría de los anfitriones, en el extremo de la mesa, sino en el centro, para de este modo poder controlar y dirigir los temas de conversación. Las cuestiones que lanza a la discusión son siempre directas, íntimas y personales. Su insaciable curiosidad ha servido no poco para convertir a Beaverbrook en el más afortunado editor de periódicos del siglo.

Su constitución parece haberse hecho más fuerte y su estado general también ha mejorado durante la última década. Hubo tiempo en que se habló de hipocondría y había algo de verdad en la afirmación. Se preocupaba mucho por su salud y a esta preocupación se le unía el padecer auténticamente molestias crónicas asmáticas. Se curó parcialmente con una estancia en las secas y desérticas tierras de Arizona. No obstante, todavía se somete a frecuentes duchas y corrientes para evitar la repetición del mal.

Ahora bien; si la hipocondría no significa preocupación infundada sobre enfermedades imaginarias, existe una exageración al aplicar este término a Beaverbrook, ya que posee sólidos motivos de inquietud, especialmente sobre las dolencias que experimenta en su garganta. Pocos de sus actuales amigos y empleados saben que durante los años 1918 y 1919 experimentó este órgano una grave y fatal enfermedad. Hubo momentos en que se llegó a temer que fuera cáncer y hasta corrieron rumores de su muerte inminente. Sus más feroces enemigos comenzaron a perdonarle, y hasta la señora Asquith, cuyo marido había caído por las artes de Beaverbrook, escribió que lamentaba algunas de sus fuertes expresiones. Un eminente especialista en enfermedades cancerosas le operó dos veces, sin resultado. Luego le vió un médico portugués. Hubo una nueva operación y Beaverbrook no se murió. Sus enemigos rectificaron su perdón y Mrs. Asquith lamentó su remordimiento.

De su fase hipocóndrica proceden sus instrucciones a los periódicos de su propiedad de que tengan preferencia los artículos y noticias referentes a las curas de enfermedades. «A las gentes les gusta leer esto», afirmaba él, aunque era fácil identificar a la gente con su persona. De todos modos, cuando el asma le obligó a dejar de fumar no parece que intentase emprender una cruzada contra el tabaco. Si hubiese actuado de este modo, su lado comercial se lo habría impedido, pues no puede olvidar que muchos de sus ingresos publicitarios derivan de los anuncios de cigarrillos en sus publicaciones.

No existen grandes sobremesas de fumadores en la casa de Beaverbrook, pero esto no se debe a que él prohíba fumar, como algunos fanáticos enemigos del tabaco, sino a que tan pronto como termina la comida, sus huéspedes son instalados en una confortable sala de proyecciones, donde por razones de seguridad está prohibido fumar. Las mejores películas pueden ser vistas allí. Nunca anuncia los nombres de las películas, con el fin de dar una sorpresa. Beaverbrook siente una especial predilección por las películas del Oeste.

Cuando termina la sesión de cine, comienza la conversación. Los temas de sociedades o las cuestiones filosóficas o abstractas le aburren. Siente apasionamiento por lo concreto, por lo humano, por lo financiero, por los problemas diarios. Pone algunos discos en su gramófono, telefona sus comentarios al periódico, o bien dicta algunos escritos a su magnetofón.

Uno de los axiomas que han dirigido la vida de Beaverbrook es que dinero más cerebro es igual a poder. Estas dos cosas las logró reunir Beaverbrook durante su vida, lo cual no impide que siga constantemente trabajando. Y esto ocurre en primer lugar porque su propia educación formal, falta de amplios recursos intelectuales y de intereses culturales, le ocasionarían un vacío imposible de llenar si paralizaba su incansable actividad. El otro motivo que puede justificar su modo de vivir es que en cierta manera su axioma ha resultado falso, ya que si es verdad que tiene dinero y cerebro, ¿dónde está el poder? En realidad éste se le ha escapado. Si es cierto que ha logrado altos puestos, no ha conseguido el más elevado. De hecho ha fracasado en su intento para influir sobre la opinión pública, tanto entre los sectores dirigentes como sobre los ciudadanos corrientes. Los primeros ven en él una amenaza, y los segundos, aunque compren a millones sus periódicos para distraerse, no siguen los consejos de sus editoriales. Esto hace que su vida sea la historia de un fracaso dentro de una aparente existencia de éxitos.



GRAN ÉXITO

HISTORIA GRAFICA DE ESPAÑA

por el Dr.

RAFAEL BALLESTER ESCALAS

Profesor de Historia

Autor de

«LOS ENIGMAS DE LA HISTORIA»

Edición magníficamente ilustrada con profusión de grabados sobre papel couché, heliograbados y láminas a todo color, reproducción de los más famosos cuadros de Historia, monumentos, obras de arte, mapas, etc.

Se vende por fascículos al precio popular de

10 PESETAS cada fascículo

De venta en todas las librerías y puestos de venta de publicaciones de España

Solicite información de su librero o proveedor habitual o bien remitiendo el boletín adjunto a los editores

AYMA, Sociedad Anónima Editora
Travesera Gracia, 64. — BARCELONA
Sírvanse remitirme información, sin gastos
ni compromiso alguno de mi parte, sobre
su obra

HISTORIA GRAFICA DE ESPAÑA

Nombre

Señas

..... Firma



¿Es añejo? si señor
 y por ser GONZALEZ BYASS
 es algo más todavía
 ¿algo más?
 ¡¡¡Que es el mejor!!!
 Solera



BRANDY
SOBERANO

GONZALEZ

BYASS

"RASGO" PUBLICIDAD · FRANCISCO ROJAS, 6 · MADRID

GREGORIO SANCHEZ TUVO TRES OFICIOS ANTES DE SER TORERO



SEIS AÑOS DE LUCHA DESCONOCIDA

Un matador de toros que todavía no tiene automóvil propio; que vive con su hermana en la misma casa donde empezara su camino y que viste hábito de Medinaceli en cumplimiento de una promesa



Uno de los primeros triunfos de Gregorio Sánchez fué en Las Navas del Marqués, el año 1949. De entonces es esta fotografía

QUIZA sea en el mundo de la torería, antes que en parte alguna, donde se dan más acusadas las dos fuerzas antagónicas que conducen a la finalidad del triunfo: el camino de la facilidad, de la llaneza, del todo tenerlo resuelto, y el camino de la lucha, de la desgracia, de la dureza, del todo tener que hacérselo por la propia mano, por la propia voluntad.

Mayo es un mes, en todas las Españas, de florido y de perfumado, que pareciera que todo el que en él naciese tendría el camino de la vida, de blando y de suave, como los mismos rosales salteados por los jardines.

Eso pareciera.

El día 9 de mayo de 1930 es un día clarísimo, un día perfumado, un expreso día de primavera. Ello se comprobó, mejor que nada, en el toledano campo de Santa Ollalla, pueblo de la provincia. Allá, en la carretera general de Badajoz, a 30 kilómetros de Talavera, está la casa modesta de la familia de Anselmo Lozano. En la estrechísima casa acaba de nacer otro hijo, el décimosegundo hijo de la familia, que llevará por

nombres Gregorio, por apellidos Lozano Sánchez, por destino la lucha dura, por gloria torera la trasfugación del apellido primero.

De los doce hermanos, solo quedan—los demás ríen desde las alturas—dos hermanas: Asunción y Julia, que serán cuidio y norte del recién venido.

La imagen del campo castellano, límpida, ascética y solitaria, va creciendo en las imaginaciones de aquel niño moreno, delgado,

tenso y duro, como forjado en los mismos aceros que las espadas del Tajo.

Ha estallado la guerra. Por los campos de Toledo, las familias buscan cobijo. Anselmo Lozano se viene, con sus pequeños, a Madrid. La primera casa—una casa que todavía dura—está en la calle Regalada, en el número 7, por el Pacífico, en el Puente de Vallecas.



Gregorio, un chaval con afición, se hizo así torero

Un día le traen al padre la noticia:

—Padre, nos vamos con un colegio, evacuados a Mataró.

Era 1937.

Un año justo están los tres pequeños en la ciudad catalana. El padre se los ha traído otra vez con él.

Termina la guerra. Ha muerto el padre; sólo quedan, de la familia, tres Lozano Sánchez: Asunción, Julia y Gregorio.

La edad de la escuela, la verdad, es la que está presente en el menor, en el único varón de la familia. Y vuelve otra vez al colegio de Mataró.

Hasta que el crecimiento de los días, permite el certificado de la escolaridad.

PINTOR, SOLDADOR Y ALBAÑIL: TRES OFICIOS PARA EMPEZAR

Quince, dieciséis años. Madrid otra vez. Se ha casado su hermana Julia, única ya, porque Asunción, la otra hermana, les ha abandonado para siempre.

No se piensa todavía en el toro, porque lo primero que hay que pensar es en trabajar.

Julían Andrés Rico es el cuñado de Gregorio. Por su peluquería va a servirse el señor Cotarelo, encargado general de Somiers Numancia.

—Hoy tengo que pedirle a usted un favor.

—Usted dirá, Julian.

—Quiero que, si es posible, me coloque al hermano pequeño de mi mujer.

—Que vaya por la fábrica y pregunte por mí.

La fábrica de Somiers Numancia adquirió desde entonces un nuevo pintor, primero, y soldador, después. El señor Cotarelo tuvo palabra.

Cinco pesetas, la verdad, como jornal, no eran capital suficiente para hacer muchos gastos.

Pero cinco pesetas dieron, entonces, dimensión suficiente para asistir por vez primera a una corrida de toros. Plaza, Madrid; localidad, andanada del tendido cinco; sol puro, altura pura. En el ruedo, Pepe Bienvenida, Morenito de Talavera y Luis Miguel Dominguín; reses de don Rogelio Miguel del Corral.

Gregorio Sánchez salió como el niño que descubre un mundo mágico de las maravillas: absorto. Todavía se acuerda; y se acuerda de que lo vio todo tan fácil, tan fácil, que quiso, sin más, ser torero.

Los constructores Sacristán son de Santa Olalla, del mismo lugar en que naciera Gregorio. A uno de los hermanos, a Juan Sacristán, le conoce un cuñado de Gregorio.

—Don Juan, ¿podría usted colocar a mi cuñado?

Juan Sacristán se llevó de peón albañil a su paisano. Y con él, Gregorio inauguró la profesión constructiva con un nuevo Sanatorio en Vallecas, la siguió en Sevilla con la obra de un cuartel, y la continuó en Madrid con todos los contratos de la casa en que trabajaba.

Pero por dentro, más que el flujo del dinero, a Gregorio le rebullía aquella facilidad con que Pepe Bienvenida llevaba los toros al piquero, aquella limpieza con que Morenito de Talavera quebraba los pares de banderillas,

aquella elegancia de los derechos del menor de la dinastía de los Dominguines.

Y un día, sin más lo decidió: —A capeas.

Gregorio Sánchez entonces todavía Gregorio Lozano Sánchez, se marcha a Fuenlabrada. Y en la capea, con muleta de un trozo de saco viejo, Gregorio dió los primeros pasos de su vida. Le escena se volvería a repetir, más tarde, en Mejorada del Campo y en Pinto. Y aquí, el muchacho toledano estuvo tan bien, tan bien, que le salieron contratadas—los gastos nada más—dos novilladas en Valdemoro.

Resultado: lucha, ánimo y un puntazo en la muñeca: el primero.

DESAPARECE EL APELLIDO PRIMERO

Así como en las Matemáticas hay un binomio famoso, el de Newton, en la torería hay otro imprescindible: torero-apoderado. Saber desarrollar en ambas ciencias, la expresión es difícil, tiene su arte, y el que lo hace, aprueba.

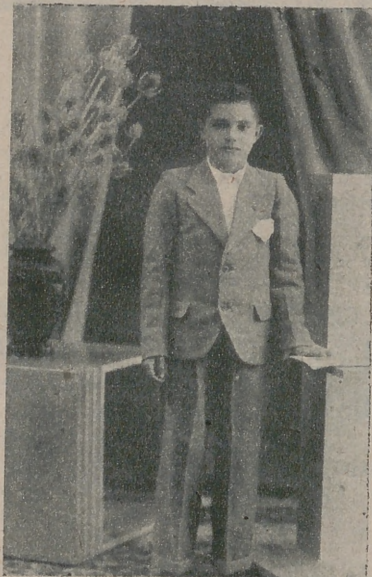
Gregorio está toreando en Pinto, nisqueira de luces, ni siquiera de corto: camisilla blanca y pantalón ajustado, alparazas. Pero allí le vió Máximo Robledo, una especie de bíblico patriarca del toreo. Máximo Robledo, ordenanza de la estación del Norte, ha tenido, tiene y tendrá esa indefinible sensación del descubrimiento, de descubrir un torero, de ser el que inicie los pasos de una gran figura de las artes taurinas.

—Muchacho, ¿quieres que te apodere? El domingo que viene toreas en Valdemoro.

La primera palabra, la primera respuesta.

—Además, te vas a cambiar el nombre; en vez de Gregorio Lozano, llámate Gregorio Sánchez. Así, no te confundirán.

Para ser apoderado, además de que el torero sea bueno, hace falta también tener conocimientos. Y los conocimientos de Máximo Robledo no pasaban de diez a doce lugares de capeas.



Este hombreito de siete años era Gregorio Lozano Sánchez

Sin embargo, el muchacho no se arredra. Y tanto no se arredra, que consigue cuatro o cinco novilladas entre agosto y septiembre, mes de las ferias. Dos, seguidas, en Sotillo de la Adrada.

Gregorio tenía dieciséis años, Sigue el oficio; no el de matador de novillos, sino el de albañil. Pero la estrella de la esperanza no se apaga, tiene luz propia

Capea va, capea viene; novilladas con toros cornalones y enrasabiados como sementeras de tragedias.

De Cuevas del Valle llega la cuadrilla de torear una novillada. En la estación del tren, tumbados sobre los capotes, dormitan los torerillos. La Policía no tuvo más remedio que detenerlos, porque no llevaban documentación.

Máximo Robledo le sacó del apuro. Otra vez el binomio taurino encontró, por fortuna, su exacto coeficiente.

SEIS AÑOS DE LUCHA DESCONOCIDA

Benito Suárez Merino, hoy mozo de espadas de José Ramón Tierra, era, por el año 1947, banderillero suelto, de esos que están a disposición de los matadores que necesitan sus servicios.

Un día le habló a Gregorio: —Oye, te voy a presentar a Rafael Torres, un señor que tiene mucha influencia con las Empresas.

—Cuando tú lo dices. Se rescindió, de buena manera, la anterior poderanería; se inauguró, de mejor manera, la nueva dirección de los negocios.

Rafael Torres, pues, le da la primera noticia:

—El 16 toreas, de sobresaliente, en Cadalso de los Vidrios, con Manolo Carmona.

Gregorio fué a casa de Jacinto Jiménez a alquilarse un traje de luces. Un traje que no fuera clarito; un traje sufrido y barato.

—¿Te gusta este negro?

—Qué más da...

En Cadalso de los Vidrios le pasearon a hombros.

Pero la afición al toro no da, todavía, para abandonar el oficio. Y Gregorio Sánchez, Gregorio Lozano para los compañeros, sigue, semana a semana, en el tajo.

Después de lo de Cadalso, Gregorio Sánchez va a su tierra, a Oropesa. Allí mata dos novillos en un espectáculo cómico son el Tío Caracas; tío por partida doble, por el apodo y por el parentesco.

De 1947, agosto, a 1953, abril, van nada menos que seis años. Seis años—el servicio militar en medio, bajo el mando directo del capitán Valcárcel, del batallón de Transmisiones de El Pardo, un padre más que un capitán—de lucha innominada, de brega oscura, de novillada sin nombre, de capea sin agradecimiento. Seis años de batallas vividas en compañía de su cuñado, hoy mozo de espadas, sabiendo el sinsabor del olvido, de la suerte que no llega, del hurtar el cuerpo a la cornamenta de los encierros de las ferias pueblerinas.

Juan Ruiz es Empresa en Guadalajara. Ya había toreado Gregorio allí, en aquella plaza, dos novilladas sin picadores; dos novilladas con salida a hombros por el paseo de las Cruces, calle Mayor abajo, hasta el hotel. Y Juan

Ruiz experto catador de esencias taurómacas, da a Gregorio Sánchez la primera novillada con caballos que torearía el diestro toledano. Seis novillos de Luciano Cobaleda, para Morenito de Córdoba, Manolo Sevilla y Gregorio Sánchez. Un buen cartel.

Si hay un corazón sufrido, un corazón sacrificado, un corazón generoso, ése es el de Gregorio. Un amigo le ha pedido que vaya a ayudarle a una novillada a un pueblo de cerca de la alcarreña capital. Hace dos meses que Gregorio acaba de torear con caballos en la ciudad del Henares.

—Te pagaremos el desplazamiento.

Gregorio se ha ido sin dinero, porque aún no se cobran partidas importantes en los contratos.

Se ha toreado la novillada y ha llegado la hora de volver.

Gregorio Sánchez no ha recibido dinero alguno.

—No lo hay.

Gregorio Sánchez, por no pedir nada a nadie, se ha venido andando—sesenta kilómetros seguidos—desde Guadalajara a Madrid. Ha tenido después que guardar cama, porque ha traído los pies ensangrentados.

UNA NOVIA, POR UNA COGIDA

Gregorio Sánchez no sabe lo que es un tentadero, lo que es una invitación para una finca particular. Pero un día, un amigo le ha dicho:

—Vete a Sepúlveda de Yeltes, a Salamanca, a esta ganadería, pregunta por este señor, de mi parte, y te dejarán torear.

Allí están Jumillano y Montero. Y con ellos, don Lucinio Cuesta, apoderado del albaceteño.

Gregorio Sánchez se ha presentado.

—Me manda tal señor, y vengo a que me dejen ustedes torear, si puede ser.

Don Lucinio Cuesta se ha opuesto rotundamente:

—Aquí no torea más que el que yo quiera.

Gregorio Sánchez se ha vuelto, llorando, para Madrid. En su interior ha jurado no volver a Salamanca hasta no ser una figura del toreo.

Gregorio Sánchez ya puede hoy volver al campo charro, por merecimiento conseguido.

Ello ocurrió en el invierno que va de 1953 a 1954.

El binomio de que hablamos va a ser nuevamente renovado. Rafael Torres deja a Gregorio Sánchez o viceversa. Fué en Nimes donde el pobre Macareno, que gloria haya, le puso en contacto con Juan Ramos para nuevo apoderamiento. Y Juan Ramos, como operación primera, le contrata una novillada en Orán. Gregorio Sánchez inaugura sus particulares espacios con un viaje aéreo Madrid-Melilla. Y en Orán arma el alboroto.

Novillada va, novillada viene; unas veces, plaza buena; otras, peor.

Por fin, Madrid: 8 de agosto de 1954. Compañeros, Luis Díez y José Rivas. Pierde orejas por la espada.

Pero hay clase honda, clase sincera, clase castellana en su toreo. Y Gregorio Sánchez—ya no es Gregorio Lozano, que los tiempos, por fortuna, van cambiando



Gregorio, a los quince años, en Sevilla

para mejor—torea cinco novilladas en Madrid.

Hasta el 19 de septiembre. Carlos Núñez había enviado un toro que en los corrales se dejaba acariciar y le daban de comer en la mano, de puro bueno que era. Todos los periódicos dijeron su nombre: «Zahorí». El 19 de septiembre de 1954, «Zahorí» entra en sorteo en una novillada. El espada fué Gregorio Sánchez. Pero «Zahorí» salió tan desganado, tan inocente, tan manso para la lidia, que la presidencia no tuvo más remedio que ordenar su vuelta a los corrales. Allá salió en su sitio un sobrero de Soto Gutiérrez, desgarrado, veleta, descarado. Al dar un muletazo, el sobrero se quedó en el centro de la suerte; Gregorio Sánchez se ha ido, y no por su pie, para la enfermería.

Al Sanatorio de Toreros va una visita: Felicidad Frías, una vecina de su pueblo. Con ella, su hija Amparito.

—¿Qué tal, Gregorio?

—¿Qué tal...?

—Vaya, los toros.

Se habló de muchas cosas, del pueblo, de la vida.

Los duendes, que saben leer los mudos mensajes que se transmiten por los espacios, acertaron a descifrar uno: el de la mutua simpatía.

Mayo de cualquier año es un buen mes para torear festivales, sobre todo si son para elevar altares a la Virgen, Madre de los toreros. Gregorio Sánchez ha ido a Santa Olalla, su pueblo, a matar, él solo, dos novillos, en beneficio de la iglesia: tres mil duros obtuvo el señor cura para la parroquia.

En la particular vida del matador, eso fué lo de menos.

Por la calle se han saludado:

—Hola, Amparito.

—Hola, Gregorio.

Y han hablado de cosas vagas, inconcretas, primero; más personales, más limitadas, después. Han ballado, han paseado. Gregorio Sánchez ha estado tres días más de lo previsto.

Gregorio Sánchez ha sacado novía.

Gregorio Sánchez ha dado por bien recibida aquella cornada.

EL NOVILLO QUE NO QUISO TOREAR CHAMACO

Marzo de 1955. Madrid inauguró la temporada con Antonio León, Gregorio Sánchez y El Greco. Un toro de Cobaleda le rompió dos dientes.

Pero Gregorio Sánchez ya está en el camino. Por lo menos, en la mitad del camino. Se han quedado atrás los días amargos, los días asperos de las capeas.

El 16 de abril, la plaza de toros de Marsella es inaugurada por tres novilleros españoles: Paco Corpas, Gregorio Sánchez y El Tino. Al día siguiente, Nimes va a ver torear también a Gregorio Sánchez, y con él, a Chamaco y a El Turia.

Por la mañana es el apartado. A Chamaco le ha tocado un toro con muchos pitones. Pepe Camará ha hablado con Juan Ramos:

—Si Gregorio quiere matar ese novillo, tiene el debut en Barcelona, el domingo que viene.

Juan Ramos habla con Gregorio.

—Eso, ni se pregunta. Sin orejas se va a quedar.

El 15 de mayo de 1955 Gregorio Sánchez hace el paseillo en el ruedo barcelonés con el vestido azul pavo y oro que estrenara en Nimes; el primer vestido, por fin, de su única y auténtica propiedad. Juanito Jiménez fué el maestro que se lo cortó.

El novillo cornalón de Nimes se fué al desolladero sin las orejas; el novillo de Barcelona ha repetido, para bien, la costumbre. Los dos hombres, torero y apoderado, Gregorio Sánchez y José Flores, cada uno en su papel, cumplieron su palabra.

Ya estamos a mucho más de la mitad del camino.

Pero todos los senderos tienen sus revueltas. Está la temporada, para Gregorio, de buena, superior. Y Juan Ramos, por lo visto, no le tiene, en las alturas de agosto, preparada ninguna corrida, todavía, para septiembre. Gregorio



El día que mató su primer toro en Cadalso de los Vidrios



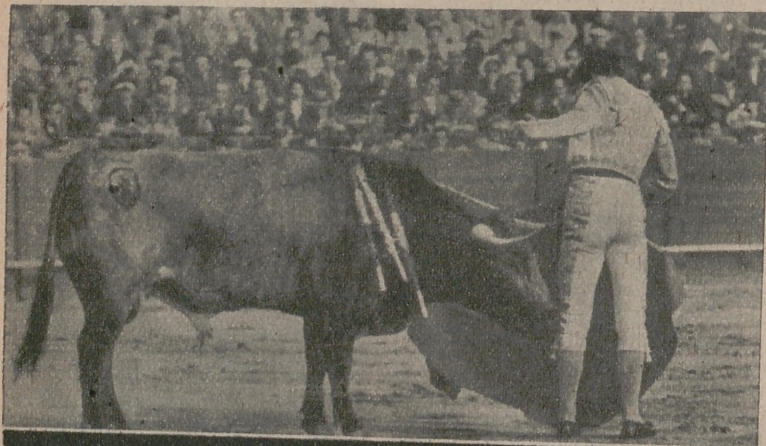
Con su hermana y su cuñado, paseando por Madrid



El torero y su novia, Amparito Galán

Sánchez, la verdad, no está contento.

El 30 de agosto es la feria de Linares, fecha de aniversario, porque allí murió un astro de la totería. Hay corrida de novillos: Paco Corpas, Gregorio Sánchez y Juan Antonio Romero.



Toreando en Sevilla el día de su alternativa, el 1 de abril de 1956. Esta tarde sufrió una grave cogida

Nunca toreó Gregorio Sánchez tan bien, tan maestro, como explicando la facilidad que él soñara en aquella su primera corrida que viera en la plaza de Madrid. Por las calles va Gregorio Sánchez a hombros de la afición; una afición que no recuerda, en las centurias, cosa semejante.

Ha presenciado la corrida don Emilio Fernández, apoderado de Juan Antonio Romero.

El binomio, otra vez, ha encontrado nuevo segundo término. Don Emilio Fernández es el último apoderado del novillero de Toledo

DE REY MAGO POR LAS CALLES DE SEVILLA

Qué distinto el invierno de 1955 que va para 1956 de aquel invierno de 1953, cuando don Lucinio Cuesta le negara al muchacho el pan y la sal del toreo.

Este invierno, Gregorio Sánchez novilleor todavía se lo ha pasado invitado por derecho, en las fincas andaluzas: Villar Vega, Domecq, Juan Belmonte...

Gregorio Sánchez había toreado el festival que todos los años, en otoño, organiza el Ateneo sevillano para repartir juguetes a los niños necesitados. Gregorio Sánchez se ha vestido de Rey amarillo, de Rey Gaspar, y montado en una carroza, se ha ido a repartir juguetes a los niños de los asilos.

—Gracias, señor Rey Mago, muchas gracias.

Gregorio Sánchez ha cambiado gustosísimo todos los triunfos de los redondeles por los puros triunfos de la inocencia y de las ilusiones.

Empieza la temporada de 1956 en Málaga. Cartel repetido al domingo siguiente: Manolo Segura, Antonio Vega y él. Oreja. De camino a Castellón, don Emilio Fernández habla con Gregorio:

—Ya sabes que tienes contratada la alternativa en Sevilla. ¿Quieres torear la despedida de novillero en Madrid?

—Con mucho gusto.

La gente decía que estaban locos.

La gente eso decía. Pero Gregorio Sánchez, el 11 de marzo de 1956, toros de Alvaro Domecq, Ruperto de los Reyes y Manolo Segura en el portón de las cuadrillas, va en volandas calle de Alcalá arriba, después de haber cortado tres orejas y dado cuatro vueltas al ruedo. Y pasada Barcelona, a Toledo, antes de la alter-

nativa: Antonio Vera y Peláez, novillos de Curro Chica. Cuatro orejas, a hombros por las calles. Sus paisanos le aclamaron como a un héroe de las mitologías.

A HOMBROS, EN LA CORRIDA DE LA PRENSA

1 de abril, en Sevilla. Naranjos en flor, azahar, alélie, claveles en los jardines. En la Maestranza, alternativa de tronio: Antonio Bienvenida, padrino; Gregorio Sánchez, ahijado; Joseíto Huerta, testigo.

El toro «Barquillero», número 1, de Santa Coloma, es un cárdeno recortado y traicionero. Gregorio Sánchez le ha dado tres pases de muleta. Al iniciar el cuarto, «Barquillero» está muy cruzado; «Barquillero» ha alargado el cuello y ha oído la taleguilla del matador; «Barquillero» se ha llevado, en su pitón derecho, sangre de Gregorio Sánchez. Una cornada grave, que ha lesionado, incluso, el ciático.

Llega la Feria de Sevilla. Gregorio Sánchez tiene firmada la corrida de los miura. Aun no está totalmente restablecido. Pero el torero castellano se ha ido a la Venta de Antequera, ha contemplado la corrida allí encerrada, y ha dicho, firmemente:

—Yo toreo los miura.

Una hombrada que pudo tener consecuencias trágicas. El nervio ciático no dejó al lidiador poner en juego la potencia de las fuerzas naturales.

Gregorio Sánchez ha tenido que estar, otra vez, veinte días en la cama.

Poco a poco, el torero se va recuperando, aunque haya veces, como en Cáceres, que se cae delante mismo de la cara del toro, porque la pierna no le ha respondido.

Ha llegado, con el mes de junio, la hora de confirmar la alternativa. Corrida de lujo en Madrid, la del Montepío de Policía: César Girón, Alfonso Merino y el nuevo doctor. Después, la de la Prensa: Antonio Bienvenida, Manolo Vázquez y Gregorio Sánchez.

Ha salido a la arena el sexto toro. Gregorio Sánchez, de blanco y oro—ya puede usar vestidos pálidos, porque, aunque se manchen, hay dinero para limpiarlos—, ha hecho la faena más clásica, más ideal, más entera, que se presencia en la temporada. La mano izquierda, dueña y señora de la tauromaquia, ha dictado, palabra por palabra, las encendidas frases del discurso. Gregorio Sánchez se ha ido, otra vez, puerta grande abierta. Alcalá arriba, hasta Manuel Becerra, a hombros de la afición.

Gregorio Sánchez ya es figura del toreo, como deseara en Salamanca; ya no tiene que preocuparse de dormir en las estaciones de torear con un pedazo de saco viejo atado a la mitad de una rama de olivo; Gregorio Sánchez ya es matador de toros.

Un matador de toros que todavía no tiene automóvil propio; que todavía vive, con su hermana, en la misma casa donde empezó su camino; que tiene novia para casarse; que viste hábito de Jesús de Medinaceli, en cumplimiento de una promesa; un matador de toros, en fin, que es un hombre. Nuestra mano.

José María DELEYTO

CLARA BOOTHE LUCE, UNA MUJER CON TEMPLE DE ACERO

Sus enemigos han tejido una complicada red de infundios para envolver el limpio prestigio de la embajadora de los EE. UU. en Roma

LAS CAUSAS DE SU 'AGOTAMIENTO ROMANO'

DI A día se iba muriendo Clara Boothe Luce, embajadora en Roma de los Estados Unidos de América. Su figura frágil, su rostro de cabellos vaporosos y sonrisa a lo Mary Pickford perdían la vitalidad. Ya no llameaban sus ojos azules, obstinadamente cándidos. Era una mujer postrada en su residencia oficial de Villa Taverna, sin fuerzas apenas para salir del dormitorio amplio y aireado, de 50 metros cuadrados de superficie y cuatro grandes ventanales.

Desde el año 1953, en que fué nombrada por Eisenhower para representar a su país ante el Quirinal, más de la mitad de ese tiempo sufrió continuas indisposiciones, que ningún médico acertaba a catalogar. Para unos, Clara Boothe padecía anemia y un agudo desarreglo nervioso. La extraña enfermedad afectaba a los dientes y cabellos de la paciente. Cada vez que ésta tenía que realizar algún esfuerzo, las energías le faltaban. «Agotamiento romano», solía decir la embajadora al hablar de sus males, cuyos síntomas son frecuentes en muchos turistas que visitan la capital de Italia. Náuseas y mareos vinieron después.

Creció la alarma con ocasión de un Festival cinematográfico de Venecia. Un representante extranjero invitó a la embajadora a bailar un vals en una recepción y la delicada figura de Clara Boothe se quebró, se dobló desmayada como la heroína romántica de una novela de Lamartine. Sus piernas, «los dos más bonitas piernas de Norteamérica... después de las de Marlene Dietrich»,



Clara Boothe Luce asiste en Asís a una ceremonia celebrada con motivo del VII centenario de la muerte de Santa Clara

al decir de la Prensa de Estados Unidos, se negaban a sostenerla.

El verano de 1954 hubo de regresar a su patria a fin de someterse a un detenido reconocimiento médico en un hospital de Nueva York. El diagnóstico no fué concluyente, pero al cabo de los dos meses la embajadora recobró la salud: el cutis de su rostro lució nuevamente su clara transparencia y sus ojos azules, la limpia mirada. Clara Boothe Luce

volvía a ser la misma mujer de siempre, con aspecto frágil, pero con temple de acero. En Roma de nuevo, la misteriosa enfermedad reapareció; no obstante, habría de pasar todavía largo tiempo hasta que se diese a conocer origen y causa de la dolencia.

Desde que el mundo ha sabido los pormenores del mal que sufría Clara Boothe, la vida de ésta, una existencia que recuerda las dichas y desdichas de la Ca-



Campeñas italianas obsequian a la embajadora norteamericana con un antiguo rosario, valiosa obra de artesanía



Esta foto nos muestra a la señora Luce en Viena asistiendo a la inauguración de la Ópera, reconstruida después de la guerra

nicienta del cuento, se ha visto relacionada con los misterios y los secretos de un pasaje digno del relato de Conan D'yle. Intriga y fábula han contribuido a hacer de la enfermedad de la embajadora la más novelesca de los últimos tiempos.

EL «MARINERO JONES», ENVENENADO CON ARSÉNICO

A poco de hallarse en Villa Taverna, tras los dos meses de convalecencia en Estados Unidos, se agravaron los síntomas de la enfermedad. Las uñas de Clara Boothe se volvieron quebradizas y se rompían al más leve contacto. El tinte rubio de sus cabellos se transformaba en un color sin brillo y los dientes se caían, graves males éstos para cualquier persona y más aún para una embajadora. La activa y dinámica representante de Estados Unidos se veía obligada a guardar cama, sin que el reposo representara ninguna mejoría.

Su marido, el alto personal de la Embajada, tomaron cartas en el asunto e hicieron ver la necesidad de someterse a una rigurosa exploración médica. Corrían los últimos meses del año 1954 y ante la imposibilidad de abandonar los asuntos diplomáticos, Clara Boothe acudió a un hospital de la Armada de Estados Unidos, instalado en Nápoles. Los facultativos comprobaron que los efectos de la misteriosa dolencia se habían agudizado después de los análisis hechos en Norteamérica. Las encías y la mucosa bucal se hallaban muy inflamadas. Por vez primera, se hacía esta pregunta a Clara Boothe:

—Señora, ¿ha tomado alguna medicina que contenga arsénico?

—Que yo sepa, ninguna...

Semanas después la embajadora daba a conocer a un agente de los Servicios de Investigación las sospechas del doctor. No se tardó en adoptar una eficaz medida, rodeada del mayor secreto. Los análisis realizados en Nápoles se enviaron urgentemente al Hospital Naval de Bethesda, en Estados Unidos. Esos análisis se atribuían a un supuesto marinero enfermo, designado por el nombre de Jones.

El informe de América llegó en seguida. El veredicto era concluyente. «el marinero Jones es víctima de un envenenamiento producido por arsénico».

Clara Boothe decidió guardar el secreto de sus males a fin de evitar el clamor de la Prensa mundial. Agentes secretos norteamericanos entraron en acción y todos los empleados de la Embajada fueron sometidos a una estrecha vigilancia sin que ninguno de ellos sospechara nada. Mientras tanto, Clara Boothe iba perdiendo gradualmente sus energías. Un cuerpo agotado era el de la embajadora, bajo el maravilloso artesanado de su alcoba de Villa Taverna, con flores renacentistas. Por estos días hace un año que las miradas de todos los que rodeaban a la ilustre enferma se clavaron en las graciosas florecillas del «plafón» del dormitorio. Y aquí empieza a revelarse el misterio.

LA CLAVE EN LOS ARTE- TESONADOS DE VILLA TAVERNA

Clara Boothe, en las largas horas que yacía en el lecho, entretenía su mirada en los arabescos artísticos del techo y comprobó que numerosas partículas de pintura se desprendían de él. El fenómeno se hacía más evidente

cuando los criados de la casa, cuyas habitaciones ocupaban el piso superior de la alcoba, empezaban a trabajar y a pisar fuerte.

Otra sospecha vino en apoyo de la anterior observación. La enferma había notado que el café que tomaba al desayuno dejaba un sabor amargo y metálico en el paladar. Creyendo en un principio que el fenómeno era producido por la falta de pericia de la servidumbre al hacer la infusión, Clara Boothe resolvió prepararse ella misma el bravaje, por medio de una cafetera instalada en el dormitorio. Pero el mismo sabor amargo persistía.

La tercera observación que vino a dar con la clave del misterio fué que la enferma se sentía peor por las mañanas; los síntomas eran más agudos después de pasar muchas horas en el dormitorio. Más indicios fueron registrados después, coincidentes todos ellos. En la alcoba había un tocadiscos que dejó de funcionar. Entregado a un técnico para su reparación, éste dió a conocer que la avería se produjo por haberse acumulado polvo y partículas de pintura del techo en los engranajes de la maquinaria, lo que impedía el régimen normal de revoluciones del platillo. Tantas circunstancias hicieron que los agentes de investigación se dedicaran a reconocer detenidamente la alcoba de la embajadora. Hallaron partículas blanquecinas de la pintura del techo en los cortinajes, en los cosméticos del tocador, en las rendijas y hendiduras de los muebles. Análisis de laboratorio dieron por resultado la presencia de elevadas concentraciones de arsénico, desprendido de las rosas renacentistas del techo del dormitorio. Más aún: la humedad del clima romano provocaba la formación de vapores venenosos al atacar la pintura.

Como resumen de la investigación se daba por probado que durante veinte meses la atractiva embajadora de Estados Unidos en Roma había vivido en un ambiente saturado de vapores nocivos que había comido y bebido, día tras día, alimentos y líquidos cargados de arsénico. Esa y no otras eran las causas de la agonía lenta de Clara Boothe.

SONRISAS EN LA EM- BAJADA DE ESTADOS UNIDOS

En líneas generales, tal es el relato de los hechos publicado por la revista americana «Time», propiedad del magnate de la Prensa, Henry Luce, esposo de la embajadora. Según esta versión oficiosa, el secreto se ha guardado durante un año, pero al final ha sido imposible mantenerlo más tiempo. Parece ser que se comentó el suceso por vez primera en una reunión celebrada en una localidad de Connecticut. Luego se habló de ello en una base militar establecida en Texas. Según la revista «Time», Clara Boothe ha estado sometida a un tratamiento hasta el pasado mes de mayo. Y ahora, para poner punto final a la convalecencia, la embajadora se halla navegando por las azules aguas del Mediterráneo, a bordo del

yate del armador griego Niarkos. Mientras la ilustre dama tonifica sus nervios con la templada brisa del mar, una viva polémica se ha suscitado en la Prensa mundial. Puestos en un platillo de la balanza los argumentos favorables a esa versión de «Time» y en el otro los que rechazan la verosimilitud de aquéllos, el fiel se inclina decididamente del sector que niega la veracidad de tales pruebas. Para la mayoría de los comentaristas, la historia policíaca urdida por el periódico norteamericano no pasa de ser eso: una fábula sin viso alguno de realidad.

En Roma nadie en las esferas oficiales lo cree. Ni siquiera en la misma Embajada de los Estados Unidos ocultan una sonrisa irónica. Si el descubrimiento tuvo lugar hace un año y el secreto se ha conservado hasta hoy, ¿podría decir alguien cuáles fueron los motivos reales de la reserva? Si en verdad el envenenamiento de la embajadora se produjo según la versión de «Time», mejor hubiera sido anunciarlo a tiempo, evitando así tantas y tantas leyendas como han circulado sobre la «enfermedad diplomática» de Clara Boothe, que al decir de las gentes pretendía ocultar su retirada de la vida política por divergencias con el Gobierno italiano. Esos rumores sirvieron de pretexto a socialistas y comunistas para lanzar contra la representante de los Estados Unidos ataques más venenosos aún que las partículas de pintura que se desprendían de las flores de Villa Taverna.

El golpe de gracia contra la versión de «Time» ha sido dado por el profesor Genin, director del Instituto de Medicina Legal de Roma y especialista en toxicología. Según esta alta autoridad en la materia, en veinticinco años de vida profesional jamás ha tomado contacto con un caso semejante al de la embajadora. Tal y como pregonan las estadísticas italianas, en el país no se dan envenenamientos por arsénico fuera del par de docenas de intoxicaciones ocurridas entre el personal obrero de algunas fábricas.

El presidente norteamericano de la Asociación de Lacas y Barnices también ha tomado la palabra a fin de emitir su veredicto. Para que una persona se envenene con el arsénico contenido en las pinturas para los interiores del hogar, sería preciso que cada día injiriese varias cucharadas del polvillo que parecía desprenderse del techo de Villa Taverna. El «caso Clara Boothe» ha tenido otra pintoresca repercusión en Estados Unidos: un famoso fabricante de esmaltes y pinturas ha aprovechado la ocasión, cogida por los pelos, para lanzar a la turbulenta corriente propagandística del país un «slogan» oportunista: «Los productos de la Casa X... están elaborados sin arsénico». Y todos los indicios auguran un incremento considerable en las ventas.

LOS PERIODISTAS ROMANOS, EN ACCIÓN

Como en un primer momento todas las verdades o las supues-



La embajadora de los Estados Unidos en Roma, en un acto oficial. Ha impuesto una condecoración de su país al general Aldo Urbani

tas verdades en torno a la enfermedad de Clara Boothe venían elaboradas de Norteamérica, sin dejar echar su cuarto a espadas a los hábiles periodistas romanos, éstos al fin se pusieron en movimiento. Algo tendrían ellos que decir por estar en el lugar de los hechos; alguna información caería en sus cuadernos de notas para no depender en tan apasionante asunto de los telegramas de Nueva York...

El fino instinto de los informadores italianos les puso sobre una buena pista. El «signor» Nicola Pacella, conservador y restaurador durante veinte años de Villa Taverna, podía suministrar

datos interesantes acerca del arsénico utilizado en colorar el artístico dormitorio de la embajadora.

—Conozco bien la alcoba de la señora Boothe. Se trata de una amplia estancia con cuatro ventanales abiertos a dos fachadas. Esta circunstancia excluye toda posibilidad de envenenamiento producido por exhalaciones o por partículas de pintura, ya que el lugar se halla suficientemente aireado y ventilado. Además, se da el caso de que toda la decoración del dormitorio se ha realizado con pintura al temple, que va desprovista de arsénico y de plomo. Coincide también que esos dos sustancias han sido prohibi-



El general Gruenther conversa con la embajadora Clara Boothe Luce durante una de las visitas a Roma como comandante de la SHAEF

das como elementos integrantes de las pinturas hace más de treinta años... Desde entonces no se ha dado un brochazo en esa habitación.

Para el «signor» Pacella, admitir la tesis del envenenamiento de la embajadora tal como lo ha divulgado la Prensa resulta pueril. Una novela policíaca cuyo argumento se basará en los hechos anunciados en Villa Taverna sería rechazada incluso por «bambinos» de seis años... No pasaría de ser un negocio editorial frustrado.

—Si las flores han tenido que ver algo en la intoxicación de la señora embajadora, no han sido precisamente las del techo del dormitorio de Villa Taverna. Los insecticidas empleados al regar las rosas del jardín pueden haber sido los causantes de la enfermedad.

Otro personaje más ha dado su parecer sobre la enfermedad de la embajadora. Su punto de vista es de indudable valor por tratarse del doctor Milton Rosenbulth, médico personal de Clara Boothe.

—No admito que la enfermedad padecida por la embajadora de los Estados Unidos en Roma pueda provenir de un envenenamiento de arsénico. Cuando hace dos meses traté a la paciente, ésta sufría una dolencia de hígado...

LA CENICIENTA SE LLAMA CLARA

Los enemigos de la respetable, inteligente y simpática señora

Clara Boothe Luce, todos ellos del bando y de la cuadrilla de los simpatizantes del comunismo, han tejido una complicada red de infundios para envolver el limpio prestigio de la embajadora. Pero la trayectoria completa de la vida de esta dama la sitúa a salvo de calumnias e infundios.

Como en el popular cuento de la Cenicienta, Clara Boothe tuvo una infancia difícil, humilde y honrada. Su madre, Ann Snyder, estaba casada con un emigrante bávaro, William Boothe, violinista bohemio, el cual abandonó un mal día el hogar conyugal. La señora Snyder afrontó valientemente la adversidad, soñando con que la joven Clara, con su tez lisa y sonrosada y sus cabellos vaporosos, se convertiría en estrella famosa de cine. Por este camino, la pequeña Clara llegó a interpretar un papel en la película «Un buen diablillo» y tuvo otras intervenciones artísticas, como una modesta aparición en Broadway, bajo el seudónimo de Joyce Fair.

En el año 1913, la madre decidió trasladarse con su hija a París. Al declararse la primera guerra mundial, regresan a América y la joven ingresa en un colegio de la ciudad de Tarrytown. Clara no se resigna a esta vida y con 10 dólares en el bolsillo, se va una mañana soleada a Nueva York para ganar fama y dinero. Se emplea en un taller que fabricaba bomboneras, pero la Cenicienta americana no pierde

las esperanzas de un porvenir más brillante. Consigue ingresar en una escuela de arte dramático, soñando siempre con hacer una destacada carrera teatral.

En esa escuela se seguía el sistema de llevar al alumno al escenario y comunicarle bruscamente la idea de una situación para interpretarla al instante. No se sabe si hubo error o malicia. Pero el caso es que se encargó a Clara la «dramatización» siguiente: «Usted es un hombre de las cavernas que no ha comido durante ocho días y trata de matar una bestia salvaje para llevar la carne a sus pequeños...». No era este papel apropiado para la delicada figura de Clara y la prueba resultó un fracaso.

El encuentro con el «príncipe» se va a producir muy pronto. De nuevo, viaje a Europa en 1919 y al volver a su patria poco después, encuentra al galán soñado, bajo los ropajes de un acaudalado «businessman», de un rico hombre de negocios. Y se celebra la boda.

Si el cuento de Perrault concluye cuando el Príncipe pide la mano de la Cenicienta, la heroína de esta verídica historia no admite como final la conquista de una regalada posición, gracias a un matrimonio rico. Se trata de otra cosa más que añadir ceros a la cuenta bancaria, se trata de satisfacer una personalidad siempre inquieta, siempre en busca de ella misma y siempre huyéndose. El periodis-

¡HAGA PRODUCIR SU DINERO!

LA CAJA POSTAL DE AHORROS

con la GARANTIA DEL ESTADO

le ofrecemos intereses hasta el 3 por 100

OFICINA CENTRAL:

AVDA. DE CALVO SOTELLO, 9

SUCURSALES EN MADRID:

Jorge Juan, 20.

Luis Vives, 12.

García Morato, 171.

Mejía Lequerica, 7.

C.ª San Francisco, 17.

Diego de León, 2.

Santa Isabel, 57.

Serrano Jover, 11.

Hermosilla, 103.

Fuencarral, 132.

P.º Extremadura, 122.

Magdalena, 12.

Alonso Heredia, 15.

Puerta de Toledo, 3.

Maestro Arco, 2.

Marqués de Vadillo, 2 y 3.

Av. Alfonso XIII esquina plaza del Perú.

Islas Aleutianas, 2 (Peña Grande).

Antonio Arias, 2.

Reintegros a la vista

SIN LIMITACION DE CANTIDAD

en su localidad

Facilidad de reintegros, con una sola cartilla, en todas las administraciones de CORREOS de España

mo atrae a Clara como si lanzara ante sus ojos azules rutilantes destellos. Afila su pluma en publicaciones de cierto relieve y se prepara para más altas empresas.

UNA FOTOGRAFIA EN EL TOCADOR DE LA SEÑORA BOOTHE

Pero Clara experimenta el dolor de divorciarse de su esposo, del abogado George Brokaw, por incompatibilidad de caracteres. Se queda con la hija única del matrimonio, la rubia y alegre Anne, cuyo trágico fin tanto influiría más tarde en la vida de la madre. Se queda con Anne y con una dotación mensual de más de 100.000 pesetas. Una burguesa se hubiera contentado con vivir tranquila, pero el dinero significa muy poco ante los ideales de Clara. Un diablillo imaginario le susurra al oído: «Escribe para el teatro».

Clara Boothe escribe dos obras, que no llegan a representarse. En tanto sigue esperando el triunfo como autora teatral, colabora en las revistas «Vogue» y «Vanity Fair», donde de 40 dólares a la semana pasa a cobrar 620, y al ocupar el puesto de directora de esta última publicación, llega a tener un sueldo anual equivalente a cuatro millones de pesetas.

Su idea fija continúa siendo el teatro. No le aparta de este camino ni el matrimonio que ha contraído el año 1933 con Henry Luce, su actual esposo, fundador de «Time» y propietario además de las revistas «Life» y «Fortune», entre otras. Ha sido una boda entre periodistas, nacido el amor junto a las platinas de los talleres.

Sobre su tocador, Clara Boothe Luce tiene una fotografía de Bernard Shaw, que contempla cada día.

—Si yo pudiera ser el Bernard Shaw americano...

En 1939, Clara va a Londres para estrenar la obra que la consagra. A la representación inaugural asiste el hombre que ha inspirado su vocación dramática.

—Señor Shaw—le dice al final del espectáculo—; sin usted yo no estaría aquí.

La obra se titula «Las mujeres» y se traduce a diez idiomas y se representa en 18 países. Los derechos de autor ascienden a 12 millones de pesetas.

Cuando llega la guerra mundial, Clara se encuentra en Bruselas. En vísperas del bombardeo de esa ciudad, escribe una carta a su marido: «El telón va a levantarse sobre el más grande espectáculo que la humanidad haya visto». Estas cartas, trasladadas a las linotipias, constituyen una de las mejores colecciones de crónicas de guerra escritas por los norteamericanos. Pronto se convierte en la primera periodista del país. A partir de entonces, Clara viaja como corresponsal especial por todo el mundo; visita China, la India, Australia, Africa del Sur, Rusia...

LA «VIUDA POLITICA DEL DOCTOR GOEBBELS»

La política atrae también a la dinámica Clara Boothe. Se ins-

cribe en las filas del partido republicano y se convierte, junto al jefe sindicalista, Lewis, en la primera figura de la oposición a Roosevelt. Poco después, la adversaria del Presidente llega al Capitolio de los Estados Unidos como representante del partido republicano. Con ella el sexo femenino tiene también a su primera representante en la Cámara de Diputados de Washington.

Sus intervenciones en el Parlamento se hacen famosas por la dureza de sus ataques y por el contenido explosivo de sus discursos. Se la llega a llamar «enfant terrible» de la Cámara.

En este tiempo una tragedia se clava en el corazón de la inquebrantable norteamericana. La simpática Anne, la hija de su primer matrimonio, muere en un accidente de automóvil. La crisis que padece Clara Boothe es más grave aún que la sufrida posteriormente con el arsénico de Villa Taverna. Profesaba el protestantismo episcopaliano, pero su alma encontró en aquel trance la verdad. Siguió las predicaciones del padre Fulton J. Shaer, a través de una de las principales cadenas de radio y televisión de los Estados Unidos. Y este sacerdote fué quien adentró a Clara Boothe para recibir el bautismo católico. Se celebró un domingo de cielo azul, del mes de febrero de 1946, en la catedral de San Patricio, de Nueva York. La «mujer más elegante de Estados Unidos», la famosa periodista, la millonaria que había sido Centista, la fogosa diputado republicano, se encuentra a sí misma en el seno de la Iglesia.

Desde entonces reafirma su actitud anticomunista. Tanto es el

el ardor que pone en señalar al mundo el peligro rojo, que es bautizada por el Kremlin como «desconsolada viuda política del doctor Goebbels».

Cuando Eisenhower es proclamado Presidente de los Estados Unidos, uno de sus primeros nombramientos es el de embajador en Roma, a favor de la activa, inteligente, simpática y bella Clara Boothe Luce.

Tras esta novelesca vida de la actual embajadora, surge ahora el capítulo policíaco e intrigante del arsénico del techo renacentista de Villa Taverna. La casación ha sido propicia para los comunistas, que han abierto una campaña de descrédito contra la dama católica. Un derroche de fantasía pone en juego a fin de dar una interpretación malintencionada a los hechos.

Pero la fantasía y la lógica no son bastantes esta vez para dar una solución racional al misterio de Villa Taverna. ¿Por qué «Time», revista propiedad del marido de la embajadora, lanza a los cuatro vientos de la publicidad semejante información sensacionalista? Capítulo es éste en la recta vida de la señora Boothe al que hay que colgar las palabras «Se continuará». Porque nada hay puesto en claro hasta ahora. Tal vez en los venideros días de este verano de clima tan desigual, se dé una explicación convincente. Lo importante ahora es que la delicada figura de la embajadora goza de buena salud, que ha recobrado sus energías y que se reintegra a Villa Taverna, sin la supuesta amenaza de los artesanos renacentistas.

Alfonso BARRA



La señora Luce, cuando fué nombrada embajadora en Roma, posó así ante los fotógrafos de Prensa, con su perrito «The Speaker»

UN ESTUDIO SOBRE EL DESARROLLO ECONOMICO ESPAÑOL

Por Alfredo SANCHEZ-BELLA

LA complejidad de la vida económica plantea cada día problemas de más intrincada y difícil solución. Superada, en cierto modo, la meta de atenuar las fluctuaciones en la actividad económica, gracias a los progresos de la teoría funcional del ciclo, los esfuerzos de los economistas teóricos y prácticos se han encaminado principalmente a estudiar las medidas tendentes a promover el desarrollo económico general, es decir, a satisfacer, en definitiva, la necesidad social de un aumento del nivel de vida.

Si cabe discutir la conveniencia de la planificación para resolver los problemas económicos a corto plazo, es indudable que ésta se impone cuando se trata de tomar medidas a largo plazo como tienen que ser las que pretendan el desarrollo económico de un país. Los problemas que éste implican escapan a la capacidad de previsión de los empresarios que se mueven en un campo de actividad forzosamente limitado.

Todo plan de desarrollo ha de procurar, no sólo el empleo de la totalidad de los recursos, sino su utilización en el lugar más adecuado. De aquí su gran complejidad. Requiere un completo estudio de la estructura económica del país, de los medios con que cabe contar, de la mejor manera de utilizarlos y de los posibles efectos de cualquier medida de política económica sobre la actividad total. Ello exige un estudio coordinado de todos los sectores económicos y de las interrelaciones que les unen, aspecto fundamental si el desarrollo ha de ser equilibrado. Aquí se manifiesta, más que en ningún otro aspecto, la necesidad de planificar.

Tales planes son siempre posibles incluso en los países que fueron mejor dotados por la Naturaleza y que hicieron mejor uso de sus recursos. Los problemas serán distintos, pero el objetivo último es siempre el mismo. En los países supercapitalistas pretenderán hacer desaparecer las disparidades entre ahorro e inversión que dan lugar a lo que Keynes ha llamado, con frase certera, «la pobreza en medio de la abundancia». En los países atrasados tratarán de crear las bases para que el proceso de desarrollo se ponga en marcha y de encauzarlo luego por los caminos más apropiados.

De hecho, los planes de desarrollo se han multiplicado una vez vencidas las dificultades económicas de la última posguerra. Se han enviado Comisiones de estudio a numerosos países subdesarrollados; se han creado, en otros, organismos especiales con esta finalidad y se ha pretendido, en fin, una acción internacional concertada, puesto que de interés económico mundial es el desarrollo de las zonas atrasadas y con la colaboración de los países más desarrollados ha de realizarse el proceso que les haga salir de su situación.

Ningún plan se había hecho en España en este sentido y, sin embargo, nuestro país tiene evidente necesidad de desarrollar su economía. Este desarrollo ha de ser equilibrado y total si se desean evitar serias perturbaciones y problemas de nuestra actividad económica. Esta es la finalidad que trata de conseguir el estudio que realiza el Instituto Iberoamericano de Cooperación Económica, filial del Instituto de Cultura Hispánica, con la colaboración de un grupo de economistas y técnicos profundamente preocupados

por los problemas económicos de nuestra Patria.

Nuestros recursos naturales, aunque no muy ricos y abundantes, son bastante completos y suficientes para permitir un desarrollo económico considerable con tal de que sean aprovechados de acuerdo con las posibilidades ofrecidas por la técnica. Nuestra economía inició una honda transformación a partir de 1939, como consecuencia de la segunda guerra mundial y de los numerosos problemas por ella planteados. La desaparición casi completa del comercio con el exterior llevó a que sólo pudiésemos contar con nuestros propios medios para satisfacer nuestras necesidades. Surgió, por tanto, una insuficiencia de recursos, tanto monetarios como reales, y aquellos con que se contaba tendieron a concentrarse en los sectores más productivos. De aquí que, al mismo tiempo que se conseguía una elevada tasa de crecimiento del producto nacional, apareciesen importantes retrasos en determinados sectores de la actividad económica.

Por consiguiente, el objetivo principal de un programa de desarrollo económico de nuestro país debe consistir en lograr el suficiente impulso para estos sectores que han quedado rezagados sin disminuir, por ello, el ritmo actual de incremento del producto nacional. Esto sólo puede conseguirse mediante un aumento de la inversión, una distribución conveniente de nuestro producto nacional entre la inversión y el consumo y una coordinación adecuada en el desarrollo de los distintos sectores y de las diferentes zonas geográficas. El aumento de las inversiones sin que tenga lugar una disminución en la producción de bienes de consumo, requiere una cierta aportación de capital extranjero.

De esta forma sería posible mantener la alta tasa de crecimiento del producto nacional que ha alcanzado el 5 por 100 anual durante el quinquenio 1951-1955. Puede admitirse la posibilidad de que en un período de quince años aumente en más de un 75 por 100 el nivel de vida de nuestro pueblo si los restantes factores que intervienen en el desarrollo lo permiten.

Todos estos extremos se consideran cuidadosamente en el «Estudio» a que nos referimos. En el «Fascículo preliminar», recientemente publicado, se establecen las líneas generales del plan de desarrollo que coincide sustancialmente con la tendencia actual de crecimiento de la economía española. En los fascículos que seguirán después se examinará detalladamente el desarrollo por sectores y los problemas que cada uno plantea.

Las conclusiones a que se ha llegado no pueden ser más optimistas. El balance de la economía española durante los últimos años nos muestra que nuestro desarrollo ha sido espectacular y se ha realizado a un ritmo que está a la altura del logrado por los países más progresivos de Europa. Si esta tendencia logra mantenerse podemos confiar en que, en el plazo de breve tiempo, España habrá logrado una estructura económicosocial de bases radicalmente diferentes a las que hasta ahora ha tenido.

Convertir en realidad estas esperanzas es lo que se pretende en este estudio objetivo, que no tiene otra finalidad que contribuir, en lo que sea posible, mediante el empleo de las nuevas técnicas con que se ha enriquecido la ciencia económica, a la prosperidad de nuestra Patria.

UN BARCO DE LUZ

EL "CIUDAD DE TOLEDO" LLEVA EL MENSAJE DEL TRABAJO ESPAÑOL A LOS PUEBLOS DE AMÉRICA



A punto de partir el «Ciudad de Toledo» con la Exposición Flotante Española recibe los últimos toques de sus instalaciones mientras está anclado en la ría de Bilbao

La nave «Ciudad de Toledo», iluminada y a flote sobre las sombras abismales del Océano; embestida por las grandes olas que intenten dominarla como a una cáscara de nuez sobre el lecho mitológico de la Atlántida; al calor de los trópicos y hasta quizá zarandeada por algún huracán del Caribe, envidioso del poder humano, va a tener un encanto de periplo colombino y hasta un sabor de navegación a la manera de Ulises en la «Ilíada».

Y es que un barco que sale con la promesa de volver cuando sea tiene una aventura inicial mejor que la de los otros barcos de ruta y diario más previsto e inflexible. El «Ciudad de Toledo» sale para volver cuando le dejen tantos brazos como intentarán

retenerlo en los puertos atlánticos de Iberoamérica.

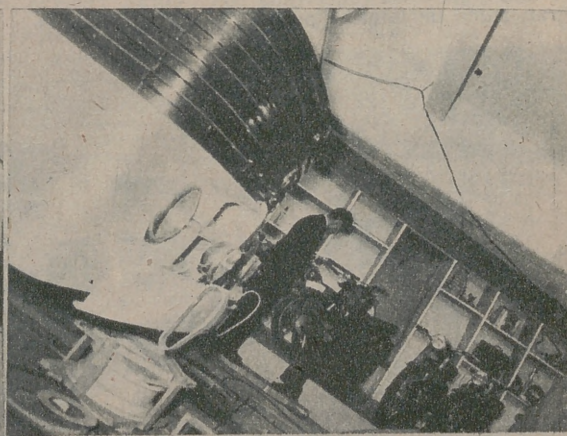
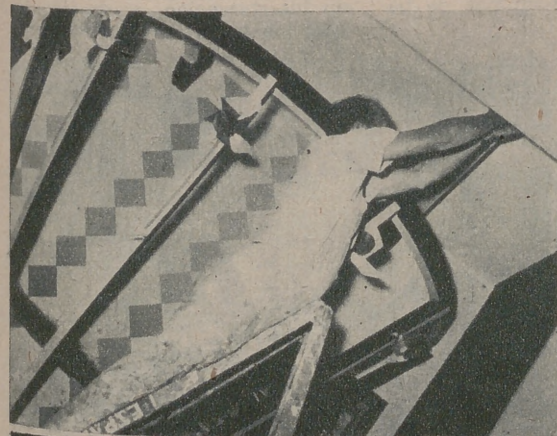
Cuando, muy próximamente, el «Ciudad de Toledo» esté en la mar gruesa, bien puede ser que muchos seres curiosos de la fauna marina intenten mirar, por un ojo de bucy, hacia las bodegas de la Exposición Flotante Española, maravillosas como salones de cuento oriental.

UN BARCO DE LUZ

No es para menos, ya que en las cubiertas de este buque van cuatro mil bombillas de colores en guirnalda; cien faroles de radium-mercurio en verde, rojo y amarillo; ciento cincuenta reflectores y cien aparatos fluorescentes; cuatro grandes estrellas pa-

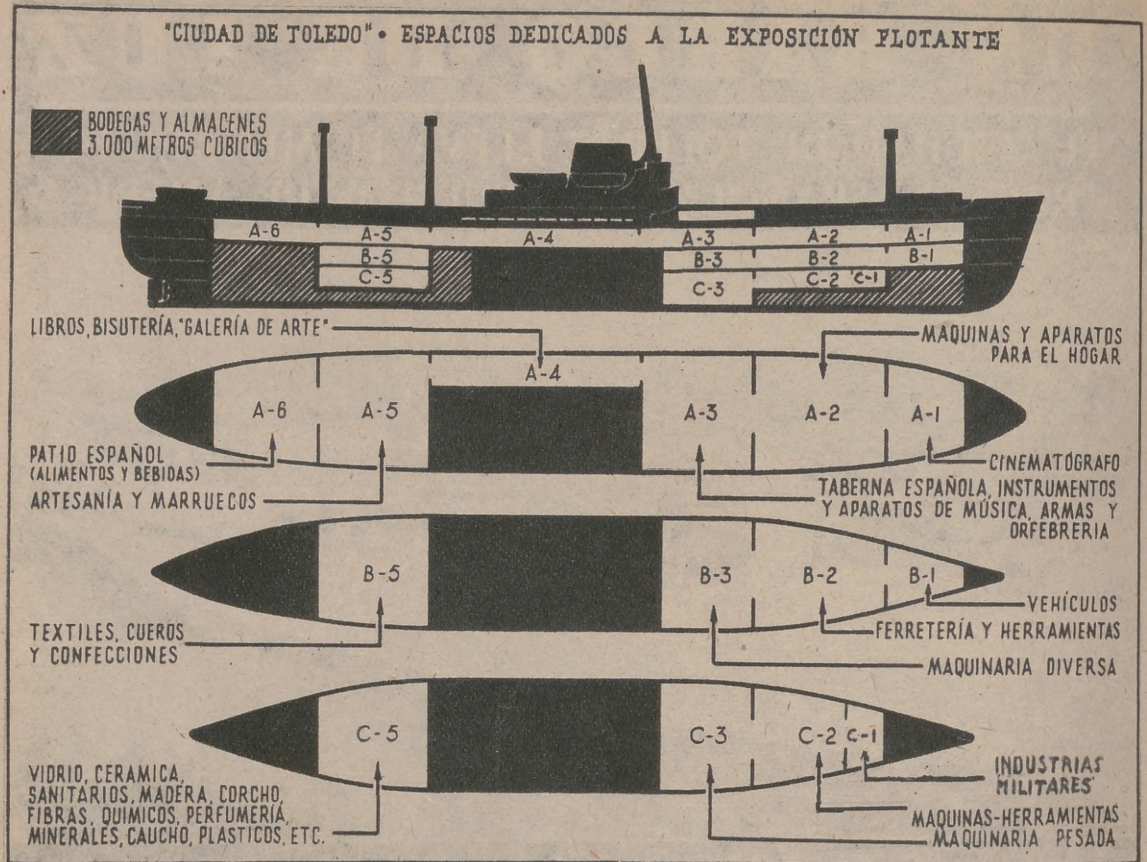
ra llamar la atención a babor y a estribor y un simulacro de surtidores y cascadas de agua que forman el fantástico castillo de luces que parece impulsar, con un salto de agua viva, la popa de esta nave de las maravillas. Y si esto ocurre en la superestructura, más sorprendente es aún el juego de luces de la iluminación interior con el brillo de los espejos, las vidrieras, las piezas de orfebrería de lo suntuario y de lo útil, que más que máquinas e instrumentos utilitarios parecen, estas últimas, verdaderas alhajas de la técnica.

Vemos a quinientos operarios trabajar en este barco sonoro, en el que altavoces, disimulados en la ornamentación, difunden alegre música de las regiones.



Una actividad extraordinaria de los instaladores y decoradores, convierte las bodegas del barco en fabulosos salones

"CIUDAD DE TOLEDO" • ESPACIOS DEDICADOS A LA EXPOSICIÓN FLOTANTE



Es fácil el acceso a las bodegas, a las que se va, no por las difíciles escaleras verticales que suele haber en los barcos, sino por otras tan fáciles, amplias y suntuosas que parece que el pasamanos y la escalera va a moverse también suavemente a la manera de las escalas rodantes.

Los últimos golpes de martillo en el trajín final de esa gran caja de resonancias que es el interior del barco tienen, junto con la alegría de la obra bien hecha, el anuncio de un muy próximo partir.

No es ésta como una Exposición en tierra sobrada de espacio y en la que cada pieza guarda su equilibrio en el estante, a menos que la sacuda un terremoto; aquí es preciso atornillar todo contra los golpes de mar que podrían hacer de esta Exposición Flotante una gigantesca cencerrada con gran ruido de latas, y pintar ca-

da pieza con una defensa contra el salitre marino.

Además no es ésta como una Feria de Muestras en la que los camiones puedan entrar hasta colocarse al pie del «stand», sino que hay que subirlo todo por la escalerilla, casi pieza a pieza, y con pinzas, como los elementos pequeños de un barco en botella hay que pasarlos, uno a uno, por el cuello del recipiente hasta ser colocados en su lugar preciso con tino y paciencia de chino.

SECRETOS DE LA EXPOSICIÓN FLOTANTE

Sube por la escalera un trabajador fornido que lleva en brazos a una muñeca. Detrás otro obrero lleva una caja de música y otro un organillo verbenero en miniatura que funciona sin manubrio, por electricidad. Aspiradoras, neveras, máquinas de batir, lavadoras...

Al mirar la pasarela se ve a este barco como si una tripulación feliz regresara de una tómbola afortunada.

Cada cosa en su sitio y un lugar para cosa. El espacio del «Ciudad de Toledo» ha sido milimetrado y no hay rincón sin aprovechar. La entraña de una última bodega de popa se tapa con uno de los toros de Guisando; una tubería indiscreta se cubre con un motivo ornamental que sostiene a una jarra, y siempre hay una pieza de arte para que, en un hueco, siente una perfecta armonía con los motivos del «stand» a que va destinada.

Dentro de este barco hay ahora equipos de especialistas de cinematografía y sonorización, luminotecnia, pintores, decoradores, electricistas, técnicos en refrigeración..., cada uno a su tarea y sin interferencias. Hasta montadores de bares y cafeterías hay



El moderno bar y la taberna tradicional hacen su acto de presencia, así como los más modernos equipos domésticos e industriales

ahora a bordo del «Ciudad de Toledo», que va a contar con tres de estos establecimientos, uno en la cubierta enfoldada de popa, otro en el interior de la Exposición y un tercero en uno de los salones. Tres bares y una taberna típica con rojas jarras manchegas para el vino peleon.

A las tres plantas interiores, divididas en catorce sectores, hay que añadir las cubiertas o terrazas de la superestructura, que también se aprovechan para la Exposición. En la cubierta de proa va la maquinaria agrícola, tractores, segadoras mecánicas, arados múltiples de rueda y de reja, además de alguna de esas máquinas que cortan, agavillan, trillan, aventan y ensacan.

Planchas metálicas de colores rojos y amarillos llevan leones, castillos, cadenas y granadas, así como motivos de las provincias. Y en el puente de mando unas grandes letras, con lentejuelas metálicas, dicen: Exposición Flotante Española.

TODO DE FIESTA Y ANORANZA

En popa, una gran cubierta entoldada va a servir para las recepciones y allí serán instaladas cincuenta o sesenta mesas donde la cocina del buque servirá platos típicos de las distintas regiones españolas a los visitantes que lo deseen, ya que se prevé que por lo menos los numerosos compatriotas de Ultramar van a querer que se alivie, por ese medio, la añoranza de la Patria. Los vinos y demás bebidas españolas van a servirse también en esta cubierta entoldada en el pequeño bar y en las mesas de consumición. Los servicios de bebidas en el bar serán prestados por la casa Chicote.

Don Manuel Fuentes Irurozqui, consejero de Economía Exterior y director comercial de la Exposición Flotante, nos acompaña en la visita al «Ciudad de Toledo» en estos momentos finales de montaje en los que la idea del conjunto se ofrece por primera vez en la realidad.

—En siete meses de trabajo ha sido llevada a efecto una Exposición previa de productos españoles, en la central del Banco Exterior de España, y ha sido montada la Exposición Flotante definitiva.

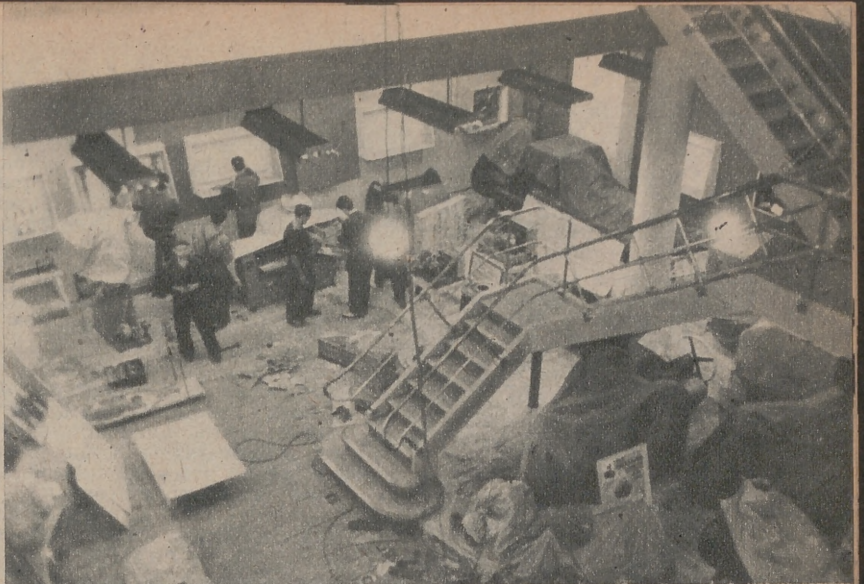
—¿Existen antecedentes en algún país de una realización de este tipo?

—No hay antecedentes en ningún país; por eso se nos debe disculpar de antemano cualquier pequeña imprevisión, ya que, a la vez que de una gran realidad, se trata también de un ensayo, no exento de dificultades.

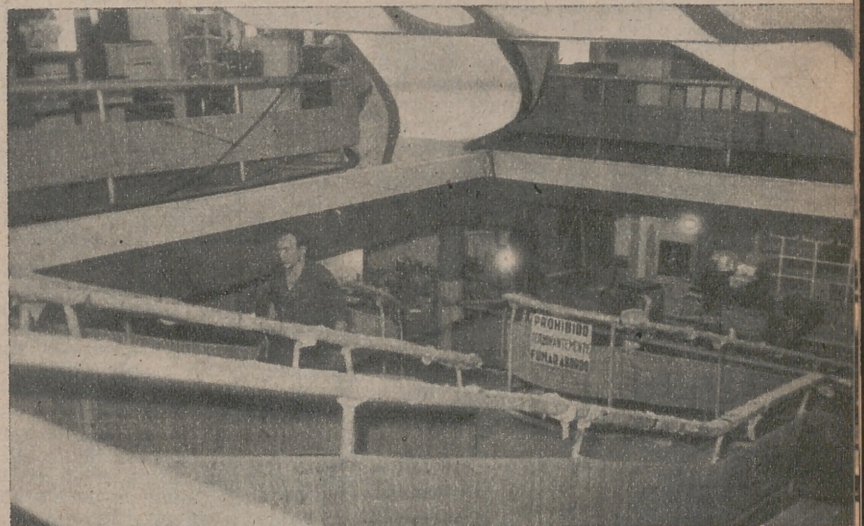
—Los expositores, ¿contribuyen a los cuantiosos gastos de la Exposición?

—Los expositores ceden temporalmente la mercancía franco bordo y a la vuelta del barco a España deberán correr con los costes de transporte de la mercancía hasta los lugares de procedencia, pero la exhibición de los productos en la Exposición Flotante es completamente gratuita.

He ahí un medio formidable de



Una vista parcial de la Sala de Industrias Metálicas, incluidas en la Operación «M2»



Un palacio flotante será el marco de la Exposición Española que surcará los mares

propaganda que ha sido ofrecido gratis a mil quinientos expositores privados que junto con Empresas mixtas, fábricas nacionales de armas y diversas instituciones toman parte en la Exposición Flotante.

CUATRO CORTINAS DE AIRE FRIO

No se permite poner letreros de propaganda en los «stands» para evitar así una emulación o competencia en el tamaño de las inscripciones. Unas placas uniformes indican solamente el nombre y la dirección comercial del fabricante o el artesano al que pertenece cada grupo de productos. Con esto se han evitado posibles disgustos y se encauzó la propaganda hacia las muestras gratuitas y los folletos de propaganda, cuyo reparto sí está permitido.

Los productos comestibles están representados sólo por las conservas, pero no se exponen otros a los que los calores del trópico o la larga travesía pudieran estropear. Aunque el «Ciudad de Toledo» tiene bien acondicionadas sus bodegas contra los calores tropicales, ya que lleva treinta y cinco grandes aparatos individuales de refrigeración contruidos en España, con licen-

cia «Westinghouse», con una potencia total de ciento noventa caballos de vapor y una potencia frigorífica total de quinientas treinta y cinco mil frigorías. Cuatro cortinas de aire frío, colocadas en cubierta y junto a las entradas de las bodegas, permitirán, en los trópicos, una diferencia de quince grados centígrados entre el exterior del barco y las zonas de exposición.

El ingeniero don Jorge L. Salvat Gras, de Suministros Eléctricos, S. A., nos explica el funcionamiento del sistema de aire acondicionado en la Exposición Flotante, cuya energía eléctrica se abastece de dos grupos electrógenos de doscientos caballos cada uno. La refrigeración consumirá ciento noventa caballos de vapor y el resto de la producción de esos dos grupos electrónicos se gasta en el fantástico alumbrado exterior e interior de la nave, así como para el funcionamiento de las máquinas herramientas de la Exposición.

LA SALA DE CABALLOS DE VAPOR

Otra cosa interesante, que podrán visitar los técnicos en la materia, es la sala de motores en grupo de la nave, que suman un

total de siete mil doscientos caballos; modernísima sala de impulsión, tan limpia y tan distinta de ese lugar casi infernal de las calderas, junto a las que, en los vapores, acarrear con palas el carbón unos hombres ennegrecidos y sudorosos.

Y es que la primera muestra de la Exposición Flotante es el propio barco en la que ésta va, y que puede tenerse como un orgullo de la ingeniería naval española y de la eficiencia de los técnicos y trabajadores de los astilleros Euskalduna, que son los que han creado esa cuna grande—de más de catorce mil toneladas de desplazamiento—para merecer a la producción industrial y artesana española, a esa producción que se va a llevar, con orgullo, por las rutas conocidas de un Océano al que las quillas españolas le quitaron la leyenda de su antigua tenebrosidad.

El amplio capítulo de la artesanía española está bien representado en el «Ciudad de Toledo» por tres organizaciones: la Obra Sindical de Artesanía, la Organización Artesana de la Sección Femenina y la Artesanía Claustral, o de los conventos de clausura, cuya distribución ha sido organizada por CLAUSNE (Clausros necesitados). En representación de este organismo, protector de la artesanía claustral, va el padre Venancio Ruiz, que ha sido nombrado también capellán de la Exposición Flotante.

SACRIFICIO BAJO EL AGUA

Durante nuestra visita asistimos a la celebración de una misa en el interior de la Exposición, en la que, frente a un altar portátil, se reúnen los directivos de la Misión Comercial, tripulantes, especialistas, montadores, obreros y hasta pequeños grupos de visitantes avanzados que en este momento se encuentran a bordo.

Gentes de profesiones distintas han sido reunidas, por una campanilla que recorrió los distintos sectores del buque, y se ha formado una multitud en la capilla improvisada bajo la línea de flotación.

La nota espiritual ha ido por delante de esta empresa de comercio. Mucho antes de que se entrara en la etapa final de instalación de la Exposición Flotante la Virgen de Begoña fué entronizada como Patrona de esta empresa marítima, y el barco fué llevado arriba de la ría para que su fantástica iluminación fuese un atractivo más de las fiestas de la liberación de Bilbao, pasadas las cuales el «Ciudad de Toledo» volvió a los muelles de Deusto para continuar las instalaciones.

Tan cuantiosa y variada es la mercancía de esta nave que, vemos formado en el muelle, donde está atracada, un verdadero tren de grandes cajas vacías con letreros que indican su procedencia de los más diversos lugares de España. Hay cajas cuyos letreros dicen que han transportado productos metálicos de la «Operación M-1»; éstas han tenido que viajar poco, ya que esta «Operación» se circunscribe a las provincias vascongadas. Pero hay

también muchas cajas que indican pertenecer a la «Operación M-2», que se refiere a los transformados metálicos de Cataluña; a la «Operación M-3», que han llegado de Madrid, y otras que son de la «Operación M-4», en cuyas cajas han llegado las muestras de producciones metálicas fabricadas en la región valenciana. También hay cajas que trajeron libros, porcelanas, instrumentos de precisión, juguetes, armas, artículos de orfebrería o producciones artesanas. Los letreros de «frágil», «siempre de pie» o «siempre de canto» abundan en ese tren de cáscaras de la Exposición que forman una sorprendente barricada a lo largo del muelle.

ORFEBRE, CUSTODIA Y METRALLETA

El valor total de lo expuesto en el «Ciudad de Toledo» asciende a una friolera de millones de pesetas. Solamente la custodia Valenti supone una fortuna. Su dueño la valora en un millón de dólares, o sea alrededor de cuarenta millones de pesetas. Esta custodia ha sido labrada por tres generaciones de orfebres. Se empezó en 1907 por don Agustín Valenti Colom; ha sido continuada por su hijo don Agustín Valenti Chia y por el hijo de éste y nieto de su priemer artifice don Agustín Valenti Pascual.

La custodia, que va a cumplir medio siglo de trabajo, no ha sido aún completamente terminada en su base y, con un soporte provisional, marcha a América con la Exposición Flotante como una muestra gigantesca de la constancia de la orfebrería española.

La custodia Valenti corrió peligro durante los años de la guerra y fué escondida en Barcelona, en cuya ciudad la ha labrado una familia de orfebres.

Es de suponer que la Exposición Flotante Española no será asaltada en el mar por piratas privados. Se llevarían un buen botín si este rapto fuera fácil. El «Ciudad de Toledo», además de muchos tesoros, lleva un verdadero arsenal, en el que no faltan los juegos de metralletas y fusiles ametralladores de producción nacional, y la sección de armas va acompañada de quienes las sabrían manejar si fuera preciso, con la seguridad del que conoce además los secretos de fabricación.

Los fabricantes de escopetas de caza exponen verdaderas maravillas. Nos han mostrado una modernísima escopeta, con amortiguador de culatazo, que lleva grabada en oro de Toledo la vida de «Manolete», y otras muchas con escenas de montería, adornos, inscripciones y paisajes.

SIETE GUARDAS JURADOS, AL OJO

Siete guardas jurados andan de vigilancia por el interior y las cubiertas del barco, con su bastón y la gran banderola de cuero con la chapa que indica su autoridad.

Unos letreros dicen que está terminantemente prohibido fumar a bordo, y los guardas jurados se encargan de que nadie, por descuido, incumpla esta medida de seguridad.

En el momento en que visitamos el barco hay más de sesenta toneladas de combustible dentro del «Ciudad de Toledo», muchos botes de pintura y muchas tablas de madera y chapa amontonada. Por eso, además del servicio de vigilancia de los guardas jurados, está siempre preparado el de extinción de incendios. Grandes compuertas metálicas serían cerradas automáticamente si se declarase un incendio en uno de los sectores, que se vería convertido en un compartimento estanco. Estas compuertas metálicas, en las bodegas bajas, son también una medida de seguridad contra las vías de agua.

Dos de los sectores más singularizados está uno a popa y otro a proa. El primero es el salón de proyecciones cinematográficas, donde los visitantes serán obsequiados con cintas documentales de la actualidad española y con películas de las producciones de la industria, la agricultura y las grandes realizaciones en obras hidráulicas, colonización interior y edificación de viviendas.

En las bodegas de popa está instalado el patio español, que simula unos soportales típicos en cuyo centro hay un prado con una gran jarra que vierte vino rodeada por toros. A la tenue luz verde de este lugar destaca la variedad de motivos de decoración en los que sobresalen los caracteres agrícola, con horcas de labor y ruedas de carro.

Para visitar la Exposición Flotante han sido editadas tres tipos de tarjetas: amarillas (para acto o visita oficial), azules (para visitas profesionales de comerciantes importadores) y rojas (para la visita pública). Dos escaleras de acceso, situadas a estribor, permitirán la entrada y la salida de los visitantes, a los que, en caso de aglomeración, se permitirá la entrada en la medida en que vayan saliendo los primeros visitantes.

SIN MIEDO A LOS TIFONES

La singladura del «Ciudad de Toledo» que no es un barco de fenicios, se iniciará en Pasajes, de donde va a salir para Lisboa, Tánger, Casablanca, Las Palmas, Tenerife, dieciséis puertos de Iberoamérica y uno—Nueva Orleans—de los Estados Unidos. Para rendir viaje de vuelta en Barcelona.

El primer lugar americano visitado será Río de Janeiro y el último Puerto Rico.

Jefe de la Misión Comercial es el director general de Mercados Extranjeros, don Fernando Sebastián de Erice; el director comercial, don Manuel Fuentes Irurozqui, y el secretario general de la Exposición, don Adolfo Colantes, a los que acompañan ayudantes comerciales, personal de información (al frente del cual está el ayudante comercial don Manuel Cedillo), personal de industrias militares, turismo, Instituto de Cultura Hispánica, «Operación M-1», «Operación M-2», «Operación M-3», «Operación M-4», Sindicato de la Vid, Exportadores de Vinos de Jerez, Sindicato Textil, Sindicato de Industrias Cárnicas, Obra Sindical

de Artesanía. Obra Femenina de Artesanía y Obra Claustro! de Artesanía que han nombrado, estas últimas, delegados masculinos.

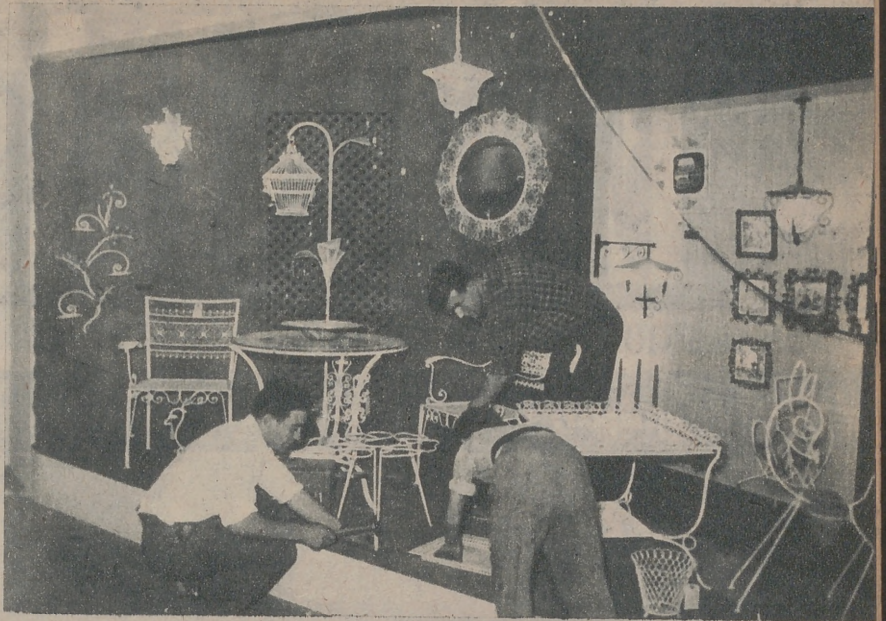
El barco lleva ochenta hombres de tripulación y servicios, y la Exposición Flotante, propiamente dicha, alrededor de cuarenta hombres, cada uno de los cuales tiene su cometido específico en ruta y especialmente en los puertos. Don Federico García Sanchiz es invitado de honor en el «Ciudad de Toledo».

En nuestra visita al barco entramos en la cabina de transmisiones, donde tres radiotelegrafistas cuidarán de transmitir a España la marcha de la expedición. En la cocina podremos hablar con el personal de tan importante servicio. Va un jefe de cocina con sus cocineros primero y segundo, cocineros de camarotes, de tripulación, ayudantes de cocina, marmitones, un panadero, un repostero, un primer gambuero y un ayudante de gambuza, que tendrán que atender no sólo al servicio del barco, sino al de degustación de platos nacionales en las recepciones y visitas de los puertos.

El capitán del barco, don Francisco Ireal, nos recibe en su camarote.

—Creo que va a ser un éxito rotundo. Tengo muchas referencias personales de que se nos está esperando en América con los brazos abiertos.

—¿Cuántas travesías atlánticas ha realizado?



Uno de los stands de la Exposición Flotante

—Doce como alumno en la Compañía Transatlántica y siete como oficial en la Compañía Transmediterránea.

—¿Le parece apropiado el barco?

—Es muy bueno y tiene todos los aparatos electrónicos de navegación. Radar, sonda electrónica, radiocompás, radiogoniómetro...

—¿Miedo a los tifones?

—No.

El «Ciudad de Toledo» está próximo a partir con los mejores augurios y esperanzas para su misión comercial, que no sólo es

un gigantesco exponente de la producción española, sino también de la fuerza expansiva del momento económico en nuestro país.

¡Feliz singladura a este carguero de la ruta de Guinea, convertido en lujosa nave de la esperanza!

Francisco COSTA TORRO
(Enviado especial)
(Fotografías de Elorza)



...y en sus vacaciones también

Lleve siempre consigo un M-10 BIC y se sentirá en la mejor disposición para escribir a sus amistades y anotar las impresiones de los días felices

Sólo cuesta 8 ptas., y en realidad ¡vale un imperio! «Montado sobre amortiguadores» su flexibilidad le permitirá perfilar los trazos y escribir intensamente sin la menor fatiga.

PUNTA

BIC

DE UNA SOLA PIEZA! Sin recambio. ¿Para qué recargarlo si por el mismo precio puede comprar otro M-10 BIC?

FABRICA LAFOREST, S. L. MAESTRO FALLA, 19 BARCELONA

RECETARIO DE COCINA

LETTES SOPAS HUEVOS ARROZ PUDINES HERRONES CARBON V. DULCE SALSAS URAMMO POSTRES

Siga mi ejemplo, adquiere estos productos

PUDINES Royal

RIERA MARSA S A

V A L E

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA
de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por
**INDUSTRIAS RIERA
MARSA, S. A.**

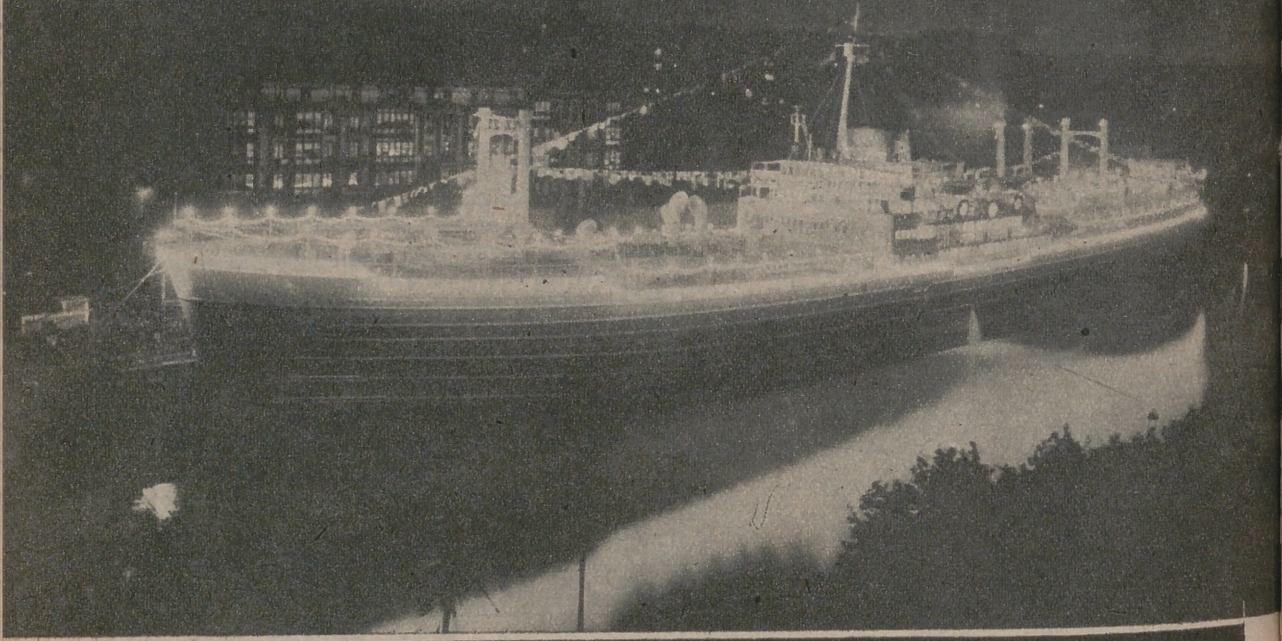
EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

UN BARCO DE LUZ

El "Ciudad de Toledo" lleva el mensaje del trabajo español a los pueblos de América



Este fantástico aspecto ofrecerá el «Ciudad de Toledo», portador de la Exposición Flotante Española, iluminado como un ascua encendida sobre el mar. Los operarios ultimán los preparativos para que comience su jira. (Lea nuestra información especial en la página 59.)

